LUNES DE REVOLUCION NUMERO ESPECIAL

# 1 DE MAYO

## DIA DEL TRABAJO

director: guillermo cabrera infante
subdirector: pablo armando fernández
layout y emplane: tony évora y guerrero
fotos: korda y corrales




No nos gusta explicar el por qué de nuestros números. Porque una explicación implica la existencia de una duda. Creemos que en ningún número de LUNES su sentido se hace tan patente. El primero de mayo es la fecha de los trabajadores, y, por lo tanto, fecha de la Revolución, que ha hecho de todo el año, a lo largo y a lo ancho, el día total del trabajo creador. Antón Arrufat habla de las Milicias y la Revolución. Virgilio Piñera ahonda en el mismo derrotero. Aparace el genial alerta de Martí. *Un Drama Terrible*. Oscar Hurtado hace una breve historia del movimiento obrero cubano. Humberto Arenal habla de una cooperativa como síntesis de la labor transformadora de la Revolución. Guillermo Cabrera Infante reconstruye el día en que murió un gran líder. José A. Baragaño analiza la interacción existente entre el pueblo, el ejército y el proletariado en la hora presente. Humberto Hernández expone la importancia de la industrialización. Esos son los temas, y, como consecuencia, las conclusiones de una actitud, que es la de LUNES, ante el proceso de modificación profundo que se realiza en nuestro país.

La solidaridad existente entre todas las clases productoras de la nación, campesinos, obreros e intelectuales, es a nuestro entender la fuerza motriz y el cimiento indestructible de la Revolución. La fuerza viva y creadora que es la Revolución Cubana da sentido al sacrificio de los mártires proletarios. Sirva este número para hacer más elocuente la unidad nacional y solidaridad entre los hombres que integran la nación cubana.

# UN DRAMA TERRIBLE

## por José Martí

**La guerra social en Chicago. —Anarquía y Represión. —El conflicto y sus hombres. —Escenas extraordinarias. —El choque. —El proceso. —El cadalso. —Los funerales.**

New York, 13 de Noviembre de 1887

Señor Director de La Nación:

Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen.

En procesión solemne, cubiertos los féretros de flores y los rostros de sus sectarios de luto, acaban de ser llevados a la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago a la horca, y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita, que llevaba oculta en los rizos espesos de su cabello de joven, su selvoso cabello castaño.

Acusados de autores o cómplices de la muerte espantable de uno de los policías que intimió la dispersión del concurso reunido para protestar contra la muerte de seis obreros, a manos de la policía, en el ataque a la única fábrica que trabajaba a pesar de la huelga: acusados de haber compuesto y ayudado a lanzar, cuando no lanzado, la bomba del tamaño de una naranja que tendió por tierra las filas delanteras de los policías, dejó a uno muerto, causó después la muerte a seis más y abrió en otros cincuenta heridas graves, el juez, conforme al veredicto del Jurado, condenó a uno de los reos a quince años de penitenciaría y a pena de horca a siete.

Jamás, desde la guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar solo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en los Estados Unidos tal clamor e interés alrededor de un cadalso.

La República entera ha peleado, con rabia semejante a la del lobo, para que los esfuerzos de abogado benévolo, una niña enamorada de uno de los presos, y una mestiza de india y española, mujer de otro, solas contra el país iracundo, no arrebatasen al cadalso los siete cuerpos humanos que creía esenciales a su mantenimiento.

Amedrentada la República por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras, contenido sólo ante las rivalidades de sus jefes, por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse por un convenio tácito semejante a la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales, para aterrar con el ejemplo de ellos, no a la chusma adolorida que jamás podrá triunfar en un país de razón, sino a las tremendas capas nacientes. El horror natural del hombre libre al crimen, junto con el acerbo encono del irlandés despótico que mira a este país como suyo y al alemán y eslavo como su invasor, pusieron de parte de los privilegios, en este proceso que ha sido una batalla, una batalla mal ganada e hipócrita, las simpatías y casi inhumana ayuda de los que padecen de los mismos males, el mismo desamparo, el mismo bestial trabajo, la misma desgarradora miseria cuyo espectáculo constante encendió en los anarquistas de Chicago tal ansia de remediarlos que les embotó el juicio.

Avergonzados los unos y temerosos de la venganza bárbara los otros, acudieron, ya cuando el carpintero ensamblaba las vigas del cadalso, a pedir merced al gobernador del Estado, anciano flojo, rendido a la súplica y a la lisonja de la casta rica que le pedía que, aun a riesgo de su vida, salvara a la sociedad amenazada.

Tres voces nada más habían osado hasta entonces interceder, fuera de sus defensores de oficio y sus amigos naturales, por los que, so pretexto de una acusación concreta que no llegó a probarse, so pretexto de haber procurado establecer el reino del terror, morían víctimas del terror social: Howells, el novelista bostoniano que al mostrarse generoso sacrificó fama y amigos; Adler, el pensador cauto y robusto que vislumbra en la pena de nuestro siglo el mundo nuevo; y Train, un monomaníaco que vive en la plaza pública dando pan a los pájaros y hablando con los niños.

Ya, en danza horrible, murieron dando vueltas en el aire, embutidos en sayones blancos.

Ya, sin que haya más fuego en las estufas, ni más pan en las despensas, ni más justicia en el reparto social, ni más salvaguardia contra el hambre de los útiles, ni más luz y esperanza para los tugurios, ni más bálsamo para todo lo

que hierve y padece, pusieron en un ataúd de nogal los pedazos mal juntos del que, creyendo dar sublime ejemplo de amor a los hombres aventó su vida, con el arma que creyó revelada para redimirlos. Esta República, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.

Como gotas de sangre que se lleva la mar eran en los Estados Unidos las teorías revolucionarias del obrero europeo, mientras con ancha tierra y vida republicana, ganaba aquí el recién llegado el pan, y en su casa propia ponía de lado una parte para la vejez.

Pero vinieron luego la guerra corrupta, el hábito de autoridad y dominio que es su dejo amargo, el crédito que estimuló la creación de fortunas colosales y la inmigración desordenada, y la holganza de los desocupados de la guerra, dispuestos siempre, para sostener su bienestar y por la afición fatal del que ha olido sangre, a servir los intereses impuros que nacen de ella.

tanta traba a los elementos nuevos la influencia imperante de una sociedad antigua, como la del Este, reflejada en su literatura y en sus hábitos; donde la vida como más rudimentaria facilita el trato íntimo entre los hombres, más fatigados y dispersos en las ciudades de mayor extensión y cultura; donde la misma rapidez asombrosa del crecimiento, acumulando los palacios de una parte y las factorías, y de otra la miserable muchedumbre, revela a las claras la iniquidad del sistema que castiga al más laborioso con el hambre, al más generoso con la persecución, al padre útil con la miseria de sus hijos, —en el Oeste, donde se juntan con su mujer y su prole los obreros necesitados a leer los libros que enseñan las causas y proponen los remedios de su desdicha; donde justificados a sus propios ojos por el éxito de sus fábricas majestuosas, extreman los dueños, en el precipicio de la prosperidad, los métodos injustos y el trato áspero con que la sustentan; donde tiene en fermento a la masa obrera la levadura alemana, que sale del país imperial, acosada e inteligente, vomi-



**Los mártires de Chicago señalaron la fecha del proletariado**

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la República en una Monarquía disimulada.

Los inmigrantes europeos denunciaron con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria.

El rencor de los trabajadores del país, al verse víctimas de la avaricia y desigualdad de los pueblos feudales, estalló con más fe en la libertad que esperan ver triunfar en lo social como triunfa en lo político.

Habituados los del país a vencer sin sangre por la fuerza del voto, ni entienden ni excusan a los que, nacidos en pueblos donde el sufragio es un instrumento de la tiranía, sólo ven en su obra despaciosa una faz nueva del abuso que flagelan sus pensadores, desafían sus héroes, y maldicen sus poetas. Pero, aunque las diferencias esenciales en las prácticas políticas y el desacuerdo y rivalidad de las razas que ya se disputan la supremacía en esta parte del continente, estorbasen la composición inmediata de un formidable partido obrero con unánimes métodos y fines, la identidad del dolor aceleró la acción concertada de todos los que lo padecen, y ha sido necesario un acto horrendo, por más que fuese consecuencia natural de las pasiones encendidas, para que los que arrancan con invencible ímpetu de la misma desventura interrumpan su labor, su labor de desarraigar y recomponer, mientras quedan por su ineficacia condenados los recursos sangrientos de que por un amor insensato a la justicia echan mano los que han perdido la fe en la libertad.

En el Oeste recién nacido, donde no pone

tando sobre la patria inicua las tres maldiciones terribles de Heine; en el Oeste y en su metrópoli Chicago sobre todo, hallaron expresión viva los descontentos de la masa obrera, los consejos ardientes de sus amigos, y la rabia amontonada por el descaro e inclemencia de sus señores.

Y como todo tiende a la vez a lo grande y a lo pequeño, tal como el agua que va de mar a vapor y de vapor a mar, el problema humano, condensado en Chicago por la merced de las instituciones libres, a la vez que infundía miedo o esperanza por la República y el mundo, se convertía, en virtud de los sucesos de la ciudad y las pasiones de sus hombres, en un problema local, agrio y colérico.

El odio a la injusticia se trocaba en odio a sus representantes.

La furia secular, caída por herencia, mordiendo y consumiendo como la lava, en hombres que, por lo férvido de su compasión, veíanse como entidades sacras, se concentró, estimulada por los resentimientos individuales, sobre los que insistían en los abusos que la provocan. La mente, puesta a obrar, no cesa; el dolor, puesto a bullir, estalla; la palabra, puesta a agitar, se desordena; la vanidad, puesta a lucir, arrastra; la esperanza, puesta en acción, acaba en el triunfo o la catástrofe: 'para el revolucionario, dijo St. Just, no hay más descanso que la tumba'.

¿Quién que anda con ideas no sabe que la armonía de todas ellas, en que el amor preside a la pasión, se revela apenas a las men-

tes sumas que ven hervir el mundo sentados, con la mano sobre el sol, en la cumbre del tiempo? ¿Quién que trata con hombres no sabe que, siendo en ellos más la carne que la luz, apenas conocen lo que palpan, apenas vislumbran la superficie, apenas ven más que lo que les lastima o lo que desean; apenas conciben más que el viento que les da en el rostro, o el recurso aparente, y no siempre real, que puede levantar obstáculo al que cierra el paso a su odio, soberbia o apetito?

¿Quién que sufre de los males humanos, por muy enfrenada que tenga su razón no siente que se le inflama y extravía cuando ve de cerca, como si le abofeteasen, como si lo cubriesen de lodo, como si le manchasen de sangre las manos, una de esas miserias sociales que bien pueden mantener en estado de constante locura a los que ven podrirse en ellas a sus hijos y a sus mujeres?

Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento.

¿No lo decía Desmoulins? "Con tal de abrazar la libertad, ¿qué importa que sea sobre montones de cadáveres?"

Cegados por la generosidad, ofuscados por la vanidad, ebrios por la popularidad, ademen-tados por la constante ofensa, por su impotencia aparente en las luchas del sufragio, por la esperanza de poder constituir en una comarca naciente su pueblo ideal, las cabezas vivas de esta masa colérica, educadas en tierras donde el voto apenas nace, no se salen de lo presente, no osan parecer débiles ante los que les siguen, no ven que el único obstáculo en este pueblo libre para un cambio social sinceramente deseado está en la falta de acuerdo de los que lo solicitan, no creen, cansados ya de sufrir, y con la visión del falansterio universal en la mente, que por la paz pueda llegarse jamás en el mundo a hacer triunfar la justicia.

Júzganse como bestias acorraladas. Todo lo que va creciendo les parece que crece contra ellos. "Mi hija trabaja quince horas para ganar quince centavos." "No he tenido trabajo este invierno porque pertenezco a una junta de obreros."

El juez lo sentencia.

La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina.

Tienen frío y hambre, viven en casas hediondas.

¡América, es pues, lo mismo que Europa!

No comprenden que ellos son mera rueda del engranaje social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje. El jabalí perseguido no oye la música del aire alegre, ni el canto del universo, ni el andar grandioso de la fábrica cósmica: el jabalí clava las ancas contra un tronco oscuro, hunde el colmillo en el vientre de su perseguidor, y le vuelca el redaño.

¿Dónde hallará esa masa fatigada, que sufre cada día dolores crecientes, aquel divino estado de grandeza a que necesita ascender el pensador para domar la ira que la miseria innecesaria levanta? Todos los recursos que conciben, ya los han intentado. Es aquel reinado del terror que Carlyle pinta, "la negra y desesperada batalla de los hombres contra su condición y todo lo que los rodea."

Y así como la vida del hombre se concentra en la médula espinal, y la de la tierra en las masas volcánicas, surgen de entre esas muchedumbres, erguidos y vomitando fuego, seres en quienes parece haberse amasado todo su horror, sus desesperaciones y sus lágrimas.

Del infierno vienen: ¿qué lengua han de hablar sino la del infierno?

Sus discursos, aun leído, despiden centellas, bocanadas de humo, alimentos a medio digerir, vahos rejizos.

Este mundo es horrible: ¡créese otro mundo! como en el Sinaí, entre terrenos: como en el Noventa y Tres, de un mar de sangre: "¡mejor es hacer volar a diez hombres con dinamita, que matar a diez hombres, como en las fábricas, lentamente de hambre!"

Se vuelve a oír el decreto de Moctezuma "¡Los dioses tienen sed!"

Un joven bello, que se hace retratar con las nubes detrás de la cabeza y el sol sobre el rostro, se sienta a una mesa de escribir, rodeado de bombas, cruza las piernas, enciende un cigarro, y como quien junta las piezas de madera de una casa de juguete, explica el mundo justo que florecerá sobre la tierra cuando el estampido de la revolución social de Chicago, símbolo de la opresión del Universo, reviente en átomos.

Pero todo era verba, juntas por los rincones, ejercicios de armas en uno que otro sótano, circulación de tres periódicos rivales entre dos mil lectores desesperados, y propaganda de los modos novísimos de matar —¡de qué son más culpables los que por vanagloria de libertad la permitían que los que por violenta generosidad la ejercitaban!

Donde los obreros enseñaron más la voluntad de mejorar su fortuna, más se enseñó por los que la emplean la decisión de resistirlos.

Cree el obrero tener derecho a cierta seguridad para lo porvenir, a cierta holgura y limpieza para su casa, a alimentar sin ansiedad los hijos que engendra, a una parte más equitativa en los productos del trabajo de que es factor indispensable, alguna hora de sol en que ayudar a su mujer a sembrar un rosal en el patio de la casa, a algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido donde, como en las ciudades de Nueva York no se puede entrar sin bascas. Y cada vez que en alguna forma esto pedían en Chicago los obreros, combinábanse los capitalistas, castigándolos negándoles el trabajo que para ellos es la carne, el fuego y la luz; echábanles encima la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestida; mataba la policía a veces a algún osado que le resistía con piedras, o a algún niño; reducíanlo al fin por hambre a volver a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza.

Escuchados sólo por sus escasos sectarios, año sobre año venían reuniéndose los anarquistas, organizados en grupos, en cada uno de los cuales había una sección armada. En sus tres periódicos, de diverso matiz, abogaban públicamente por la revolución social; declaraban, en nombre de la humanidad, la guerra a la sociedad existente; decidían la ineficacia de procurar una conversión radical por medios pacíficos, y recomendaban el uso de la dinamita, como el arma santa del desheredado, y los modos de prepararla.

No en sombra traidora, sino a la faz de los que consideraban sus enemigos se proclamaban libres y rebeldes, para emancipar al hombre, se reconocían en estado de guerra, bendecían el descubrimiento de una sustancia que por su poder singular había de igualar fuerzas y ahorrar sangre, y excitaban al estudio y la fabricación del arma nueva, con el mismo frío horror y diabólica calma de un tratado común de balística: se ven círculos de color de hueso, —cuando se leen estas enseñanzas— en un mar de humareda: por la habitación, llena de sombra, se entra un duende, roe una costilla humana, y se afila las uñas: para medir todo el profundo de la desesperación del hombre, es ncesario ver si el espanto que suele en calma preparar supera a aquél contra el que, con furor de siglos, se levanta indignado, —es necesario vivir desterrado de la patria o de la humanidad.

Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la Presidencia de la República, creyendo en la humanidad como en su único Dios, reunía a sus sectarios para levantarles el alma hasta el valor necesario a su defensa. Hablaba a saltos, a latigazos, a cuchilladas: lo llevaba lejos de sí la palabra encendida.

Su mujer, la apasionada mestiza en cuyo corazón caen como puñales los dolores de la gente obrera, solía después de él romper en arrebatado discurso, tal que dicen que con tanta elocuencia, burda y llameante, no se pintó jamás el tormento de las clases abatidas; rayos los ojos, metrallas las palabras, cerrados los dos puños, y luego, hablando de las penas de una

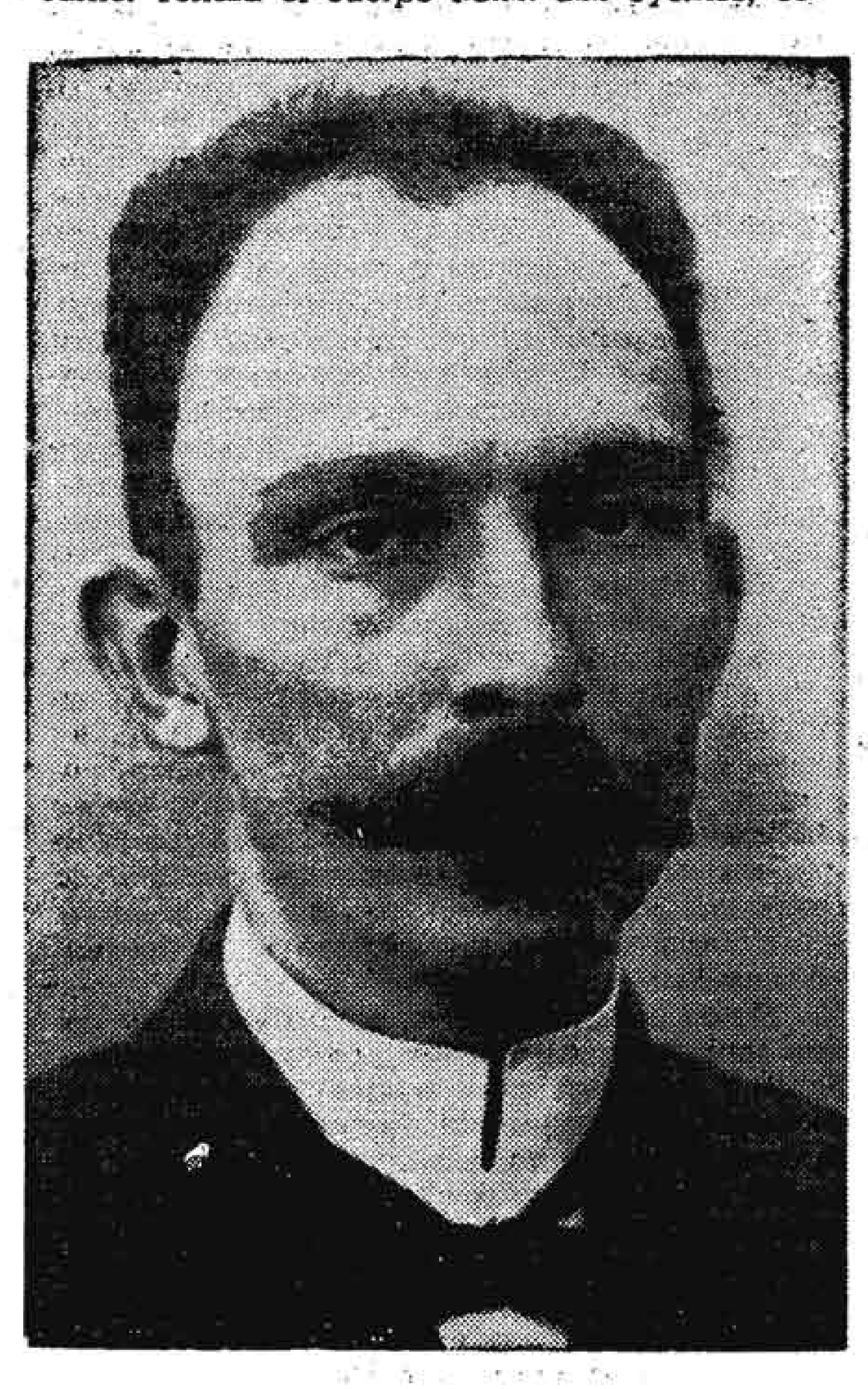
madre pobre, tonos dulcísimos e hilos de lágrimas.

Spies, el director del "Arbeiter Zeitung", escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa: razonaba la anarquía: la pintaba como la entrada deseable a la vida verdaderamente libre: durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución, y por fin como Parsons en el "Alarm", el modo de organizarse para hacerla triunfar.

Leerlos es como poner el pie en el vacío. ¿Qué le pasa al mundo que da vueltas?

Spies seguía sereno, donde la razón más firme siente que le falta el pie. Recorta su estilo como si descascarase un diamante. Narciso fúnebre, se asombra y complace de su grandeza. Mañana le dará su vida una pobre niña que se prende a la reja de su calabozo como la mártir cristiana se prendía de la cruz y él apenas dejará caer de sus labios las palabras frías, recordando que Jesús, ocupado en redimir a los hombres, no amó a Magdalena.

Cuando Spies arengaba a los obreros, desembarazándose de la levita que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silbo de tempestad, lejano y lúgubre. Era palabra sin carne. Tendía el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán: y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres.



José Martí

Metía la mano en aquellos pechos revueltos y velludos, y les paseaba por ante los ojos, les exprimía, les daba a oler las propias entrañas. Cuando la policía acababa de dar muerte a un huelguista en una refriega, lívido subía al carro, la tribuna vacilante de las revoluciones, y con el horrendo incentivo su palabra seca relucía pronto y caldeaba, como un carcaj de fuego. Se iba luego solo por las calles sombrías.

Engel, celoso de Spies, pujaba por tener al anarquismo en pie de guerra, él a la cabeza de una compañía: él donde se enseñaba a cargar el rifle o a apuntar de modo que diera en el corazón: él en el sótano, las noches de ejercicio, "para cuando llegue la gran hora": él, con su "Anarchist" y sus conversaciones, acusando a Spies de tibio, por envidia de su pensamiento: él sólo era el puro, el inmaculado, el digno de ser oído: la anarquía, la que sin más espera deje a los hombres dueños de todo por igual, es la única buena: perinola el mundo y él, —y él, el mango: ¡bien iría el mundo hacia arriba, "cuando los trabajadores tuvieran vergüenza", como la pelota de la perinola!

El iba de un grupo a otro: él asistía al comité general anarquista, compuesto de delegados de los grupos: él tachaba al comité de pusilánime y traidor, porque no decretaba "con los que somos nada más, con estos ochenta que somos" la revolución de veras, la que quería Parsons, la que llama a la dinamita "sustancia sublime", la que dice a los obreros que "vayan a tomar lo que les haga falta a las tiendas de State Street, que son suyas las tiendas, que todo es suyo" él es miembro del 'Lehr und Wehr Verein", de que Spies es también miembro, desde que un ataque brutal de la policía, que dejó en tierra a muchos trabajadores, los provocó a armarse, a armarse para defenderse, a cambiar, como hacen cambiar sienpre los ataques brutales, la idea del periódico por el rifle Sprinfield. Engel era el sol, como su propio rechoncho cuerpo: el "gran rebelde", el "autónomo".

¿Y Lingg? No consumía su viril hermosura en los amorzuelos enervantes que suelen dejar sin jugo al hombre en los años gloriosos de la juventud, sino que criado en una ciudad alemana entre el padre inválido y la madre hambrienta, conoció la vida por donde es justo que un alma generosa la odie. Cargador era su padre, y su madre lavandera, y él bello como Tannhauser o Lohengrin, cuerpo de plata, ojos de amor, cabello opulento, ensortijado y castaño. ¿A qué su belleza, siendo horrible el mundo? Halló su propia historia en la de la clase obrera, y el bozo le nació aprendiendo a hacer bombas. ¡Puesto que la infamia llega al riñón del globo, el estallido ha de llegar al cielo!

Acababa de llegar de Alemania: veintidós años cumplía: lo que en los demás es palabra, en él será acción: él, él sólo fabricaba bombas porque, salvo en los hombres de ciega energía, el hombre, ser fundador, sólo para libertarse de ella halla natural dar la muerte.

Y mientras Schwab, nutrido en la lectura de los poetas, ayuda a escribir a Spies, mientras Fielden, de bella oratoria, va de pueblo en pueblo levantando las almas al conocimiento de la reforma venidera, mientras Fischer alienta y Neebe organiza, él, en un cuarto escondido, con cuatro compañeros, de los que uno lo ha de traicionar, fabrica bombas, como en su "Ciencia de la guerra revolucionaria" manda Most, y vendada la boca, como aconseja Spies en el "Alarm", rellena la esfera mortal de dinamita, cubre el orificio con un casquillo, por cuyo centro corre la mecha que en lo interior acaba en fulminante, y, cruzado de brazos, aguarda la hora.

Y así iban en Chicago adelantando las fuerzas anárquicas, con tal lentitud, envidias y desorden intestinos, con tal diversidad de pensamientos sobre la hora oportuna para la rebelión armada, con tal escasez de sus espantables recursos de guerra, y de los fieros artífices prontos a elaborarlos, que el único poder cierto de la anarquía, desmelenada dueña de unos cuantos corazones encendidos, era el furor que en un instante extremo produjese el desdén social en las masas que la rechazan. El obrero, que es hombre y aspira, resiste, con la sabiduría de la naturaleza, la idea de un mundo donde quedá aniquilado el hombre; pero cuando, fusilado en granel por pedir una hora libre para ver a la luz del sol a sus hijos, se levanta del charco mortal apartándose de la frente, como dos cortinas rojas, las crenchas de sangre, puede el sueño de muerte de un trágico grupo de locos de piedad, desplegando las alas humeantes, revolando sobre la turba siniestra, con el cadáver clamoroso en las manos, difundiendo sobre los torvos corazones la claridad de la aurora infernal, envolver como turbia humareda las almas desesperadas.

La ley, ¿no los amparaba? La prensa exasperándolos con su odio en vez de aquietarlos

con justicia, ¿no los popularizaba? Sus periódicos, creciendo en indignación con el desdén y en atrevimiento con la impunidad, ¿no circulaban, sin obstáculos? Pues ¿qué querían ellos, puesto que es claro a sus ojos que se vive bajo abyecto despotismo, que cumplir el deber que aconseja la declaración de independencia derribándolo, y sustituirlo con una asociación libre de comunidades que cambien entre sí sus productos equivalentes, se rijan sin guerra por acuerdos mutuos y se eduquen conforme a ciencia sin distinción de raza, iglesia o sexo? ¿No se estaba levantando la nación, como manada de elefantes que dormía en la yerba, con sus mismos dolores y sus mismos gritos? ¿No es la amenaza verosímil del recurso de fuerza, medio probable aunque peligroso, de obtener por intimidación lo que no logra el derecho? Y aquellas ideas suyas, que se iban atenuando con la cordialidad de los privilegiados tal como con su desafío se iban trocando en rifle y dinamita, ¿no nacían de lo más puro de su piedad, exaltada hasta la insensatez por el espectáculo de la miseria irremediable, y ungida, por la esperanza de los tiempos justos y sublimes? ¿No había sido Parsons, el evangelista del jubileo universal, propuesto para la Presidencia de la República? ¿No había luchado Spies con ese programa en las elecciones como candidato a un asiento en el Congreso? ¿No les solicitaban los partidos políticos sus votos, con la oferta de respetar la propaganda de sus doctrinas? ¿Cómo habían de creer criminales los actos y palabras que les permitía la ley? Y ¿no fueron las fiestas de sangre de la policía, ebria del vino del verdugo como toda plebe revestida de autoridad, las que decidieron a armarse a los más bravos?

Lingg, el recién llegado, odiaba con la terquedad del novicio a Spies, el hombre de idea, irresoluto y moroso: Spies, el filósofo del sistema, lo dominaba por aquel mismo entendimiento superior; pero aquel arte y grandeza que aun en las obras de destrucción requiere la cultura, excitaban la ojeriza del grupo exiguo de irreconciliables, que en Engel, enamorado de Lingg, veía su jefe propio; Engel, contento de verse en guerra con el universo, medía su valor por su adversario.

Parsons, celoso de Engel que le emula en pasión, se une a Spies, como el héroe de la palabra y amigo de las letras. Fielden, viendo subir en su ciudad de Londres la cólera popular creía, prendado de la patria cuyo egoísta amor prohibe su sistema, ayudar con el fomento de la anarquía en América el triunfo difícil de los ingleses desheredados. Engel —"ha llegado la hora;" Spies: —¿habrá llegado esta terrible hora?"; Lingg, revolviendo con una púa de madera arcilla y nitroglicerina: —¡ya verán, cuando yo acabe mis bombas, si ha llegado la hora!"; Fielden, que ve levantarse, confusa y temible de un mar a otro de los Estados Unidos, la casta obrera, determinada a pedir como prueba de su poder que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, recorre los grupos, unidos sólo hasta entonces en el odio a la opresión industrial y a la policía que les da caza y muerte, y repite: —"sí, amigos, si no nos dejan ver a nuestros hijos al sol, ha llegado la hora".

Entonces vino la primavera amiga de los pobres y sin miedo del frío, con la fuerza que da la luz, con la esperanza de cubrir con los ahorros del invierno las primeras hambres, decidió un millón de obreros, repartidos por toda la república, demandar a las fábricas que, en cumplimiento de la ley desobedecida, no excediese el trabajo de las ocho horas legales. ¡Quién quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como bueyes tundidos, a sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinadas y lívidas las mujeres, cuando aún no ha cesado de reposar el mismo sol!

En Chicago, adolorido y colérico, segura de la resistencia que provoca con sus alardes, alistaba el fusil de motín la policía, y, no con la calma de la ley, sino con la prisa del aborrecimiento, convidaba a los obreros a duelo.

Los obreros, decididos a ayudar por el recurso legal de la huelga su derecho, volvían la espalda a los oradores lúgubres del anarquismo y a los que magullados por la porra o atravesados por la bala policial, resolvieron, con la mano sobre sus heridas, oponer en el próximo ataque hierro a hierro.

Llegó marzo. Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentarles su demanda. En masa, como la orden de los Caballeros del Trabajo lo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. El cerdo se podría sin envasadores que lo amortajaran, mugían destendidos en los corrales los ganados revueltos; mudos se levantaban, en el silencio terrible, los elevadores de granos que como hilera de gigantes vigilan el río. Pero en aquella sorda calma, como el oriflama triunfante del poder industrial que vence al fin en todas las contiendas, salía de las segadoras de McCormick, ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.

A los tres días de cólera, se fue llenando una tarde nublada el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros airados que subían calle arriba, con la levita al hombro, enseñando el puño cerrado al hilo de humo; ¿no va siempre el hombre, por misterioso decreto, adonde lo espera el peligro, y parece gozarse en escarbar su propia miseria?; "¡allí estaba la fábrica insolente, empleando, para reducir a los obreros que luchan contra el hambre y el frío, a las mismas víctimas desesperadas del hambre!; ¿no se va a acabar, pues, este combate por el pan y el carbón en que por la fuerza del mismo se levantan contra el obrero sus propios hermanos?; pues ¿no es esta la batalla del mundo, en que los que lo edifican deben triunfar sobre los que lo explotan?; ¡de veras, queremos ver de qué lado llevan la cara esos traidores!" Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer la tarde; sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira a las casuchas míseras que se destacan, como manchas de lepra, en el áspero paisaje.

Los oradores, que hablan sobre las rocas, sacuden con sus invectivas aquel concurso en que los ojos centellean y se ven temblar las barbas. El orador es un carrero, un fundidor, un albañil; el humo de McCormick caracolea sobre el molino; ya se acerca la ora de salida; "¡a ver qué cara nos ponen esos traidores!" "¡fuera, fuera ese que habla, que es un socialista!..."

Y el que habla, levantando como con las propias manos los dolores más recónditos de aquellos corazones iracundos, excitando a aquellos ansiosos padres a resistir hasta vencer, aunque los hijos les pidan pan en vano, por el bien duradero de los hijos, el que habla es Spies; primero lo abandonan, después lo rodean, después se miran, se reconocen, reconocen en aquella implacable pintura, lo aprueban y aclaman: "¡ese, que sabe hablar, para que hable en nuestro nombre con las fábricas!" Pero ya los obreros han oído la campana de la suelta en el molino; ¿qué importa lo que está diciendo Spies?; arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica, y caen en trizas todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que les sale al paso!; ¡aquellos, aquellos son, blancos como muertos, los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!" ¡piedras! Los obreros del molino, en la torre, donde se juntan medrosos, parecen fantasmas; vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía, uno al estribo vaciando el revólver, otro al pescante, los de adentro agachados se abren paso a balazos en la turba, que los caballos arrollan y atropellan; saltan del carro, fórmanse en batalla, y cargan a tiros sobre la muchedumbre que a pedradas y disparos locos se defiende. Cuando la turba acorralada por las patrullas que de toda la ciudad acuden, se asila, para no dormir en sus barrios donde las mujeres compiten en ira con el hombre, a escondidas, a fin de que no triunfe nuevamente su enemigo, entierran los obreros seis cadáveres.

¿No se ve hervir todos aquellos pechos? ¿juntarsce a los anarquistas? ¿escribir Spies un relato ardiente en su "Arbeiter Zeitung"? "¿reclamar Engel la declaración de que aquella es por fin la hora? ¿poner Lingg, que meses atrás fue aporreado en la cabeza por la patrulla, las bombas cargadas en un baúl de cuero? ¿acumularse, con el ataque ciego de la policía, el odio que su brutalidad ha venido levantando?

"¡A las armas, trabajadores! dice Spies en una circular fogosa que todos leen estremeciéndose; "¡a las armas, contra los que os matan por que ejercitáis vuestros derechos de hombre!" "¡Mañana nos reuniremos", —acuerdan los anarquistas,— "y de manera y en lugar que les cueste caro vencernos si nos atacan!" "Spies, pon Ruhe en tu Arbeiter; Ruhe quiere decir que todos debemos ir armados". Y de la imprenta del "Arbeiter" salió la circular que invitaba a los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket a protestar contra los asesinatos de la policía.

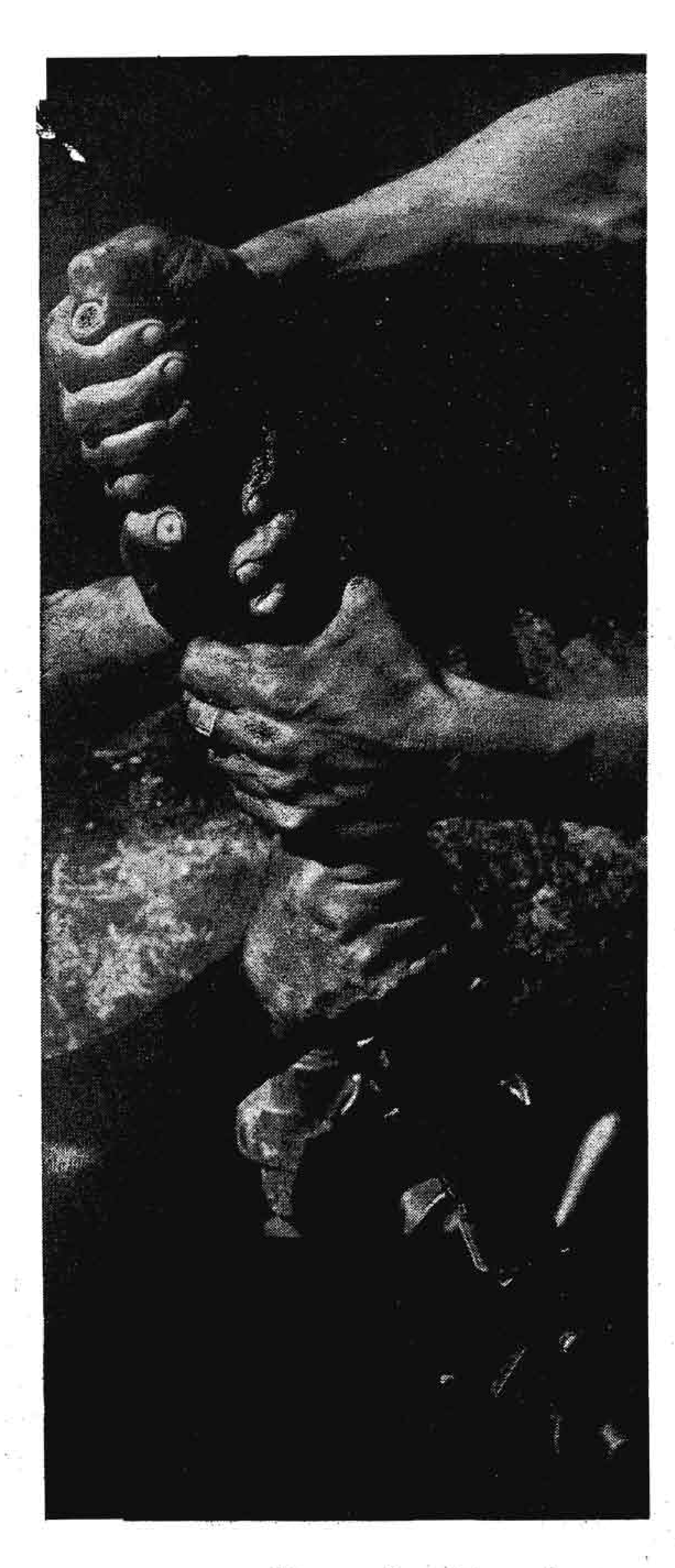
Se reunieron en número de cincuenta mil, con sus mujeres y sus hijos, a oir a los que les ofrecían dar voz a su dolor; pero no estaba la tribuna, como otras veces, en lo abierto de la plaza, sino en uno de los recodos, por donde daba a dos oscuras callejas. Spies, que había borrado del convite impreso las palabras: "Trabajadores a las armas", habló de la injuria con cáustica elocuencia, mas no de modo que sus oyentes perdieran el sentido, sino tratando con singular moderación de fortalecer sus ánimos para las reformas necesarias: "¿Es esto Alemania, o Rusia, o España?" decía Spies. Parson, en los instantes mismos en que el corregidor presenciaba la junta sin interrumpirla, declamó, sujeto por la ocasión grave y lo vasto del concurso, uno de sus editoriales cien veces impunemente publicados. Y en el instante en que Fielden preguntaba en bravo arranque si, puestos a morir, no era lo mismo acabar en un trabajo bestial o caer defendiéndose contra el enemigo, —nótase que la multitud se arremolina; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano, calle arriba. Llega a la tribuna; intima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores; "¿qué hemos hecho contra la paz?" dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego.

Y entonces se vio descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra, húndese el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las dos primeras líneas; los gritos de un moribundo desgarran el aire. Repuesta la policía, con valor sobrehumano, salta por sobre sus compañeros a bala graneada contra los trabajadores que le resisten; "huímos sin disparar un tiro!" dicen unos; "apenas intentamos resistir", dicen otros "nos recibieron a fuego raso", dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De los policías, uno muere en la plaza; otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pie, va agujereado de pies a cabeza; y los pedazos de la bomba de dinamita, al rasar la carne, la habían rebanado como un cincel.

¿Pintar el terror de Chicago, y de la República? Spies les parece Robespierre; Engel, Marat; Parsons, Danton. ¿Qué?; ¡menos!; esos son bestias feroces Tinvilles, Henriots, Chaumettes, ¡los que quieren vaciar el mundo viejo por un caño de sangre, los que quieren abonar con carne viva el mundo! ¡A lazo cáceseles por las calles, como ellos quisieron cazar ayer a un policía! ¡salúdeseles a balazo por donde quiera que asomen, como sus mujeres saludaban ayer a los "traidores" con huevos podridos! ¿No dicen, aunque es falso, que tienen los sótanos llenos de bombas? ¿No dicen, aunque es falso también, que sus mujeres, furias verdaderas, derriten el plomo, como aquellas de París que arañaban la pared para dar cal con que hacer pólvora a sus maridos? ¡Quememos este gusano que nos come! ¡Ahí están, como en los motines del Terror, asaltando la tienda de un boticario que denunció a la policía el lugar de sus juntas, machacando sus frascos, muriendo en la calle como perros, envenenados con el vino de colchydium. ¡Abajo la cabeza de cuantos la hayan asomado! ¡A la horca las lenguas y los pensamientos! Spies, Schwab y Fischer caen presos en la Imprenta, donde la policía halla una carta de Johann Most, carta de sapo, rastrera y babosa, en que trata a Spies como íntimo amigo, y le habla de las bombas, de "la medicina", y de un rival suyo, de Paulus el Grande "que anda que se lame por los pantanos de ese perro periódico de Shevitch". A Fielden, herido, lo sacan de su casa, A Engel y a Neebe, de su casa también. Y a Lingg, de su cueva; ve entrar al policía; le pone al pecho un revólver, el policía lo abraza; y él y Lingg, que jura y maldice, ruedan luchando, levantándose, cayendo en el zaquizamí lleno de tuercas, escoplos y bombas; las mesas quedan sin pie, las sillas sin espaldar; Lingg casi tiene ahogado a su adversario, cuando cae sobre él otro policía que lo ahoga; ni inglés habla siquiera este mancebo que quiere desventrar la ley inglesa! Trescientos presos en un día. Está espantado el país, repletas las cárceles.

¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar; pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía Degan, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que rematase en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjuro. Lingg mismo, cuyas bombas eran semejantes, como se vio por el casquete, a la de Haymarket, estaba, según el proceso, lejos de la catástrofe. Persons, contento de su discurso, contemplaba la multitud desde una casa vecina. El perjuro fue quien dijo, y desdijo luego, que vio a Spies encender el fósforo con que se prendió la mecha de la bomba. Que Lingg cargó con otro hasta un rincón cercano a la plaza el baúl de cuero. Que la noche de los seis muertos del molino acordaron los anarquistas, a petición de Engel, armarse para resistir nuevos ataques, y publicar en el "Arbeiter" la palabra "Ruhe". Que Spies estuvo un instante en un lugar donde se tomó el acuerdo. Que en su despacho había bombas, y en una u otra casa rimeros de "manuales de guerra revolucionaria". Lo que sí se probó con prueba plena, fue que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido. Lo que sí sucedió fue que Parsons, hermano amado de un noble general del Sur, se presentase un día espontáneamente en el tribunal a compartir la suerte de sus compañeros. Lo que sí estremece es la desdicha de la leal Nina van Zandt, que prendada de la arrogante hermosura y dogma humanitario de Spies, se le ofreció de esposa en el dintel de la muerte, y de mano de su madre, de distinguida familia, casó en la persona de su hermano con el preso; llevó a su reja día sobre día el consuelo de su amor, libros y flores; publicó con sus ahorros, para allegar recursos a la defensa, la autobiografía soberbia y breve de su desposado; y se fue a echar de rodillas a los pies del gobernador. Lo que sí pasma es la tempestuosa elocuencia de la mestiza Lucy Parsons, que paseó los Estados Unidos, aquí rechazada, allí silbada, allá presa, hoy seguida de obreros llorosos, mañana de campesinos que la echan como una bruja, después de catervas crueles de chicuelos para "pintar al mundo el horror de la condición de castas infelices, mayor mil veces que el de los medios propuestos para terminarlo". ¿El proceso? Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley; y han sido castigadas en Nueva York, en un caso de excitación directa a la rebeldía, ¡con doce meses de cárcel y doscientos cincuenta pesos de multa!

¿Quién que castiga crímenes, aún probado, no tiene en cuenta las circunstancias que los precipitan, las pasiones que los atenúan, y el móvil conque se cometen? Los pueblos, como los médicos, han de preferir prever la enfermedad,



o curarla en sus raíces, a dejar que florezca en toda su pujanza, para combatir el mal desenvuelto por su propia culpa, con medios sangrientos y desesperados.

+

Pero no han de morir los siete. El año pasa. La Suprema Corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte. ¿Qué sucede entonces, sea remordimiento o miedo, que Chicago pide clemencia con el mismo ardor con que pidió antes castigo; que los gremios de la República envían al fin a Chicago sus representantes para que intercedan por los culpables de haber amado la causa obrera con exceso; que iguala el clamor de odio de la nación al impulso de piedad de los que asistieron, desde la crueldad que lo provocó al crimen?

La prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso, pinta los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas. ¿Qué hace ese viejo gobernador, que no confirma la sentencia? ¿Quién nos defenderá mañana, cuando se alce el monstruo obrero, si la policía ve que el perdón de sus enemigos los anima a reincidir en el crimen? ¿Qué ingratitud para con la policía, no matar a esos hombres? "¡No!" grita un jefe de la policía, a Nina Van Zandt que va con su madre a pedirle una firma de clemencia sin poder hablar del llanto. ¡Y ni una mano recoge de la pobre criatura el memorial que uno por uno, mortalmente pálida, le va presentando!

¿Será vana la súplica de Félix Adler, la recomendación de los jueces del Estado, el alegato magistral en que demuestra la torpeza y crueldad de la causa Trumbull? La cárcel es jubileo; de la ciudad salen y entran repletos los trenes; Spies, Fielden y Schwab han firmado, a instancia de su abogado, una carta al gobernador donde aseguran no haber intentado nunca recursos de fuerza; los otros no, los otros escriben al gobernador cartas osadas: "¡o la libertad, o la muerte, a que no tenemos miedo!" ¿Se salvará ese cínico Spies, ese implacable Engel, ese diabólico Parsons? Fielden y Schwab acaso se salven, porque el proceso dice de ellos poco y, ancianos como son, el gobernador los compadece, que es también anciano.

En romería van los abogados de la defensa, los diputados de los gremios obreros, las madres, esposas y hermanas de los reos, a implorar por su vida, en recepción interrumpida por los sollozos, ante el gobernador. ¡Allí, en la hora real, se vió el vacío de la elocuencia retórica! ¡Frases ante la muerte! "Señor, dice un obrero, ¿condenarás a siete anarquistas a morir porque un anarquista lanzó una bomba contra la policía, cuando los tribunales no han querido condenar a la policía de Pinkerton, porque uno de sus soldados mató sin provocación de un tiro a un niño obrero?" Sí; el gobernador los condenará la República entera le pide que los condene para ejemplo; ¿Quién puso ayer en la celda de Lingg las cuatro bombas que descubrieron en ellas los llaveros?; ¿de modo que ese alma feroz quiere morir sobre las ruinas de la cárcel, símbolo a sus ojos de la maldad del mundo? ¿a quién salvará por fin el gobernador Oglesby la vida?

¿No será a Lingg, de cuya celda, sacudida por súbita explosión sale, como el vapor de un cigarro, un hilo de humo azul? Allí está Lingg tendido vivo, despedazado, la cara un charco de sangre, los dos ojos abiertos entre la masa roja: se puso entre los dientes una cápsula de dinamita que tenía oculta en el lujoso cabello, con la bujía encendió la mecha, y se llevó la cápsula a la barba; lo cargan brutalmente; lo dejan caer sobre el suelo del baño; cuando el agua ha barrido los coágulos, por entre los jirones de carne caída se le ve la laringe rota y, como las fuentes de un manantial corren por entre los rizos de su cabellera vetas de sangre. ¡Y escribió! ¡Y pidió que lo sentaran! ¡Y murió a las seis horas, —cuando ya Fielden y Schwab estaban p e r d o n a d o s, cuando convencidas de las desventuras de sus hombres, las mujeres, las mujeres sublimes, están llamando por última vez no con flores y frutas como en los días de la esperanza, sino pálidas como la ceniza, a aquellas bárbaras puertas!

La primera es la mujer de Fischer; ¡la muerte se le conoce en los labios blancos!

Lo esperó sin llorar; pero ¿saldrá viva de aquel abrazo espantoso?; ¡así, así se desprende el alma del cuerpo! El la arrulla, le vierte miel en los oídos, la levanta contra su pecho, la besa en la boca, en el cuello, en la espalda. "¡Adios!"; la aleja de sí, y se va a paso firme con la cabeza baja y los brazos cruzados. Y, Engel ¿cómo recibe la visita postrera de su hija? ¿No se querrán, que ni ella ni él quedan muertos? ¡Oh, si la quiere, porque tiemblan los que

se llevaron del brazo a Engel al recordar, como de un hombre que crece de súbito entre sus ligaduras, la luz llorosa de su última mirada! "¡Adios, mi hijo!" dice tendiendo los brazos hacia él la madre de Spies, a quien sacan lejos del hijo ahogado, a rastras. "¡Oh, Nina, Nina!" exclama Spies apretando a su pecho por primera y última vez a la viuda que no fue nunca esposa; y al borde de la muerte se la ve florecer, temblar como flor, deshojarse como la flor, en la dicha terrible de aquel beso adorado.

No se la llama desmayada, no; sino que, conocedora por aquel instante de la fuerza de la vida y la beldad de la muerte, tal como **Ofelia** vuelta a la razón, cruza, jacinto vivo, por entre los alcaides, que le tienden respetuosos la mano. Y a Lucy Parsons no la dejaron decir adios a su marido, porque lo pedía, abrazada a sus hijos, con el calor y la furia de las llamas.

+

Y ya entrada la noche y todo oscuro en el corredor de la cárcel pintado de cal verdosa, por sobre el paso de los guardias con la escopeta al hombro, por sobre el voceo y risas de los carceleros y escritores, mezclados de vez en cuando a un repique de llaves, por sobre el golpeo incesante del telégrafo que el **"Sun"** de Nueva York tenía en el mismo corredor establecido, y culebreaba, reñía, se desbocaba, imitando, como una dentadura de calavera, las inflexiones de la voz del hombre; por sobre el silencio que encima de todos estos ruidos se cernía, oíanse los últimos martillazos del carpintero en el cadalso. Al fin del corredor se levantaba el cadalso. "¡Oh, las cuerdas son buenas: ya las probó el alcaide!" "El verdugo hablará, escondido en la garita del fondo, de la cuerda que sujeta el pestillo de la trampa". "La trampa está firme, a unos diez pies del suelo". "No; los maderos de la horca no son nuevos los han pintado de ocre, para que parezcan bien en esta ocasión; porque todo ha de hacerse decente". "Sí, la milicia está a mano: y a la cárcel no se deja acercar a nadie". "¡De veras que Lingg era hermoso!" Risas, tabacos, brandy, humo que ahoga en sus celdas a los reos despiertos. En el aire espeso y húmedo chisporrotean, cocean, bloquean, las luces eléctricas. Inmóvil sobre la baranda de las celdas, mira al cadalso un gato... cuando de pronto una melodiosa voz, llena de fuerza y sentido, la voz de uno de estos hombres a quienes se supone fieras humanas, trémula primero, vibrante en seguida, pura luego y serena, como quien ya se siente libre de polvo y ataduras, resonó en la celda de Engel, que, arrebatado por el éxtasis, recitaba **"El Tejedor"** de Henry Keine,, como ofreciendo al cielo el espíritu, con los dos brazos en alto:

Con ojos secos, lúgubres y ardientes,
Rechinando los dientes,
Se sienta en su telar el tejedor:
¡Germania vieja, tu capuz zurcimos!
Tres maldiciones en la tela urdimos;
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Dios que implora en vano
En invierno tirano
Muerto de hambre el jayán en su obrador:
¡En vano fue la queja y la esperanza!
Al Dios que nos burló, guerra y venganza:
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso rey del poderoso
Cuyo pecho orgulloso
Nuestra angustia mortal no conmovió!
¡El último doblón nos arrebata,
Y como a perros luego el rey nos mata!
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Estado en que florece,
Y como yedra crece
Vasto y sin tasa el público baldón;
Donde la tempestad la flor avienta
Y el gusano con podre se sustenta!
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Corre, corre sin miedo, tela mía!
¡Corre bien noche y día
Tierra maldita, tierra sin honor!
Con mano firme tu capuz zurcimos:
Tres veces, tres, la maldición urdimos:
¡Adelante, adelante el tejedor!

Y rompiendo en sollozos, se dejó Engel caer sentado en su litera, hundiendo en las palmas el rostro envejecido. Muda lo había escuchado la cárcel entera, los unos como orando, los presos asomados a los barrotes, estremecidos los escritores y los alcaides, suspenso el telégrafo, Spies a medio sentar. Parsons de pie en su celda, con los brazos abiertos, como quien va a emprender el vuelo.



El día sorprendió a Engel hablando entre sus guardas, con la palabra voluble del condenado a muerte, sobre lances curiosos de su vida de conspirador; a Spies, fortalecido por el largo sueño; a Fischer, vistiéndose sin prisa las ropas que se quitó al empezar la noche, para descanzar mejor; a Parsons, cuyos labios se mueven sin cesar, saltando sobre sus vestidos, después de un corto sueño histérico.

"¡Oh, Fischer, cómo puedes estar tan sereno, cuando el alcaide que ha de dar la señal de tu muerte, rojo por no llorar, pasea como una fiera la alcaldía!" —"porque"— responde Fischer, clavando una mano sobre el brazo trémulo del guarda y mirándole de lleno en los ojos, —"creo que mi muerte ayudará a la causa con

que me desposé desde que comencé mi vida, y amo yo más que a mi vida misma, la causa del trabajador, — y porque mi sentencia es parcial, ilegal e injusta!" "¡Pero, Engel, ahora que son las ocho de la mañana, cuando ya sólo te faltan dos horas para morir, cuando en la bondad de las caras, en el afecto de los saludos, en los maullidos lúgubres del gato, en el rastreo de las voces, y los pies, están leyendo que la sangre te hiela, cómo no tiemblas, Engel!" —¿Temblar porque me han vencido aquellos a quienes hubiera querido yo vencer? Este mundo no me parece justo. ¿Qué me importa que mi muerte sea un asesinato judicial? ¿Cabe en un hombre que ha abrazado una causa tan gloriosa como la nuestra desear vivir cuando puede morir por ella? ¡No: alcaide, no quiero drogas: quiero vino de Oporto!" Y uno sobre otro se bebe tres vasos... Spies, con las piernas cruzadas, como cuando pintaba para el "Arbeiter Zeitung" el universo dichoso, color de llama y hueso, que sucedería a esta civilización de esbirros y mastines, escribe largas cartas, las lee con calma, las pone lentamente en sus sobres, y una y otra vez deja descansar la pluma, para echar el aire, reclinado en su silla, como los estudiantes alemanes, bocanadas y aros de humo; ¡oh, patria, raíz de la vida, que aún a los que te niegan por el amor más vasto a la humanidad, acudes y confortas, como aire y como luz, por mil medios sutiles! "Sí, Alcaide, dice Spies, ¡beberé un vaso de vino del Rhin!"... Fischer, Fischer alemán, cuando el silencio comenzó a ser angustioso, en aquel instante en que las ejecuciones como en los banquetes callan a la vez, como ante solemne aparición, los concurrentes todos, prorrumpió, iluminada la faz por venturosa sonrisa, en las estrofas de "La Marsellesa" que cantó con la cara vuelta al cielo... Parsons a grandes pasos mide el cuarto: tiene delante un auditorio enorme, un auditorio de ángeles que surgen resplandecientes de la bruma, y le ofrecen, para que como astro purificante cruce el mundo, la capa de fuego del profeta Elías: tiende las manos, como para recibir un don, vuélvese hacia la reja, como para enseñar a los matadores su triunfo; gesticula, argumenta, sacude el puño alzado, y la palabra alborotada al dar contra los labios se le extingue, como en la arena movediza se confunden y perecen las olas.

Llenaba de fuego el sol las celdas al pasadizo angosto; ¿Bien? — "¡Bien!": se dan la mano, sonríen, crecen. "¡Vamos!" El médico les había dado estimulantes: A Spies y a Fischer les trajeron vestidos nuevos; Engel no quiere quitarse sus pantuflas de estambre. Les leen la sentencia, a cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas: les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero; le echan por sobre la cabeza, como la túnica de los catecúmenos cristianos, una mortaja blanca; abajo la concurrencia sentada en hileras de sillas delante del cadalso como un teatro! Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca; delante va el Alcaide, lívido: al lado de cada reo, marcha un corchete. Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como una mortaja, magnífica la frente: Fischer le sigue, robusto y poderoso, enseñándose por el cuello la sangre pujante, realzado por el sudario los fornidos miembros. Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones: Parsons, como si tuviese miedo a morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo. Acaba el corredor, y ponen el pie en la trampa: las cuerdas colgantes, las cabezas erizadas, las cuatro mortajas.

Plegaria es el rostro de Spies; el de Fischer firmeza; el de Parsons orgullo radioso: a Engel que hace reir con un chiste a su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero, a Fischer, a Engel, a Parsons, les hechan sobre la cabeza, como el apaga velas sobre las bujías, las cuatro caperuzas. ¡Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que lo oyen les entra en las carnes: "La voz que vais a sofocar será más poderosa en el futuro, que cuantas palabras pudiera yo decir ahora." Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: "¡Este es el momento más feliz de mi vida!" "¡Hurra por la anarquía!" dice Engel, que había estado moviendo bajo el sudario hacia el Alcaide las manos amarradas. "Hombres y mujeres de mi querida América, empieza a decir Parsons... Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa, y cesa; Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere; Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el techo como la marejada, se ahoga; Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se dá en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborinea: y al fin expira, rota la nuca hacia delante, saludando con la cabeza a los espectadores.

+

Y dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los cadáveres amoratados, de señales de duelo colgadas en puertas miles bajo una flor de seda, de muchedumbres reunidas con respeto para poner en los pies de los ataúdes rosas y guirnaldas, Chicago asombrado vio pasar tras las músicas fúnebres, a que precedía un soldado loco agitando como desafío un pabellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos atrás que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fischer, ornado con guirnalda colosal de lirio y clavellinas; los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas, —y los carruajes de las viudas, recatadas hasta los pies por velos de luto, —y sociedades, gremios, vereins, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.

Y cuando desde el montículo del cementerio, rodeado de veinticinco mil almas amigas, bajo el cielo sin sol que allí corona estériles llanuras, habló el capitán Black, el pálido defensor vestido de negro, con la mano tendida sobre los cadáveres, —"¿Qué es la verdad, — decía, en tal silencio que se oyó gemir a las mujeres dolientes y al concurso, —¿qué es la verdad que desde que el de Nazaréth la trajo al mundo no la conoce el hombre hasta que con sus brazos la levanta y la paga con la muerte? ¡Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas: su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza; su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud; su dolor, el de creer que el egoismo no cederá nunca por la paz a la justicia; ¡oh cruz de Nazareth, que en estos cadáveres se ha llamado cadalso!"

De la tiniebla que a todos envolvía, cuando del estrado de pino iban bajando los cinco ajusticiados a la fosa, salió una voz que se adivinaba ser de barba espesa, y de corazón grave gritando: "¡Yo no vengo a acusar ni a ese verdugo a quien llaman alcaide, ni a la nación que ha estado hoy dando gracias a Dios en sus templos porque han muerto en la horca estos hombres, sino a los trabajadores de Chicago, que le han permitido que les asesinen a cinco de sus más nobles amigos"...

La noche, y la mano del defensor sobre aquel hombro inquieto, dispersaron los concurrentes y las hurras: flores, banderas, muertos y afligidos, perdíanse en la misma negra sombra: como de las olas de mar venía de lejos el ruido de la muchedumbre de vuelta a sus hogares. ¡Y decía el "Albeiter Zeitung" de la noche, que al entrar en la ciudad recibió el gentío ávido: "¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la justicia; seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palmas!"

"LA Nación", Buenos Aires, 1o. de Enero de 1888.



POR OSCAR HURTADO

# EL MOVIMIENTO OBRERO CUBANO DEL 68 AL 33

Después del 10 de Octubre de 1868 comienza la verdadera emigración de los tabaqueros cubanos a tierras extranjeras. Son en realidad el primer grupo del proletariado cubano que comienza a forjarse una conciencia revolucionaria. Debido a las condiciones del trabajo, sentados uno frente al otro conversando, y a las lecturas, los tabaqueros incubaron antes que otros trabajadores el fermento revolucionario que surge tarde o temprano en la clase obrera.

Entre los tabaqueros se encontraban españoles de tendencias anarco-sindicalistas, que en aquella época eran conocidos por bakuninistas, o discípulos de Bakunin, los cuales impulsaron el movimiento de rebelión bajo las ideas políticas de Proudhon, Kropotkine y Bakunin.

En el siglo XIX la primera conquista cultural, de la cual derivaron las otras, fue la publicación del periódico "La Aurora", por el asturiano Saturnino Martínez, el cual vino muy joven a Cuba y trabajó en la fábrica de Partagás. Siguiendo la pauta que dio Nicolás Azcárate al conseguir lecturas para los presos, escribió sobre su utilidad para los tabaqueros estas palabras: "De este modo el ángel de la sabiduría les ofrecerá la copa que endulce las horas de la vida, al par que desarrolla la inteligencia, perfecciona el corazón y suaviza las costumbres".

La práctica de la lectura fue tan intensa en su acogida por una clase hasta ese momento iletrada, que sirvió de pretexto, y también de burla al caricaturista español Víctor Patricio de Landaluce, director del periódico satiricojocoso "Don Junípero", para que dibujase ocho caricaturas de este suceso que constituía por aquellos días la actualidad habanera.

Saturnino Martínez, junto con un grupo de tabaqueros dio inicio a su labor de ganar prosélitos consiguiendo distribuir veinte acciones, de a cinco pesos plata cada una, entre sus compañeros. En la edición del diario "El Siglo" del 20 de Octubre de 1865 se anunció la próxima salida de un nuevo periódico a cargo de "dos escritores bastante conocidos en nuestra república literaria", Manuel Sellén y Saturnino Martínez. "La Aurora" apareció por fin el 22 de Octubre de 1865. Constaba de ocho páginas (11x8 pulgadas) a dos columnas y su precio era de 10 centavos. En el subtítulo se leía: "periódico semanal dedicado a los artesanos", que era el nombre genérico por el cual se conocía a los obreros en la época. Sellén asumió la dirección y Martínez se hizo cargo de una sección denominada "El Tabaco", con el pseudónimo de "Camilo". Colaboraron allí Joaquín Lorenzo Luaces, Luis Victoriano Betancourt, José Fornaris, Antonio Sellén, Fernando Urzais, Alfredo Torroella, Francisco A. Figueroa y Ramona Pizarro, la primer mujer que aparece en la prensa cubana defendiendo a la clase trabajadora. Todos publicaron allí sus poemas y ensayos literarios.

En sus primeros números "La Aurora" mostró preferencias literarias, relegando a segundo término las cuestiones obreras. El 24 de diciembre de 1865 se informaba de la salida de "El Artesano", integrado por miembros de "La Aurora" donde se decía que "los redactores de este periódico carecen de aspiraciones literarias y, lo único que desean es ser útiles a sus hermanos los artesanos" ya que "entre nosotros jamás en ninguna época se ha despertado el amor de las letras tanto como en la presente". El motivo de la escisión parece fue la escasa colaboración de los obreros en "La Aurora". Los tabaqueros comenzaban a pensar y, por tanto, a escribir. Sin embargo, "El Artesano" no llegó a publicarse sin que sepamos el motivo; por otra parte "La Aurora" comenzó a preocuparse más de los problemas obreros. Dos años después, en el 68, Francisco Teodoro Acosta fundó "La Colmena".

El éxito de "La Aurora" a poco de su nacimiento con la reimpresión de la primera entrega, repartida conjuntamente con la número 7. En esos días se trató de crear una Sociedad de Artesanos de la Habana con el fin de mejorar al obrero según el propósito de "La Aurora".

Alternando con los temas literarios, que jamás abandonó para dignidad y luz intelectual de una clase, ya que la verdadera revolución sólo se alcanza combatiendo la ignorancia, "La Aurora" laboró en favor de las clases trabajadoras estimulando la formación de gremios e incitando a los obreros para que acudiesen a los centros de enseñanza y a las bibliotecas públicas,

Contribuyó al establecimiento de diversas "sociedades de artesanos" y en breve cada taller de tabaquería contaba con una. Fomentó también sociedades entre los obreros de otros ramos. Gestionó de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, que hasta entonces abría sus puertas desde las 10 de la mañana hasta las 3 de la tarde, abriera por las noches de 7 a 9 para facilidad del trabajador. Cooperó a la apertura de la "Escuel para Artesanos", inaugurada el 15 de febrero de 1866, y de la cual fue director un obrero, Gregorio Rodríguez. Logró despertar en las distintas "Sociedades de Artesanos" una solidaridad que antes no existía transformándolas en sociedades de "resistencia" para las mejores condiciones de trabajo. Implantaron la lectura, siendo los primeros en el mundo los tabaqueros cubanos en esta práctica educativa.

Pero la educación del proletariado siempre ha sido peligrosa para las clases gobernantes cuando éstas no son el producto de una revolución popular. El "Diario de la Marina", defensor del elemento patronal, publicó una nota donde señalaba "la nueva manía" recomendando al gobierno su atención al nuevo fenómeno. En la edición correspondiente al 13 de marzo de 1866 dice el "Diario": "El propósito de atacar por su base, no ya sólo nuestras instituciones, sino también nuestras costumbres, es el fin con que se promueven y fomentan esas lecturas en ciertos talleres. Algunos de los dueños de esos talleres no lo son ya de su albedrío, y obedecen a la coacción y a la amenaza; pero de este y otro particulares muy dignos de atención suponemos enterado al Gobierno, y fiamos en su prudencia y energía para que se repriman ciertas manifestaciones y se eviten a tiempo males que todos conocemos".

Tres días después, el 18 de marzo, expresa "La Aurora"; "El Diario de la Marina se ha declarado abiertamente contrario a la lectura en los talleres. Nosotros, que hemos sido sus propagadores, nos alegramos de ello, pues su oposición prueba que la institución es buena".

El "Diario" llega a proponer se funde un periódico "exclusivamente consagrado" a la defensa de la clase patronal. El 14 de mayo el Gobernador Político de la Isla dirigió al Jefe de la Policía un largo escrito prohibiendo la lectura en las tabaquerías reproducido en "La Prensa" (émulo de nuestra Prensa Libre actual) y el "Diario"; y un mes después el Capitán General Lersundi prohibió de modo terminante toda reunión cuya finalidad fuese la de practicar la lectura.

Los enemigos de los trabajadores lograron su propósito; pero no pudieron terminar con "La Aurora" que arreció su campaña de llevar la ilustración y el espíritu de lucha a los obreros.

Pocos días después de la prohibición "La Aurora" insertó un artículo de Josí de Jesús Márquez, "Ventajas de las Asociaciones", y señalaba además que la Biblioteca Pública de la Real Sociedad Económica se veía tan concurrida por los obreros que hacían falta sillas para acomodarlos. Los tabaqueros, buscando una salida, iniciaron los trabajos para crear un gremio, "Asociación de Tabaqueros de la Habana", cuyas bases se acordaron a fines de junio de 1866, siendo primer presidente Saturnino Martínez.

Poco después se le cambió el nombre por el de "Sociedad Cooperativa de Artesanos" para dar cabida a obreros de otros ramos. En su seno surgieron dos tendencias: los cooperativistas y los radicales, siendo estos últimos los propulsores de la huelga en la fábrica de "Cabañas", la primera en Cuba, por no ser los obreros tratados con el respeto y la consideración debidas. Fue en realidad un movimiento de prueba, de ensayo.

Las demandas fueron satisfechas a los pocos días; pero hubo desenciones al acusarse a los directores de tibieza o de ser "más literrarios que obreros", como Saturnino Martínez. En esto se vé una injusticia para aquel que los enseñó a pensar y organizarse. Como resultado el "Gremio" fue disuelto quedando las "Sociedad de Socorros Mutuos" en distintos talleres.

La huelga de "Cabañas" trajo como resultado inevitable la persecución de los dirigentes, y "La Aurora" tuvo por fuerza que abundar en el material literario. En su número del 3 de mayo de 1868 cambió el subtítulo de "periódico dedicado a los artesanos" por el de "Semanario de Ciencias, Literatura y Crítica".

Después del 10 de Octubre de 1868 la lectura desaparece por completo de las tabaquerías; y los tabaqueros que más se habían distinguidos por sus ideas liberales tuvieron que emigrar a Cayo Hueso y New York.

Otros, en vez de emigrar, se quedaron en Cuba manteniendo la lucha. Al encontrarse reunidos en una casa del barrio de Peñalver fueron sorprendidos por la policía. Dieron el frente Francisco de León y Agustín Medina, los cuales pagaron con su vida este delito siendo agarrotados en el Castillo de la Punta el 9 de abril de 1868, convirtiéndose en los primeros mártires del movimiento obrero cubano.

La colonia cubana en Tampa y Cayo Hueso creció echando raíces en suelo extranjero. Fue la más numerosa; y al terminar la guerra de los Diez Años muy pocos regresaron a Cuba prefiriendo habitar en un clima que no coartaba sus ideas políticas o religiosas. Esto constituyó una suerte para el futuro movimiento revolucionario encabezado por José Martí.

En 1886 Vicente Martínez Ibor, valenciano, que diez y seis años antes había tenido que abandonar Cuba por motivos políticos trasladó su fábrica "El Príncipe de Gales" de Cayo Hueso a Tampa a la par de otra firma, Sánchez y Haya. Esto da inicio a Tampa como población.

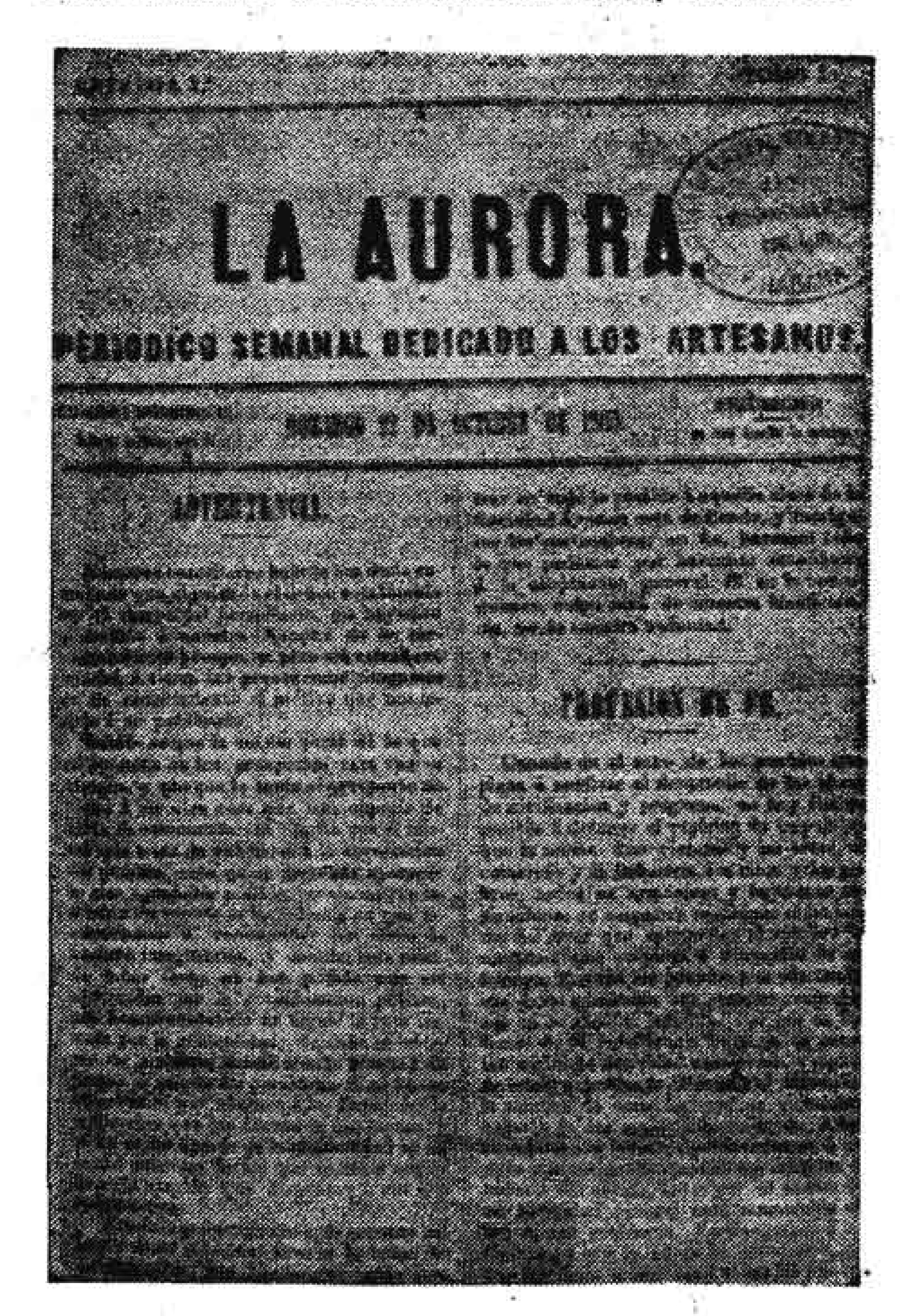
Pese al estado moral como consecuencia de la frustración de la Guerra de los Diez Años, de la "Chiquita" y de otras tentativas, el terreno mejor abonado para ayudar a la revolución era el de los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso, y Martí vio esto con claridad.

Cayo Hueso se convirtió en el principal baluarte de la tabaqueros cubanos, quienes a fin de evitar que sus colegas españoles de ideas diferentes fueran a trabajar allí y delatasen sus planese los iban a esperar al muelle con sendos garrotes. Para esta finalidad crearon una sociedad que se llamó "La Tranca". A pesar de ésto muchos españoles se filtraron con resultados desastrosos para los cubanos de Cay Hues.

Invitado por Néstor Leonelo Carbonell, presidente del club "Ignacio Agramonte", el cual deseaba la unión de los elementos cubanos de Tampa, llega Martí a esta ciudad a las 12 de la noche del 25 de noviembre de 1891. Al día siguiente por la mañana visita a los tabaqueros de la fábrica de Martínez Ibor. Los obreros, de pie, saludan a Martí con prolongado repiqueteo de sus chavetas comparable al saludo de los machetes campesinos a Fidel. Horas después en el salón del Liceo Cubano, después de una presentación por Ramón Rivero, se adelanta Martí y comienza aquel famoso discurso en el cual quedaron grabadas para la historia aquellas frases como, Para Cuba que sufre, la primera palabra, y con todos y para el bien de todos, con las cuales se resume el programa de la revolución.

En Cayo Hueso como en Nueva York mucho se había adelantado ya a pesar de las pequeñas rivalidades y el distanciamiento entre los antiguos veteranos y los elementos civiles, ya que a pesar de esto el espíritu de la revolución se mantuvo. No era en terreno baldío que caían las palabras del Apóstol, y la prueba es que se creó la "Liga Patriótica Cubana", primer paso a la fundación del "Partido Revolucionario Cubano" por los distintos clubes el 6 de enero de 1892 en el Hotel Duval, Cayo Hueso.

De Tampa partió Martí a Nueva York, mientras en Cayo Hueso una comisión se dedicca a recaudar fondos para los gastos. Estando Martí en Nueva York recibe una carta de Cayo Hueso donde se le invita a ir a esta ciudad con fecha 16 de diciembre de 1891 llegando el 25 a bordo del Olivette. El recibimiento fue grandioso. Esa noche se le ofreció un banquete en el Hotel Duval y a la mañana siguiente tuvo que guardar cama debido a una broncolaringitis aguda, según diagnóstico del doctor Eligio Palma motivado por exceso oratorio. Estuvo inactivo una semana antes de proseguir con su labor: discursos en los clubes San Carlos, Círculo Cubano, Patria y Libertad, y en los talleres de tabaquería; y finalmente la reunión donde se aprobaron las bases del Partido Revolucionario Cubano, redactadas todas por Martí, en una de las cuales se dice: "Allegar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos para la guerra", que cumplieron los tabaqueros emigrados al dedicar la sexta parte del jornal semanal.


LA AURORA.

PERIODICO SEMANAL DEDICADO A LOS ARTESANOS.

Primer número de "La Aurora"

En fechas posteriores visitó de nuevo Tampa y Cayo Hueso. Uno de estos viajes fue con motivo de la huelga ocurrida en la tabaquería "La Rosa Española"

Al Gobierno español le preocupaba el auge revolucionario de los emigrados cubanos. Tesifonte Gallego, secretario del Capitán General Salamanca y Negrete nos dice en su libro "La Insurrección Cubana", que el Gobierno español decidió "destruir los centros tabacaleros de Cayo Hueso y Tampa para aniquilar la organización rebelde", dando así la medida de su importancia. El objetivo fue impedir el aporte económico de los obreros a la revolución. ¿Qué mejor manera de destruir una revolución que privarla de su sustento? Así ayer como hoy atentan contra la revolución aquellos que de una forma u otra impiden que ésta progrese.

La huelga, pues, fue el ardid con que se evadió el enemigo. En vista de que los torcedores se negaban a ocupar sus mesas mientras no se accediera a sus demandas los dueños trajeron operarios españoles de la Habana. Surgió de nuevo "La Tranca", con la consiguiente intervención de las autoridades americanas ante la amenaza de los patronos de trasladar sus fábricas a otra parte, a los cuales se une un comité de comerciantes locales integrado por capitalistas, jueces e iglesias. Se dio el caso de un pastor protestante que vino a la Habana en busca de rompehuelgas.

Esta situación, en la cual Cayo Hueso parecía un campamento en vísperas de una batalla, planteó una

problemática desastrosa para la revolución al suprimir se las colectas. Era precisamente lo que el Gobierno español buscaba.

Los patriotas Martín Herrera, el lector José Dolores Poyo, Manuel Patricio Delgado, y un centenar más se aprestan a rechazar a los rompehuelgas. A Martí, que estaba en Tampa, se le avisa por teléfono. Antes de partir Martí consulta el caso con el joven abogado Horacio Rubens quien le aconseja no ir a Cayo Hueso para no complicar la situación.

Rubens se dirige a Nueva York en busca de influencias que resuelven el conflicto, mientras los cubanos son agredidos y coaccionados en su lucha por los elementos norteamericanos y las autoridades, demostrándose una vez más en la historia la enemistad ancestral de Estados Unidos por la soberanía de Cuba.

El abogado Rubens lleva el asunto a los tribunales Va a Washington y demuestra que los operarios españoles entraban en Cayo Hueso violando leyes del trabajo y de inmigración. La ley funciona esta vez a beneficio de los cubanos y se ordena el reembarco de los rompehuelgas. Pero el mal esta ya hecho, y algunas fábricas van a establecerse a un lugar cerca de Tampa que se denominó Pino City y más tarde West Tampa, iniciándose la decadencia de Cayo Hueso.

Entre los Cubanos emigrados a Tampa figuraba Fernando Figueroa y Socarrás, tenedor de libros de la tabaquería O'Hallorans que mereció el ser nombrado alcalde de Pino City y custodio del dinero aportado semanalmente por los tabaqueros, unos doce o quince mil pesos al mes, cantidad que se duplicaba en las temporadas de gran demanda.

Como ejemplos de amor a la Patria y de ayudar a la Revolución puede decirse que en Ibor City existían treinta clubes trabajando por la causa, y en West Tampa, con una población mucho menor diez y seis.. Aparte de la contribución voluntaria e individual en los clubes y fábricas se organizaban picnics, veladas patrióticas, rifas y bailes. Esta enorme efervescencia patriótica, esta unidad de propósito por sobre todas las rencillas personales, se debe a la voluntad y el espíritu inquebrantable de José Martí.

Así transcurre la Guerra de Independencia y de repente los obreros cubanos se encuentran que la Patria ha dejado de ser colonia de España para serlo de Estados Unidos.

En 1901 ocurre la llamada "Huelga de los Aprendices". El motivo fue la actitud discriminativa de los dueños de fábricas de tabaco con el obrero cubano. Ciertos departamentos, como los de escoger y rezagar, eran el usufructo del elemento español, al cual se traía especialmente de España para ocupar las plazas vacantes. A pesar de existir en aquel momento asociaciones obreras la huelga se produjo con intensidad increíble. El llamado fue una carta de los trabajadores de la fábrica "La Carolina" que la inicia hasta hacerse general. Los obreros españoles anarquistas se sumaron a los cubanos, contándose entre ellos Feliciano Prieto, Atruro Juvanet y José Barral, padre este último del periodista Germinal Barral. Esta huelga costó la vida de algunos obreros ya que se peleó con bravura llegándose a levantar barricadas en las calles y en otros lugares como el solar "El Poloní" en el barrio de Cayo Hueso. Se trajo la Guardia Rural que resultó impotente por no conocer la Habana, y así estaba la situación cuando Máximo Gómez intervino diciendo que contaba con quince mil hombres; ex veteranos, para terminar la hueaga. Los huelguistas pidieron ayuda a los padres de la Patria escuchando de labios de Sanguily y Juan Gualberto una negativa a pesar de estar ellos de corazón con los obreros. La explicación que se les ofreció fue muy sencilla: los americanos amenazaban con intervenir, y lo que la Guardia Rural no lograba resolver sería logrado con un desembarco de "marines".

La República estaba en peligro y por lo tanto...

En esa huelga se lograron dos cosas: promesas y [illegible].

En el año 1906, en época de Magoon, ocurrió la "Huelga de la Moneda". En esa época se especulaba en Cuba con tres clases de moneda: la española, la americana y la francesa (el luis, con un valor de cuatro pesos). Esta última se hallaba en retirada disputándose el campo las dos primeras. Los americanos, dueños ya de la Isla, trataban por todos los medios de cortar las últimas raíces económicas de España en Cuba. La huelga tuvo lugar en la Habana llegando sus efectos hasta Santa Clara. En Santiago de Cuba, por ejemplo, notuvo lugar, debido a que esta ciudad fue ocupada militarmente por los americanos siendo una de sus primeras medidas el erradicar la moneda española.

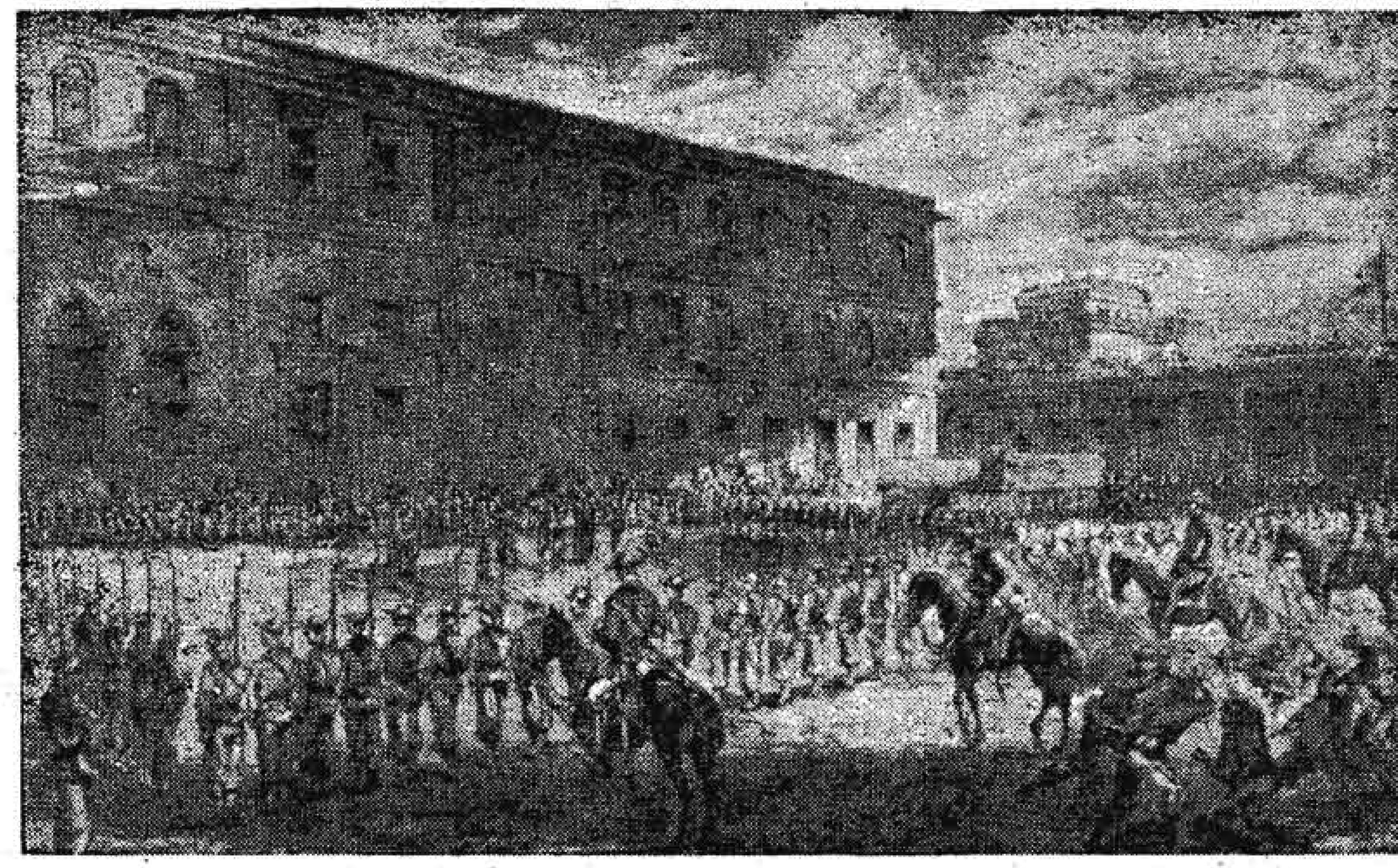
La causa por la cual los obreros rechazaron la moneda española fue su depreciación y al agio que esta depreciación trajo como consecuencia. Había puestos para cambiar la moneda de la misma forma que los billetes de lotería. El salario recibido en dinero español perjudicaba al obrero, pues un pasaje le costaba siete centavos en moneda española mientras el equivalento en moneda americana era de cinco.

Como era de esperar fueron los tabaqueros los que llamaron a huelga, que duró cinco meses y fue muy bien organizada. Se crearon Comités de Auxilios dirigidos en su mayoría por Emilio Sánchez, presidente de los tabaqueros, para suministrar a los huelguistas, e inclusive un almacenistas de víveres, Fernández Boada, ofreció un crédito que se le pagó al terminarse la huelga.

El gobernador americano Magoon supo ver la opor-



Caricaturas de Landaluce
arriba: "Lectura que entusiasma"
abajo: Lectura que aprovecha". En la portada del libro se lee: BANDO DE POLICIA



Ejecución de Francisco de León y Agustín Molina. (Dibujo hecho por un artista cubano y publicado en Hasper's Weekly, el 8 de mayo de 1869)

tunidad que este suceso representaba para su país. Se puso de parte de los obreros por medio de un ardid. Escribió una carta dirigida a la Unión de Fabricantes donde se declaraba a favor de la huelga, carta que por "error" cayó en manos del Comité de los obreros. La Huelga de la Moneda fue ganada por los trabajadores que se sintieron más fuertes que nunca.

Pero este triunfo, que momentáneamente fue necesario no constituyó una verdadera victoria de la clase obrera, pues resulta imposible para una clase que está siendo oprimida por los gobernantes capitalistas el lograr un triunfo total dentro de un sistema social que le es enemigo. Esta victoria derivó en beneficio del capitalismo americano y al fin que perseguía: el control económico de Cuba.

Los obreros, que se creyeron fuertes, pronto salieron de su error. Poco tiempo después vino la huelga de la No-rebaja de empleados que se perdió en toda la línea y en la cual quedó tan mal parada la clase trabajadora que hasta la unidad se perdió.

Después comienza una época de lucha constante e incierta en la cual el capitalismo americano y el cubano, todopoderosos, manejan la situación a través de la política y el garrotazo. De repente, con Machado en la presidencia surge una desavenencia económica (con que otra cosa podría ser) entre Cuba y los Estados Unidos, que termina con la caída de Machado.

Volviendo un poco atrás nos encontramos que se han celebrado tres Congresos obreros.

El primer Congreso Ordinario de la Federación Obrera de la Habana se reunió el 30 de abril de 1922 a las nueve de la mañana en el salón del Centro Obrero, Zulueta No. 37, que era el local social. El Comité Federal Administrativo estaba integrado por Peña Vilaboa, Secretario General; Alfredo López, Vice Secretario.

El segundo Congreso Obrero Nacional fue celebrado en Cienfuegos en los días 15, 16, 17, 18 y 19 de febrero de 1925.

Debido a incidentes con el Gremio de Estibadores y Braceros la prensa reaccionaria profetizó que este Congreso serí un fracaso y que no se celebraría. Sin embargo, la Mesa Organizadora fue presidida por Carmelo García y Alfredo López.

El tercer Congreso fue celebrado en Camagüey en agosto de 1925. Este Congreso fue violentamente combatido por el Gobierno. Procesos y prisiones; acosamientos y expulsiones, pasando por encima de todos los derechos, no sólo ciudadanos sino humanos, llegándose a asesinar en el pueblo de Morón al obrero Enrique Varona cuando caminaba acompañado de su mujer e hijas, sin que se encontrara a los autores. Se le aplicó la "ley de fuga" a José Cuxart en la Fortaleza de La Cabaña.

En un dictamen de este tercer Congreso se lee: "que se invite a un Congreso a todas las Organizaciones del Continente Americano con el fin de constituir una Federación de todos los Trabajadores de América". Entre la Comisión de acuerdos se encontraban Antonio Penichet, y Alfredo López, de ideas anarco-sindicalistas y uno de los líderes más grandes del movimiento obrero respetado y admirado por Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena. Fue mandado a asesinar en el año 1926 por el gobernador Zayas Bazán, siendo su ejecutor Desiderio Ferreira, que murió por este hecho veinte años después a manos de Emilio Tro que depositó en el lugar del hecho un cartel que decía: "La justicia tarda pero llega".

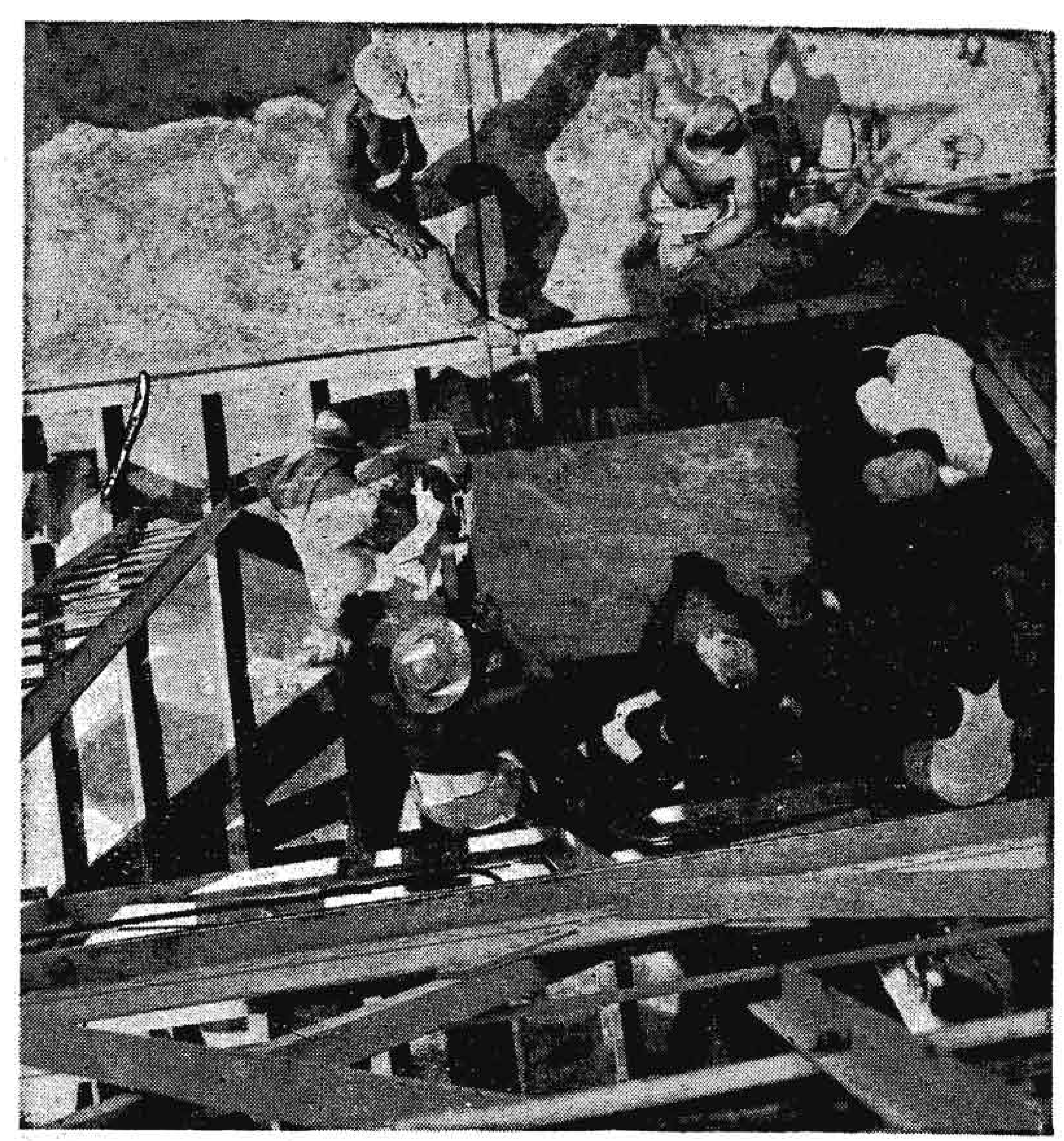
Con el advenimiento del gobierno revolucionario se proponen mejoras para la clase obrera con leyes como la del 80 por ciento. No fue Grau, falso profeta, el que implantó estas reformas. El causante de ellas fue el doctor Antonio Guiteras Holmes una de las figuras de más alto quilates que ha producido nuestro suelo.

Como era de esperarse el embajador Caffery pactó con el traidor Batista, jefe del ejército en aquel momento, y como resultado se dio el golpe de estado al gobierno, siendo más tarde Guiteras asesinado por orden de Batista.

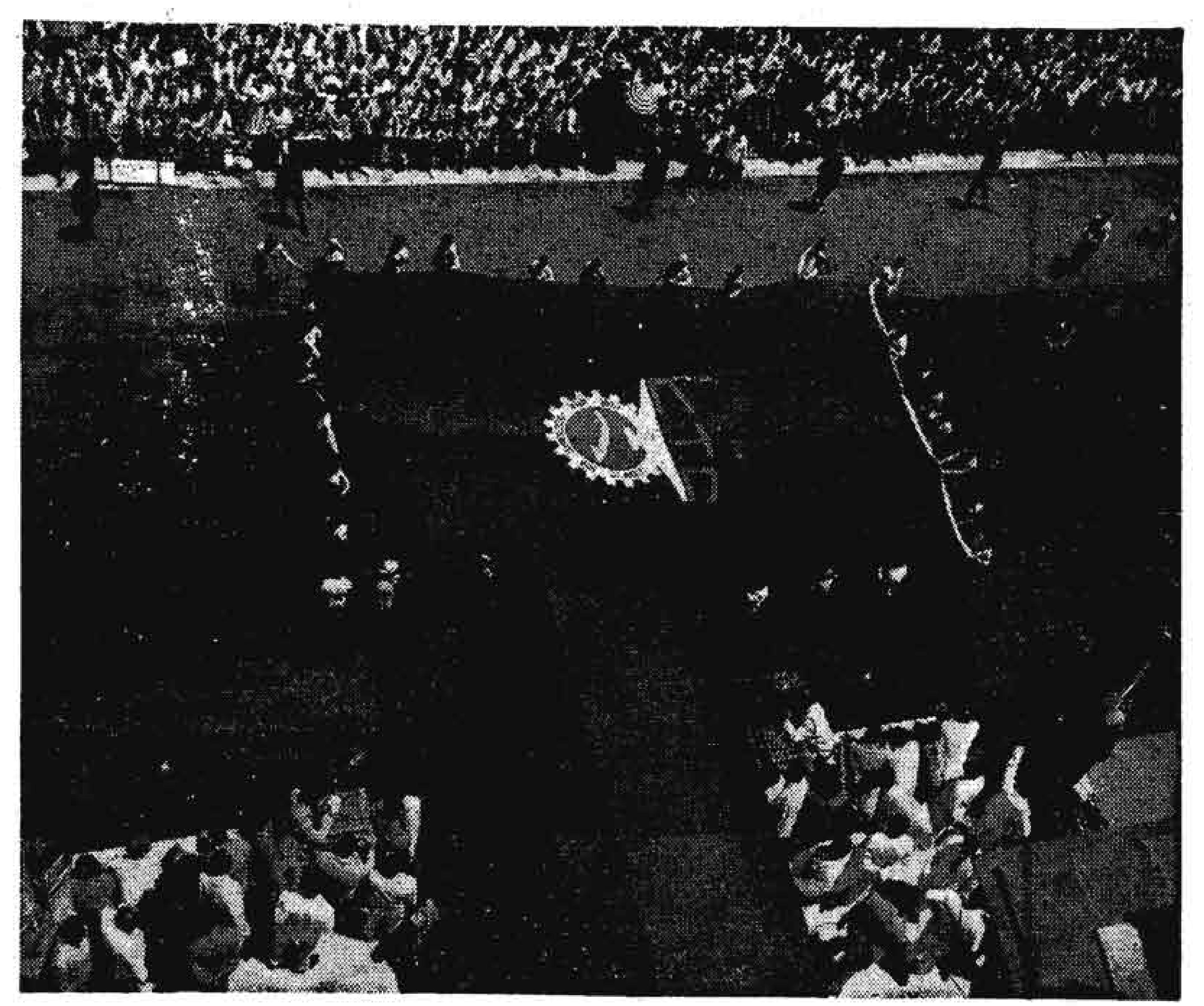
La huelga de marzo del 35 fue aniquilada con sangre por Pedraza, y Batista se consolidó en el poder por once años.

"El asesinato de Alfredo López, figura central del movimiento sindical y el terror desencadenado en 1926, señalaron la desbandada de los elementos anarquistas y anarco-sindicalistas, que fueron incapaces de organizar las fuerzas del proletariado para resistir el empuje del terror", según leemos en un folleto del Partido Comunista escrito poco antes de la caída de Grau.

Del 1926 al 29 la situación es pasiva. A fines del 29 comienza otra vez la actividad y en el 30 se advierte una característica hasta el momento desconocida en las huelgas: los piquetes. Hasta el año 32 se suceden las huelgas en diversos sectores con virulencia, y según el mismo folleto del Partido Comunista, "el movimiento huelguístico de estos años, aunque influenciado todavía fuertemente por las tradiciones y tendencias anarco-sindicalistas, realiza grandes progresos". Así hasta la gran huelga general de agosto del 33, dirigidas por los comunistas.



Integración en el trabajo



La CTC revolucionaria: UNIDAD

# LA FAUSTINA

## *por humberto arenal*

La reforma agraria llegó a la finca La Faustina, cercana a Corralillo (Corralillo está a unos kilómetros de La Habana), el 1ro. de enero de 1959, cuando huyó de la justicia popular el "patriota" Santiago Verdeja (Santiaguito para sus íntimos).

La finca de Verdeja era entonces un negocito privado y caprichoso escamoteado a la malas a los vecinos, en el que malvivía un grupito ínfimo de campesinos famélicos. Como la familia de Jesús Pérez, que fue desalojada de la finca, como el resto, a la fuerza (con el plan de machete de los guardias civiles, con los fusiles de los guardias civiles). Hoy, como ellos mismos dicen, las cosas han cambiado. El gobierno revolucionario, está construyendo 72 casas: con los campesinos del lugar, que ganan por ello $2.50 diario, con unos pocos albañiles contratados, con algunos miembros del ejército rebelde. El 26 de julio reciben 72 familias las casas.

Estas entrevistas breves las hemos recogido allí en La Faustina.



—¿A usted le gusta trabajar aquí en la Cooperativa?, le preguntamos a Jesús Pérez Rojas.

—¿Yooo? Sí, como no. ¿A quién no? Si antes con el sinvergüenza ese de Santiaguito no alcanzaba pa na; cuando alcanzaba. La verdad tendría que ser muy sinvergüenza y muy desagradecido porque esto nunca estuvo mejor. ¿Qué más vamos a pedir?

Jesús, que nació y siempre ha vivido por aquí, fue desalojado de esta finca con el resto de su familia hace más de diez años por Santiago Verdeja. La familia se estableció como pudo en Corralillo.

Ahora Jesús está ayudando a construir las casas manejando un tractor.

—Ahora no me importa trabajar más de lo que me pagan, porque es para nosotros mismos. Pronto vamos a tener una casa. El viejo mío se murió muy viejito y muy trabajao a los 84. Nosotros tenemos más suerte. Vamos a vivir como la gente.

—¿Qué cree usted de la contrarrevolución?

Levanta una mano:

—Déjelos, déjelos que vengan. Yo nada más que estoy esperando al c... ese de Santiaguito. Déjelo que vuelva para que vea. Ojalá que viniera.

Después se excusa y va a trabajar con su tractor.



Luis Mola —soltero, 26 años— vino de Camagüey "porque alguien me dijo que aquí había trabajo. Yo lo que quería era trabajar".

Siempre ha trabajado en el campo. Va a donde sea necesario.

El periodista le pregunta si él y los demás trabajadores de la finca van a plantear demandas:

—¿Demandas pa qué? Si ya nos están dando to. A lo que hay que ir es a ayudar el gobierno. Ellos nos dan to, y ahora nosotros tenemos que darle algo ¿no? —nos dice abriendo los ojos y las manos.

—Cuando yo me alcé allá en el Frente Norte —¿sabe, en Yaguajay?— yo estaba seguro que esta gente no me iba a engañar. Hasta ahora me han cumplido, por eso yo les cumplo —dice sonriendo el soldado rebelde Rogelio Viera.

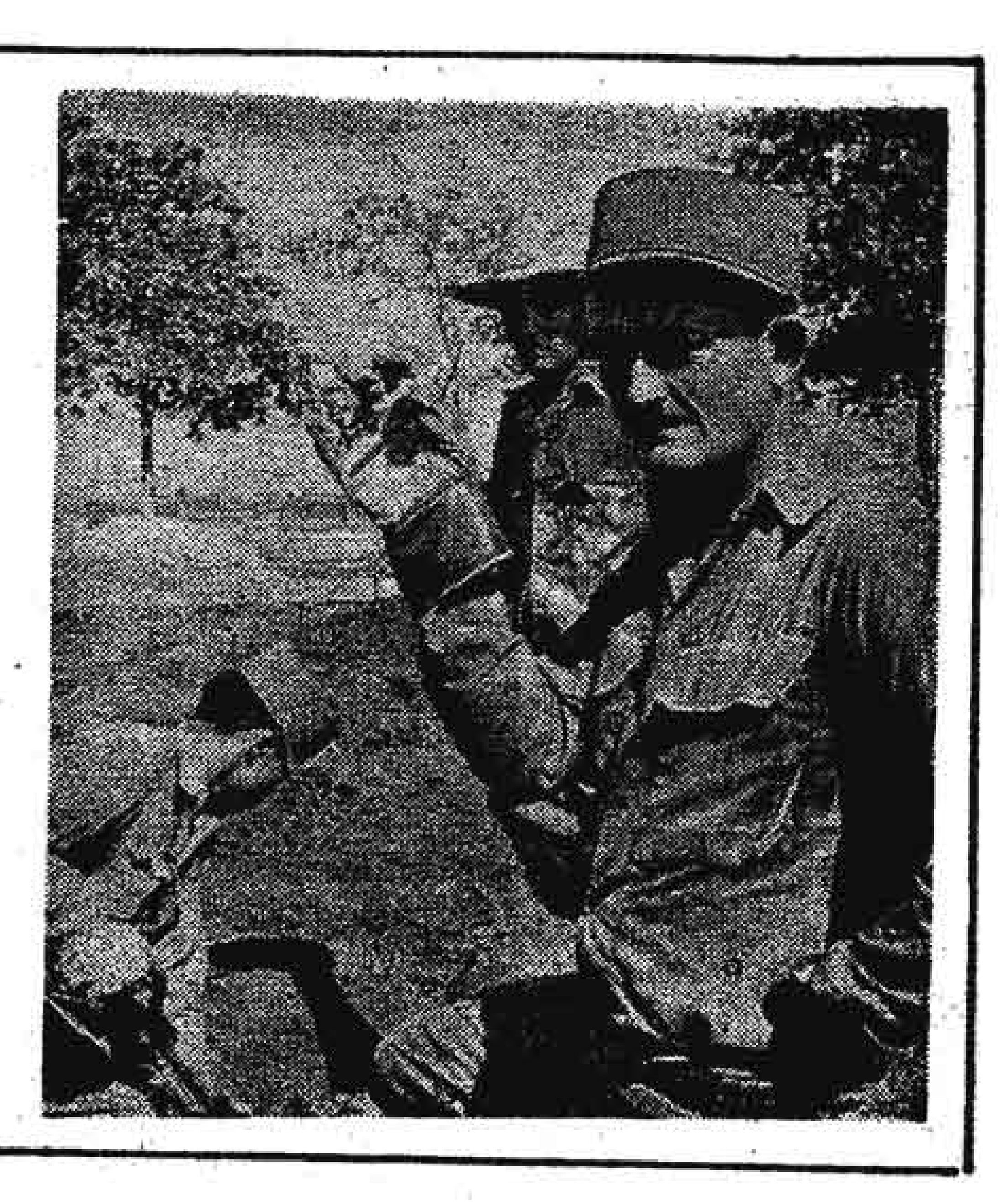
—¿Y qué hacía usted allá, Rogelio Viera?

—Pues yo, sembrar tabaco, y cortar caña, y hacer de to, lo que se presentara —se seca el sudor de la frente y vuelve a tomar el pico conque está cavando la tierra— yo lo que no puedo aguantar es estar sentado en el cuartel. Allá los vagos. Mire, —y se sonríe— yo fui el primero que levantó la mano en La Cabaña para venir a trabajar de voluntario aquí. Yo no puedo estar de vago.

—¿Y va al desfile el 1ro. de Mayo?

—Qué si sí. Es un deber ir ¿no? Yo supongo que me lleven, pero si no me llevan yo voy solo.

Levanta el pico y sigue cavando.





Habla un grupo con Rolando Pire, el encargado de la obra, que es de La Habana y que siempre ha estado en el ramo de la construcción.

—Ya lo dijo Fidel el otro día, compay, aquí los esperamos muertos de risa. Aquí nadie tiene miedo, ¿no cree, compay? —dice uno.

—Y el que tenga miedo que se compre su perrito— dice Rolando.

—Pa quitarnos esto tienen que matarnos; que ma-tar-nos. ¿cómo le cae, eh, compay?

—Pero si no vienen na; si tienen más miedo que un guineo. No ve que hace meses que están gritando que vienen y no vienen. Se están empujando unos a otro y diciéndose: vé tú primero.

—¿Y si vienen? —pregunta Pire.

—Los hacemos papilla, compay, los hacemos papilla. Ya verá.

# HEDGES EL BUENO EL MALO

## POR HUMBERTO ARENAL



A esos tipos no los quiero ni de visita...

Si en Corralillo, en Bauta, o en la Textilera Ariguanabo alguien menciona el apellido Hedges, hay quien sonríe y muestra los dientes.

—Ese era un hombre bueno. Ese hombre quería esto de verdad. Que Dios lo tenga en la gloria —dice alguien.

Pero hay otros que al oir mencionar el mismo apellido, dicen:

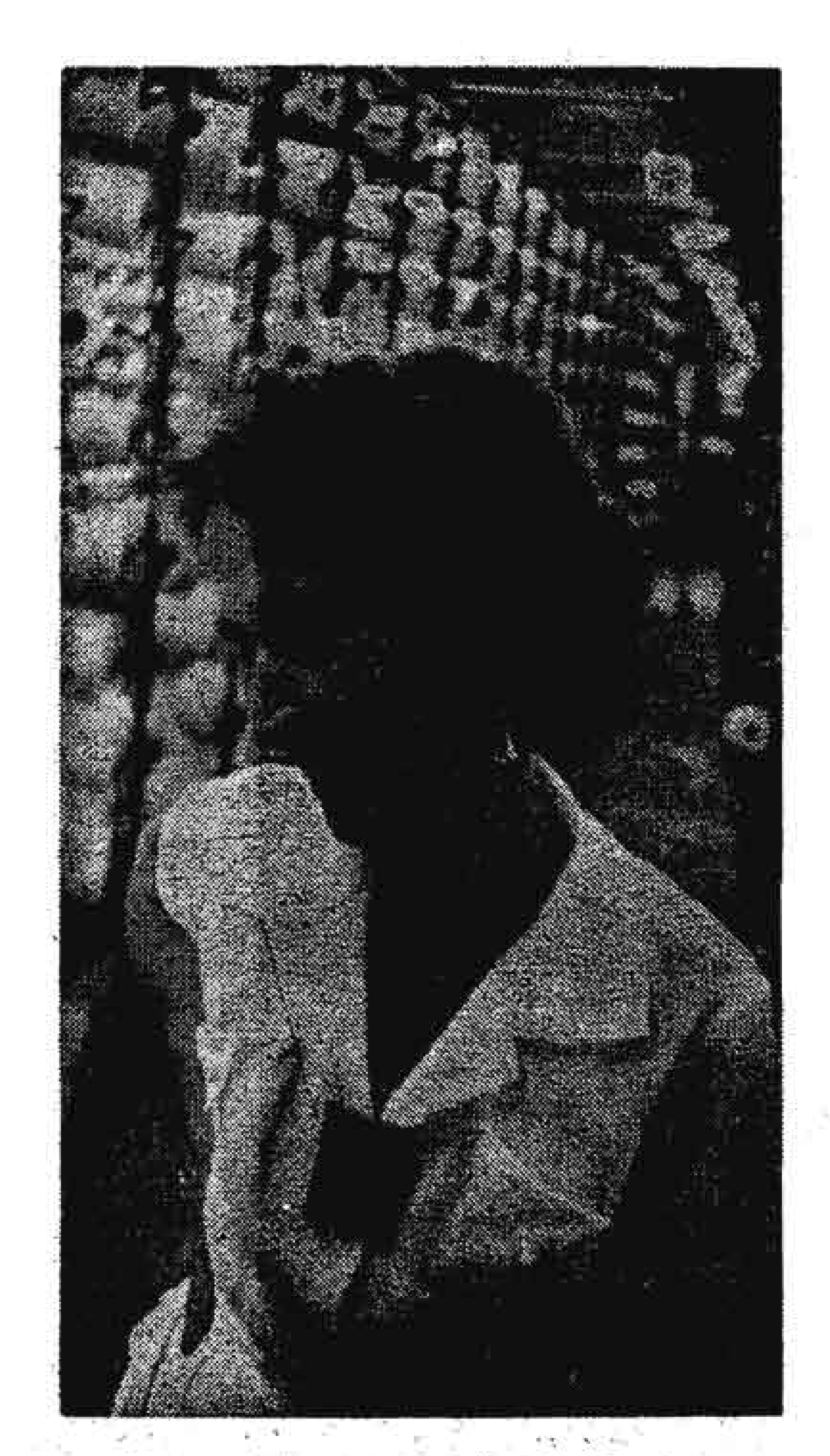
—Esos tipos no valen ni dos centavos. Más sinvergüenzas, y desagradecidos, y... hijos de mala madre hay que mandarlos a hacer —tuerce la boca y hasta escupe en el suelo.

Hedges el bueno es Dayton Hedges, que vino a Cuba en 1919 a instalar una planta eléctrica en San Antonio de los Baños, y ya nunca más se fue. Hedges el bueno murió en Nueva York a los 73 años y pidió que lo enterraran aquí en Cuba, pues ya era "tan cubano". Hedges el bueno que aprendió a querer a Cuba en San Antonio de los Baños, y después en Cayo la Rosa, donde en 1931 estableció una fábrica de tejidos, la Textilera Ariguanabo, para hacer dinero como cualquier capitalista, pero con un sentido cordial y paternal.

Hedges el malo —James y sobre todo Burke— son los hijos de Dayton. Burke que le hablaba a todo el mundo con las palabras más soeces del idioma. Que se crió aquí mismo en la Textilera Ariguanabo y jamás lo pudieron querer los obreros.

—A esos tipos no los quiero ni de visita por aquí —dice Tomás Menéndez, que ahora es Jefe de Personal y durante 17 años trabajó como obrero en la fábrica—. Los dos juntos no valen ni la mitad de lo que valía el padre.

Burke el malo que se ha casado cinco veces —cuatro norteamericanas en Cuba y una cubana



...A pellizcos y a mordidas los sacamos de aquí...

en Nueva York— y era amigo de Batista, y estafaba el fisco cubano, y era "vivo".

—Mire, yo llevo aquí 24 años que parece que no es nada pero que es mucho... Yo las he pasado aquí muy mal. Había semanas en los últimos tiempos en que no trabajábamos más que dos o tres días... ¿Qué si yo creo que van a volver los batistianos? Nooo, hombre, no, qué van a volver. A pellizcos, a mordidas los sacamos de aquí —dice María Antonia Castillo.

James el malo, que también engañaba al fisco, y no era tan "vivo", por lo menos en apariencia, y también era amigo de Batista.

Gilberto Hernández lleva allí 17 años. Conoció bien a todos los Hedges, a los buenos y a los malos.

—Antes trabajábamos más y ganábamos menos —dice Gilberto— y además no estábamos contentos. Ahora gano un promedio de $$6.80 al día, antes no llegaba ni a $5.00.

Esta es la misma historia de Lázaro Solórzano, que lleva sólo cinco meses allí, y la de María Reyes que fue despedida hace 10 años y hoy ha vuelto para ganar un promedio de $7.00 diarios como ayudante de guape. Hoy la Textilera tiene 3.000 empleados, 400 más que antes; se trabaja todos los días a plena producción, sin poder satisfacer todas las demandas del mercado.

—Mire, esto ha cambiado en un 99 por ciento —afirma el obrero Pedro González que está allí desde 1941— eso se lo juro yo.

El cambio se ha producido porque el gobierno intervino la Textilera hace unos meses y por fin la confiscó, para que fuera una industria productiva y útil. Sin Hedges buenos ni malos.



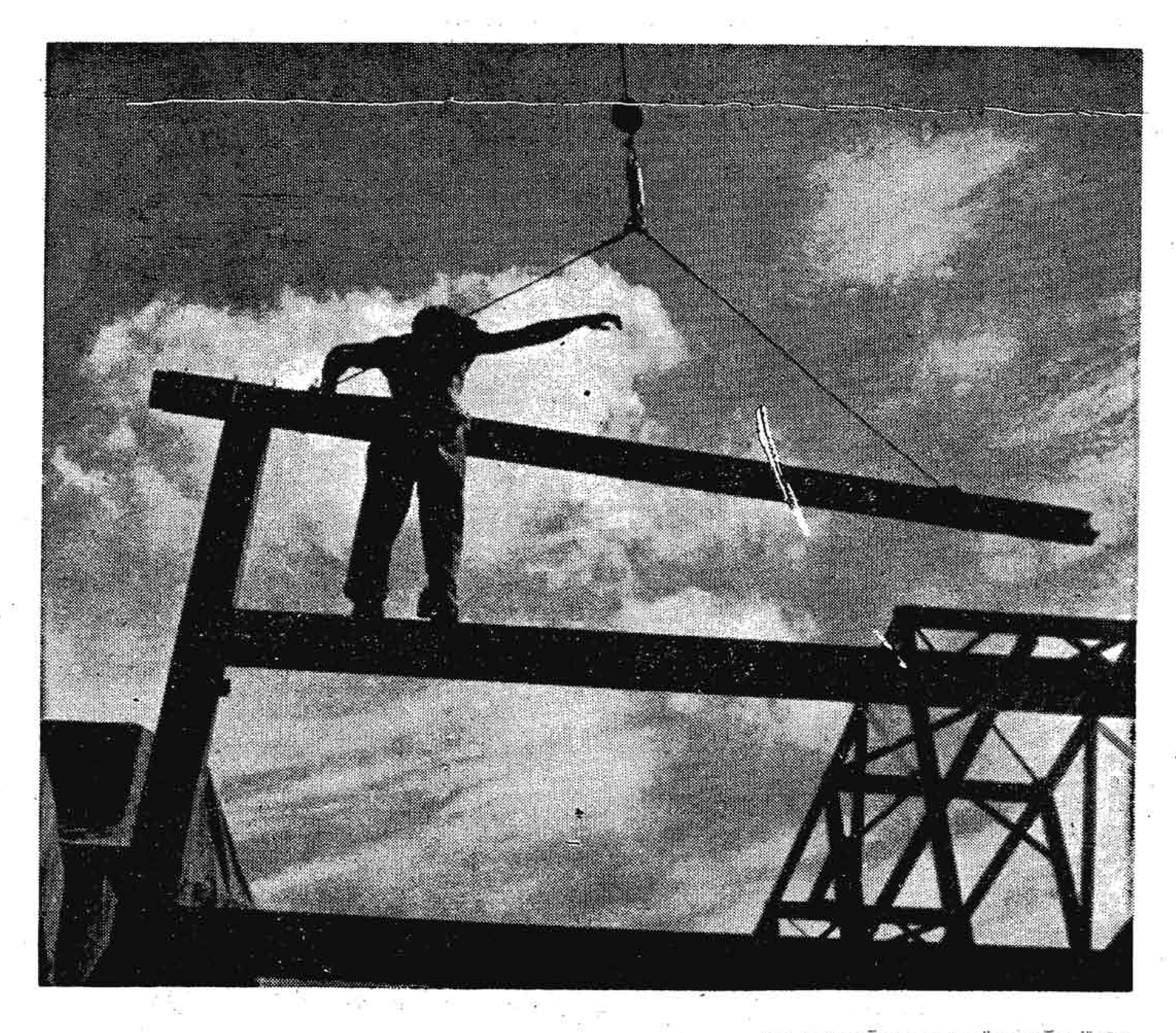
...María Reyes, que fue despedida hace 10 años...
...Antes trabajábamos más y ganábamos menos...



...Esto ha cambiado un 99 por ciento, dice Pedro...



...Lázaro Solórzano: sólo cinco meses...



# DESARROLLO INDUSTRIAL: TAREA PATRIOTICA DE LOS TRABAJADORES

## POR HUMBERTO HERNANDEZ

*APORTAN LOS TRABAJADORES EL 4% DE SUS SALARIOS*

*FIDEL EXPLICO; EL PUEBLO RESPONDIO*

*CUBA REALIZARA LA INDUSTRIALIZACION*

*PRIMER "PLANCITO" INDUSTRIAL DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO ASI LO LLAMO FIDEL Y ANUNCIO QUE SE HARAN OTROS*

Un 24 de febrero —el 24 de febrero de 1895 para ser exactos— en Cuba una legión de valientes marchó a la batalla para liberar a la patria del yugo de la metrópoli española, y con sacrificio y sangre habría de desarrollarse la lucha para seguir la doctrina que orientó José Martí.

Otro 24 de febrero —el 24 de febrero de 1960 para ser exactos— en Cuba un pueblo consciente marchaba a una nueva batalla para liberar a la patria de la expoliación de los consorcios extranjeros, y con más sacrificio y más sangre desarrolla nueva lucha, con otra generación heroica, para culminar en la liberación definitiva la doctrina que orientó José Martí.

De una fecha a otra el reloj de la historia marca 65 años. La batalla de los valientes del 95, para desdicha de nuestro pueblo, no culminó el ideario Martiano, que es como decir el programa de la emancipación plena de Cuba. Cuando la coyunda metropolitana de la España de los Borbones ya estaba rota, no iluminó a nuestro pueblo la estrella de la soberanía plena, sino que se nos interpuso el yugo cercano de otra metrópoli, la metrópoli de los Wood de los Morgan, de la Enmienda Platt frustradora de la independencia que fuera ansia, sacrificio, sangre del heroico mambisado.

Y así, desde 1900, se eclipsó el sol de nuestra Cuba libre. El sol que brillara en Guáimaro, en Jimaguayú, en los Mangos de Baraguá, en la comunión de ideales de Cayo Hueso, en Montecristi, en el alba esplenddrosa de aquel 24 de febrero de 1895, que era la continuación del quehacer liberador del 68, del quehacer de generaciones anhelantes de una patria plenamente soberana.

La Cuba de la Enmienda Platt claro está que no era la nuestra. No era la de la estrella refulgente. Teníamos aquella patria de sombras en la que ya no estaba el capitán general mandarín y rapaz, pero imponía con su presencia el procónsul sajón.

Había pasado la era del estanco del tabaco, de la azucarera con la amargura de la esclavitud negra, del comercio estricto de aquellas naves que sólo llevaban las riquezas de esta tierra nuestra al puerto de Cádiz, para recibir de allá lo que deseara enviarnos la conjunción soberbia de la monarquía y su corte de privilegios.

En 1900, después, mucho después, más de medio siglo, la azucarera tuvo la amargura del Central de la "company" con sus latifundios, con sus arbitrariedades, con el monopolio de nuestros cultivos y de los servicios públicos y de nuestras pobres industrias y de todo un pueblo bajo la amenaza de los procónsules ahora sajones y sus servidores. Nuestras riquezas las llevaban los buques a New York, a New Orleans, para recibir de allá lo que deseara enviarnos la conjunción de los poderosos consorcios de los "místeres".

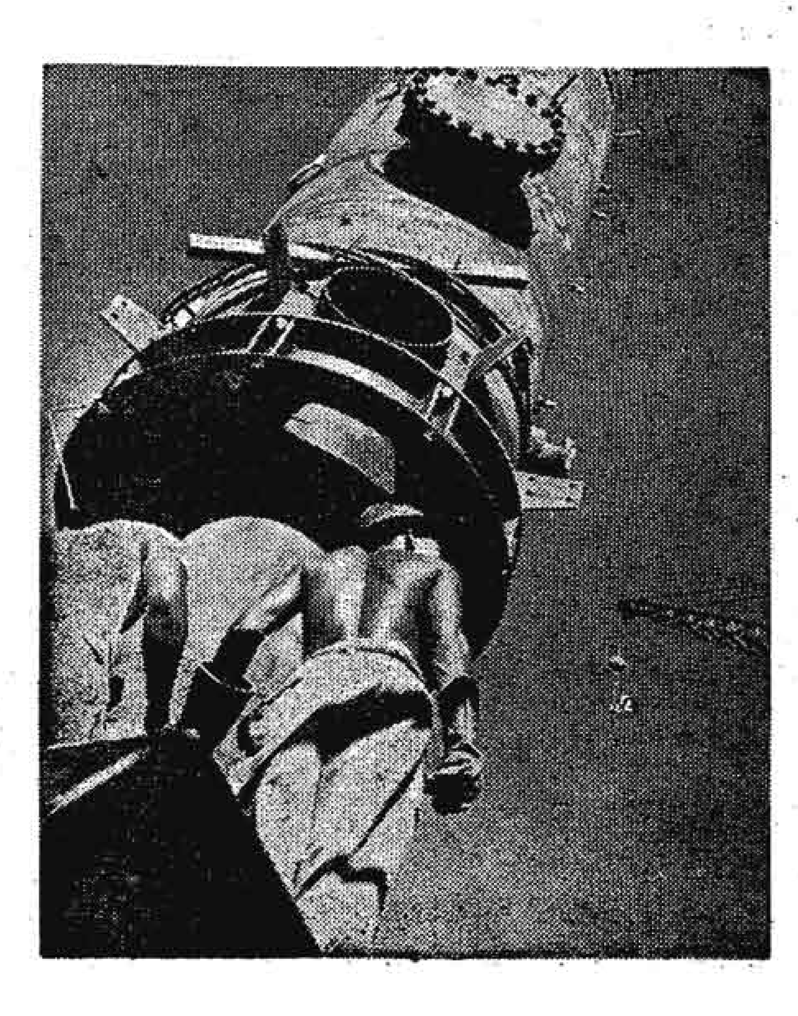
Así se hizo imposible el progreso de la patria nuestra, así se hizo imposible que pudiera nuestro pueblo ser dueño de sus propios destinos. El valladar del latifundio infinito, de las "companys' fortísimas era todo en el escenario de una historia que quisimos llamar republicana, independiente, democrática, pero que quedaba en palabras, en palabras que no correspondían a la realidad.

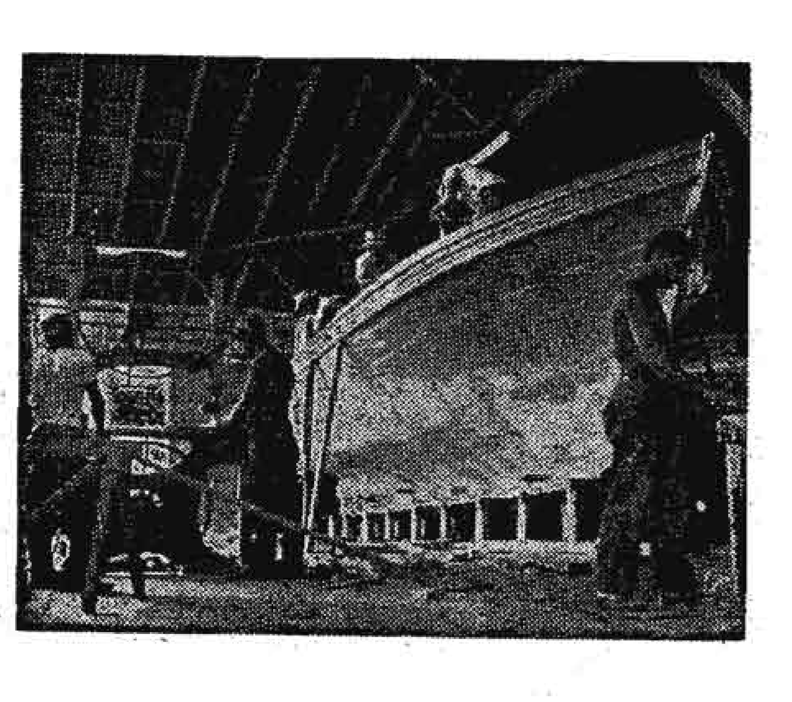
Y cuando algunos —¡osados!— trataron de que la palabra fuera siquiera un poco de hecho en la metrópoli, en la metrópoli ahora vecina e invocando siempre la vecindad, se levantaba violenta la reprimenda. Y aquí había gobernantes de turno dóciles y ladrones que se encargaban de hacer cumplir las órdenes de los nuevos amos que ya no eran borbones sino sajones.

En más de cincuenta años —cincuenta largos años de sombras— claro que hubo rebeldía en generaciones que venían del mambisado, que no habían olvidado la doctrina que orientó Martí. En 1930 los procónsules nos impusieron un Machado, culminación de toda una etapa de crimen y robo. La juventud, los trabajadores, el pueblo, otra vez con sacrificio, ansia y sangre, derrocaron al Tirano. Pero los procónsules siempre en el escenario provocaron una nueva frustración, impusieron los designios de sus latifundios infinitos, de los centrales, de los bancos, de la electricidad, de los teléfonos de sus "companys"... y buscaron sargentos de la guardia rural, del Ejército servicial y glotón, para detener la lucha libertadora del pueblo cubano.

Una frustración, otra, otra más sin duda que afectan la vida de los pueblos, pero el ansia es indomeñable, indestructible. Las represas tienen su eficiencia durante un tiempo, pero no duran todo el tiempo. Y la historia es un torrente impetuoso que podrá desviarse ahora y después, pero al fin sigue su curso y cumple un destino.

En Cuba el acontecer no podía ser diferente, no ha sido diferente. Las represas del latifundio, de la azucarera con la amargura de las "companys", el yugo foráneo conjurado con la servidumbre nativa no era lo único y lo eterno en el escenario. Enfrente estaba la rebeldía que forja la injusticia, enfrente estaba el caudal potente de los campesinos sin tierra, de los trabajadores expoliados, de la juventud sin horizontes, de los patriotas que no olvidaban la doctrina de Martí. Con ese caudal estaba la historia y con esos ingredientes se realizaría el destino de la patria, de nuestra patria.







Antes hubo mucha sangre de patriotas y mambises; después hubo más sangre de patriotas, de rebeldes cubanos. Ya en la culminación ante la creciente marcha de la rebeldía que era la razón, las represas fueron reforzadas. El poder se transformó en férrea tiranía. El sargento de la guardia rural de los años 30 devino "general" iracundo y con el espaldarazo de los procónsules de la metrópoli, ahora vecina y norteamericana, mató, torturó, saqueó las riquezas de la patria en una de las más dramáticas peripecias de la América mártir.

Los privilegios y sus instrumentos trataban de olvidar la historia, pero ellos mismos sabían que era imposible detenerla. La rebeldía del 68, del 95, la justa, la patriótica, hombreó con la violencia del poder tiránico que revelaba la impotencia de la injusticia. Hubo renovación en sacrificio, en abnegación, en sangre de patriotas. Hubo siete años que parecían interminables de crimen y de pillaje. Hubo entrega heroica de juventud, de pueblo y la hazaña diaria se hizo fortaleza y sol en la Sierra Maestra, y encabezando una legión de valientes, en la hora de la virilidad de Cuba, Fidel anunció a los pueblos de América, a los pueblos del mundo, que nuestros campesinos, que nuestros trabajadores, que nuestros jóvenes ya eran dueños de los destinos de la patria.

Veinte mil mártires y otros más todavía son la ofrenda de esta historia, que rompe represas y libera las fuerzas mejores de Cuba. La Revolución está cumpliendo su tarea. La Revolución está realizando la obra que le dejaron trunca a Martí y los mambises. La Revolución está construyendo la patria, la patria nuestra, sin metrópolis lejanas o vecinas, sin procónsul borbones o sajones. La Revolución está representando la Cuba amiga de todos los pueblos, sin servidumbre a nada ni a nadie.

En esa tarea creadora está Cuba. El latifundio deja de ser para que la tierra rica la cultiven nuestros campesinos. La azucarera dejará de ser amargura de pueblo, la castración de nuestro pleno desarrollo se convertirá en impetuoso avance de la economía nacional, de nuestra economía. Nuestras riquezas no las llevarán a Cádiz, New York, New Orleans solamente, sino que las llevaremos a todos los puertos del mundo y en ellos compraremos lo que queramos, lo que necesitemos para el progreso de nuestra patria.

Campesinos, trabajadores, jóvenes, patriotas estamos cumpliendo la tarea, la buena tarea de la Revolución, de Cuba. No envidiamos ni detentamos los bienes ajenos, sino que estamos cultivando, laborando con nuestras riquezas, con las riquezas de nuestro pueblo, tan nuestras como nuestro cielo.

Pero las metrópolis jamás en la historia se han resignado a ceder razonablemente sus privilegios. Hoy como ayer contra la obra creadora de nuestra Revolución se concitan las fuerzas frenadoras, que odian a los pueblos que se liberan. En catorce meses de proceso revolucionario hemos venido enfrentando los embates de esas fuerzas negativas, todavía en el futuro habrá ataques más rudos... pero la historia no podrán detenerla, a nuestro pueblo, a su Revolución, no podrán destruirlo.

La Reforma Agraria va, dijo la Revolución, dijo el pueblo. Y en todo el país el latifundio desaparece, el campesino toma posesión de la tierra,







proliferan las cooperativas de la tarea y el esfuerzo, crece sorprendentemente nuestra producción agrícola. Los augures, los augures del desastre, quedan en el camino con sus malos pensamientos y con sus malvadas intenciones.

El saneamiento de la administración pública, la dirección correcta de la economía nacional, el comercio diversificado en el mundo, sin interferencias de intereses que no son precisamente los nuestros, los de Cuba, son tareas que ya cumple la Revolución, que ya cumple nuestro pueblo.

Ahora estamos enfrascados en el desarrollo industrial. La Revolución planteó la urgencia de esa tarea, y el pueblo respondió de inmediato. Fidel lo explicó una vez a los trabajadores. Les explicó claramente que a los intereses foráneos, que a las "companys" poderosas no les importaba, por el contrario les molestaba, el desarrollo industrial de Cuba, y siendo así nada podíamos esperar del exterior, nada nos vendría del exterior.

..."Queremos que los trabajadores contribuyan al plan de industrialización que vamos a desarrollar, movilizando entre otros recursos los de los trabajadores, vamos a hacer certificados de ahorros para la industrialización del país, con un interés determinado, estimulándolo, para los trabajadores", decía Fidel hablando ante el XXIV Consejo Nacional de la C.T.C. el 12 de septiembre del pasado año, y exponía sencillamente toda una tesis de economía revolucionaria.

Poco más de dos semanas y Fidel tuvo la respuesta emocionante. Fue la F.N.T.A. la que dijo en el mes de octubre que los trabajadores azucareros estaban dispuestos a aportar el 4 por ciento de sus salarios para la industrialización.

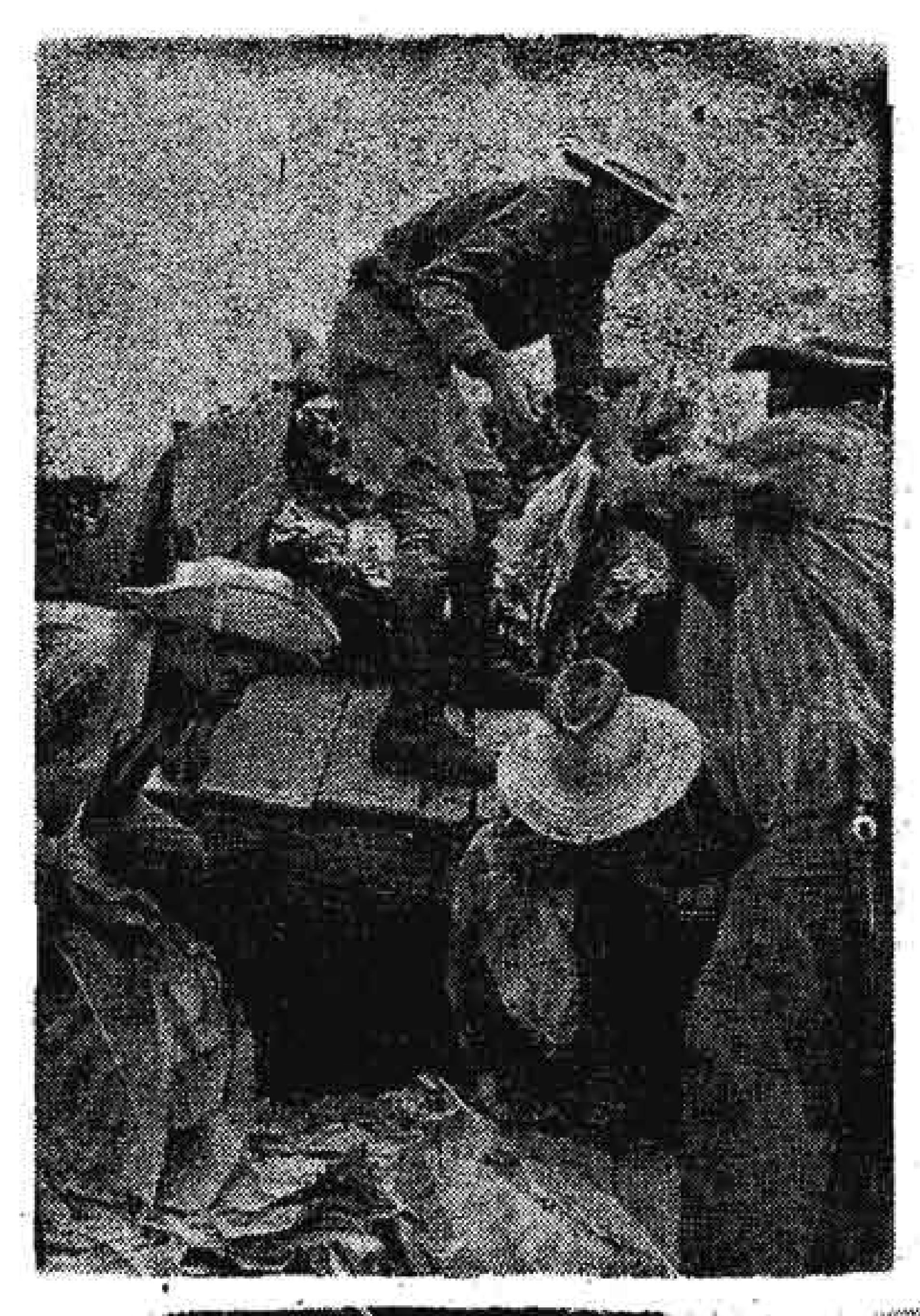
En una circular explicativa que habrían de respaldar prestamente ciento de asambleas en cada lugar de trabajo, el secretario general de la F.N.T.A., Conrado Bécquer, expresaba

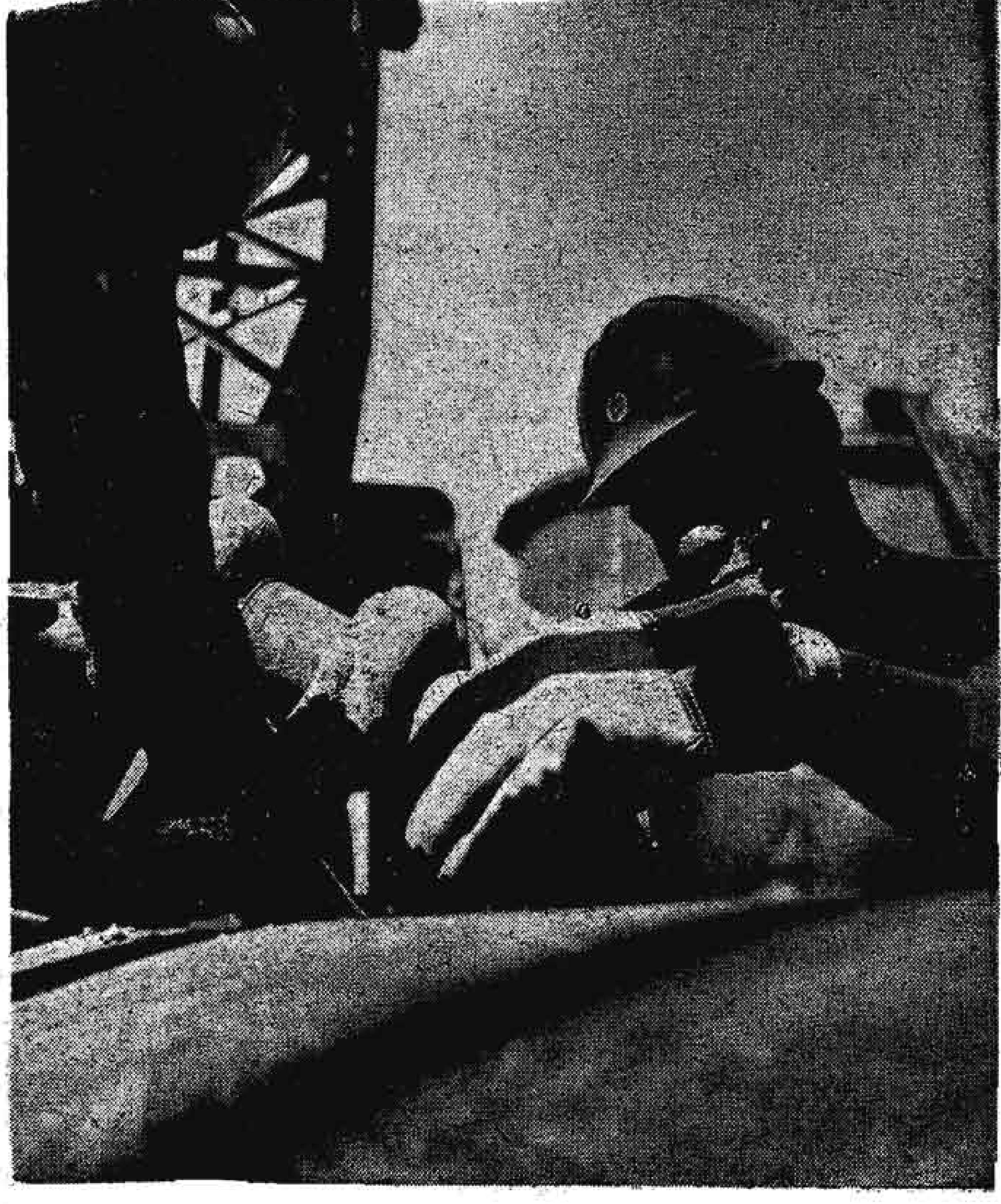
"El Comité Ejecutivo de la F.N.T.A aprobó por unanimidad el discurso pronunciado por el Primer Ministro, doctor Fidel Castro, en el XXIV Consejo Nacional de la C.T.C, y acordó que los trabajadores azucareros presten para la adquisición de bonos de Desarrollo Industrial *cuatro centavos de cada peso que ganen a partir del primero de enero de 1960, durante tres años, y cuyo importe asciende a 30 millones de pesos, tomándose como base el montante de salarios que como mínimo se paga en cada zafra azucarera, que alcanza a la cuantía de 250 millones de pesos"* ...

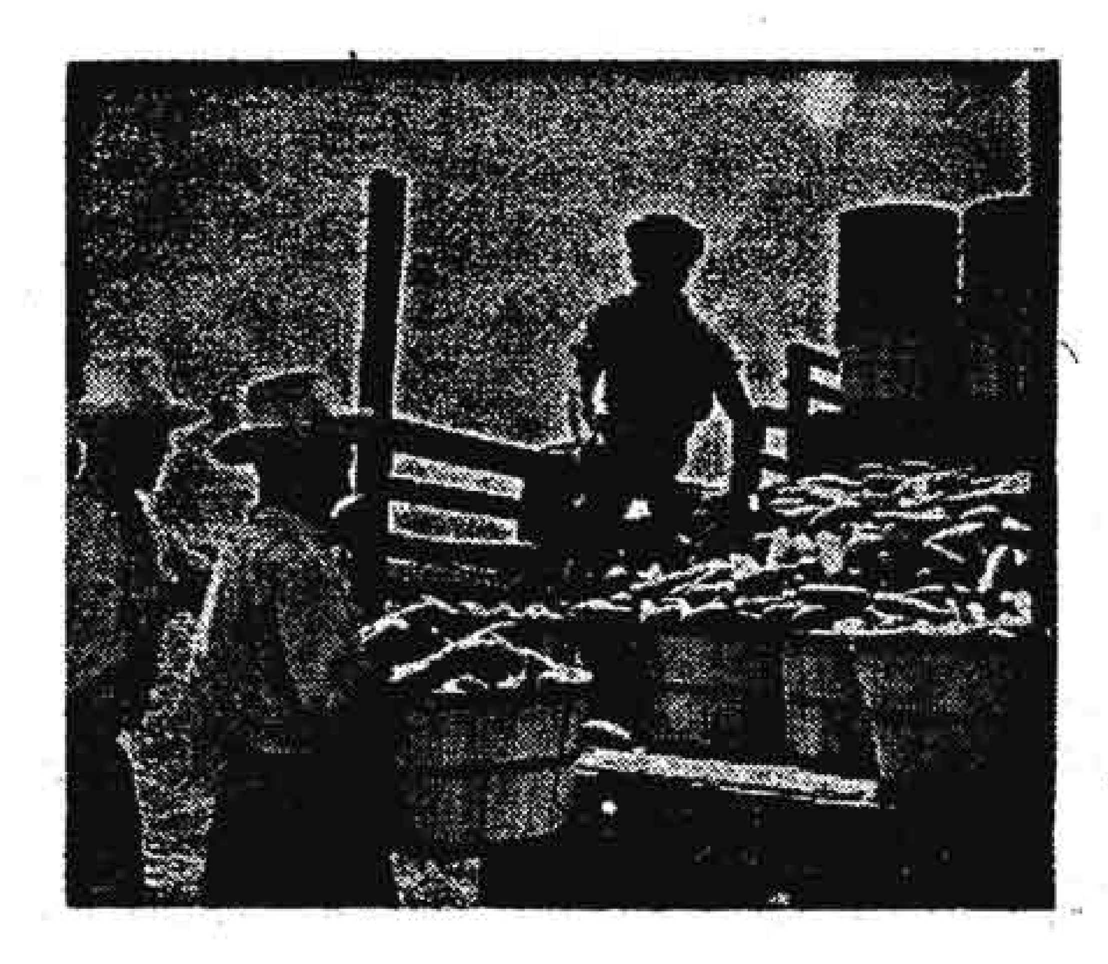
La clarinada patriótica de los trabajadores azucareros no demoró en resonar en todos los ámbitos de la clase obrera. En todo el país los trabajadores vieron muy claro. Supieron que se estaba iniciando una de las tareas trascendentales de la clase obrera, del pueblo, en el camino de la Revolución.

El desarrollo de los acontecimientos se hizo ya incontenible. La C.T.C en su Congreso Nacional de noviembre del pasado año, adoptaba un acuerdo de pleno respaldo a la iniciativa patriótica de la F.N.T.A. y la recomendó a todos los trabajadores.

En menos de tres meses, en cada fábrica, en cada taller, en cada finca, en la ciudad y en el campo, en los sectores obreros y profesionales todos respondieron presente a la tarea de aportar el 4 por ciento para la industrialización de Cuba.







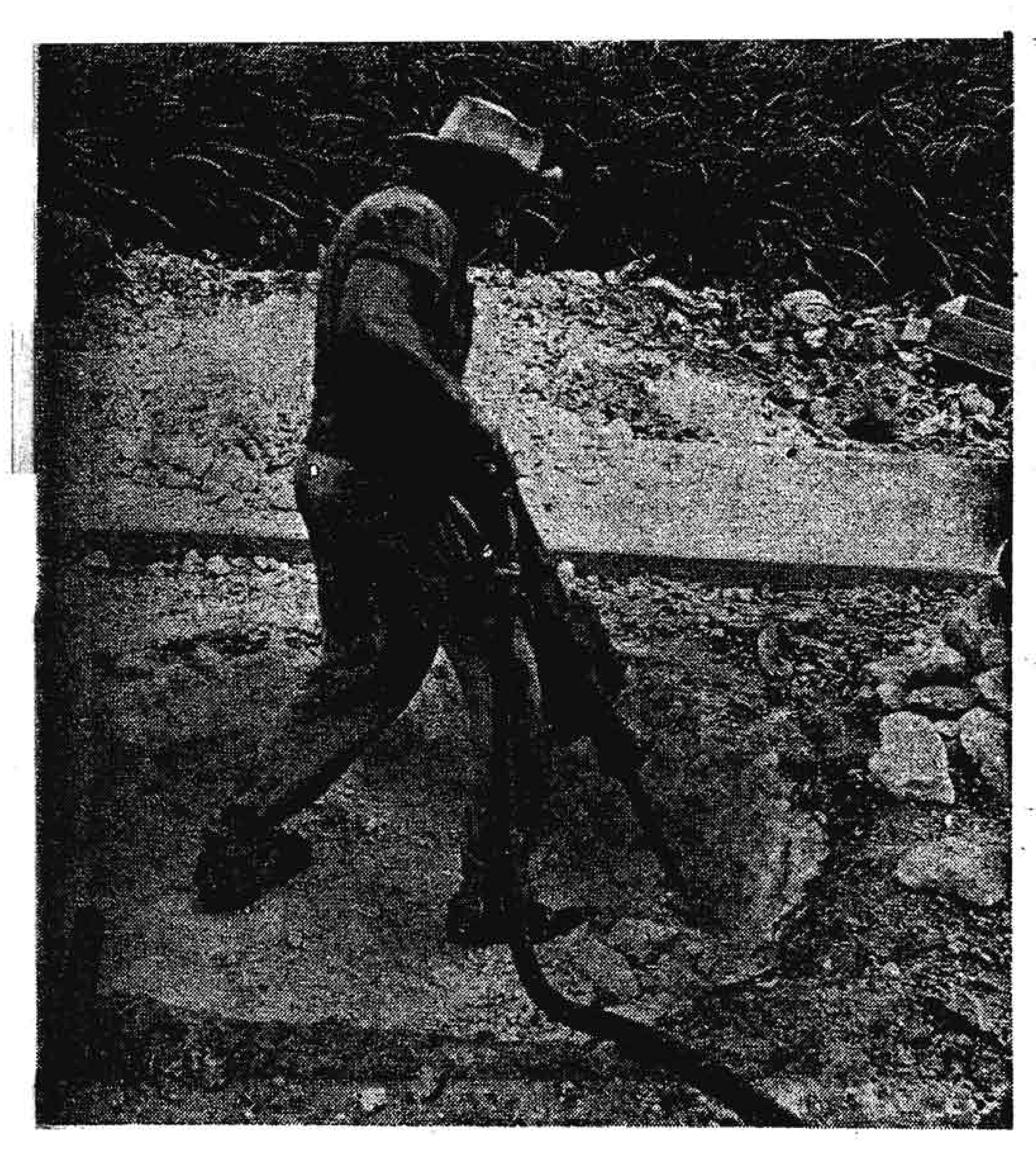
Otro 24 de febrero —el 24 de febrero de 1960 para ser exacto— en una magna concentración los representativos de las 33 federaciones de industria que forman la C.T.C. Revolucionaria hacían entrega al líder de la Revolución, doctor Fidel Castro, de las actas, de los cientos de actas de los acuerdos adoptados en asambleas vigorosas, en las que los trabajadores ofrecieron su aporte del 4 por ciento para la industrialización.

Emocionado con el gran gesto de los trabajadores de hoy, que repetía el de los mambises en aquel 24 de febrero de 1895, Fidel proclamaba:

"Cuando el obrero se desprende de parte de sus ingresos para contribuir a industrializar a la nación está recibiendo en ese momento una gran satisfacción espiritual, como cuando dio un día de haber para la Reforma Agraria o cooperó para la compra de armas y aviones destinados a la defensa de la soberanía nacional".

Y añadió Fidel en el día histórico del 24 de febrero

"Y el gesto generoso no surgió de los que tienen más, sino de los que tienen menos. Y los que ofrecieron contribuir con el 4 por ciento de sus salarios no fueron los má poderosos, sino los más humildes, los más abnegados, que son los trabajadores. El pueblo guarda ahora un 4 por ciento de sus ingresos, se priva de gastarlo en beneficio propio, de invertirlo en su familia, para dedicarlo al progreso de todos, para contribuir con su esfuerzo al desarrollo nacional".



Los trabajadores habían dicho su palabra. Se había iniciado la nueva batalla por la plena independencia nacional. Todo un pueblo estaba en la acción para echar adelante la obra creadora de la Revolución Cubana, orgullo nuestro y ejemplo para todos los pueblos.

Un 24 de febrero —1895— en Cuba una legión de valientes marchó a la batalla para liberar a la patria del yugo de la metrópoli española. Otro 24 de febrero —1960— en Cuba un pueblo consciente marchaba a una batalla para liberar a la patria de los consorcios extranjeros, y culminar la obra que orientó Martí...

## *PLAN DE DESARROLLO INDUSTRIAL*

(Primer "plancito" de industrialización, lo llamó Fidel)

| | | |
|---|---|---|
| Agropecuaria . . . | $ 16.006.000 | 2,874 obreros |
| Química . . . . . | $ 32.800,000 | 645 obreros |
| Siderometalúrgica | $ 76.230,000 | 2,737 obreros |
| Minera . . . . . . | $ 4.060,000 | 2,200 obreros |
| Textil . . . . . . . | $ 22.750,000 | 2,244 obreros |

—Cuarenta millones de pesos que significa el aporte del 4 por ciento de los salarios obreros se invertirán en las industrias agropecuaria, minera y textil.

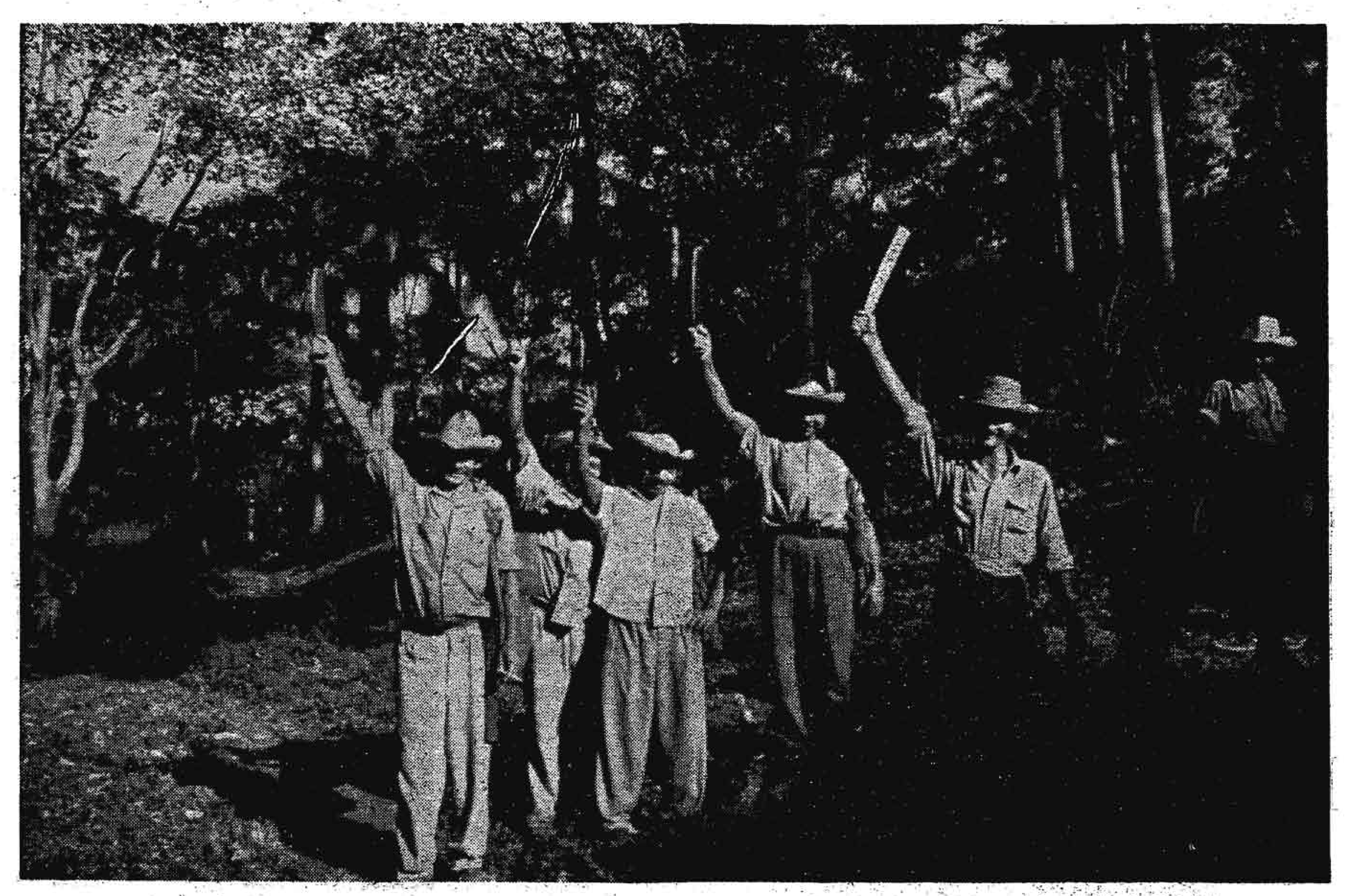
—El I.N.R.A. aporta para las industrias siderometalúrgica y química hasta completar una inversión total durante 12 meses de $151, 846,000.

—Sedará empleo directamente a 12,770 obreros.

—Las nuevas indústrias estarán distribuídas por todo el país, de acuerdo con la localización de la materia prima y las necesidades de cada región.

# SIGNIFICACION DE UNA FECHA

POR JOSE A. BARAGAÑO



Nos parece que los tiempos ingenuos pasaron para el pueblo de Cuba, que ha aprendido a descifrar y reducir la trama de sucesos revolucionarios que se ha formado en Cuba, durante los últimos años. La tiranía de Batista o el último acontecimiento de la dominación imperialista norteamericana en Cuba, desarrolló entre los cubanos un estado final de conciencia revolucionaria, y reveló la verdadera naturaleza de los problemas que enfrentábamos culminando en un grupo de medios de acción y de combate que desencadenaron horizontal y verticalmente la ideología y la acción revolucionaria.

Como explicó el comandante Fidel Castro, el capitalismo imperialista había organizado su control del país sobre sus fuerzas armadas, sobre el eco suyo que era la burguesía cubana y las tesis oscurantistas. La Revolución cubana comprendiendo la vastedad del fenómeno después de una toma de conciencia dialéctica basó su estrategia sobre una clase tan explotada, sometida y esclavizada que había sido olvidada en todo análisis de la situación nacional: el campesinado. Atacando por ese flanco, con el apoyo del proletariado y el estudiantado, las fuerzas revolucionarias lograron debilitar al máximo y destruir la estructura del ejército nacional, la casta omnipotente y mejor organizada que existía entonces en la nación.

Eliminado el ejército, soporte del sistema latifundiario y organizando otro ejército en el combate, fundamentalmente campesino, la reacción nacional se encontraba, de hecho, a merced de las fuerzas revolucionarias, como hoy se encuentra, esperando el golpe final que la ponga en el sitio que históricamente le corresponde.

Pero en un país como Cuba una revolución agraria no es posible sin un apoyo efectivo del proletariado; de la interacción de esas dos clases tan fundamentales recibirá la Revolución Cubana su triunfo definitivo. La clase obrera es la clase revolucionaria por excelencia, para no decir, por esencia. El proletariado cubano ha sabido responder con eficacia a las exigencias de los tiempos, brindando un apoyo completo a la Reforma Agraria, piedra angular de la fase actual del proceso revolucionario, haciendo suyas las necesidades y los sacrificios del campesinado, esperando con entusiasmo la restructuración de la economía agraria como fuente de incontables beneficios para el proletariado mismo.

Este es el segundo primero de Mayo de la Revolución. Un año y cuatro meses han decursado desde la entrada victoriosa del Ejército Rebelde en La Habana, apoyado por una huelga general revolucionaria. Durante un período inicial han pasado muchas cosas; se han realizado tareas difíciles y se han disipado un buen número de mitos. Después de la Ley de Reforma Agraria, promulgada un diecisiete de mayo en La Plata, Sierra Maestra, la labor de sabotaje y agresión a la Revolución se incrementó. Primero se produjo un desembarco aéreo en Trinidad, después comenzaron los bombardeos e incursiones aéreas sobre los cañaverales; más tarde ocurrió el sabotaje a un buque cargado de municiones en el puerto de La Habana. El Gobierno de E. U. no ha cesado de amenazar directa o inderectamente a Cuba. Maniobras diplomáticas tendentes a aislar al país se han llevado a cabo en diferentes países de América Latina, todas cerca de gobiernos ultrarreaccio-

narios. Por último una invasión, financiada por los intereses monopolistas, con el visto bueno del Gobierno de los Estados Unidos, fue lanzada contra Venezuela que hasta el momento en que esto escribimos ha sido conjurada por los obreros y campesinos de ese país.

Como consecuencia de la política de agresión económica del gobierno del general Eisenhower, el gobierno revolucionario ha realizado un grupo de medidas efectivas para el fortalecimiento, desarrollo y expansión comercial de nuestra economía. Un grupo de acertados tratados comerciales con diferentes países ha asegurado a nuestras producciones básicas una serie de mercados que garantizan el bienestar del pueblo cubano y el desarrollo económico postulado por la Revolución.

Una política de acercamiento con los pueblos proletarios del mundo, dirigida por Fidel Castro, culminará en sus bases con un Congreso de Países Subdesarrollados en La Habana, previsto para este año. Concibiendo nuestra política en el plano universal hemos llevado los ideales y métodos de la Revolución cubana a todas las naciones de la tierra, estableciendo un vínculo de solidaridad de los pueblos pobres del mundo con la Revolución Cubana, y de la Revolución Cubana con los pueblos proletarios de la tierra.

Es comprensible que una política de esa magnitud histórica encuentre enemigos en todas las naciones imperialistas, y en sus servidores de todas las latitudes, especialmente en las oligarquías financieras norteamericanas y sus agentes latinoamericanos, más imperialistas que el imperio. De ahí la disposición para agredir de grupos latinoamericanos, y el proyecto descubierto de agresión que se hace más claro cada día entre los círculos dirigentes de Washington.

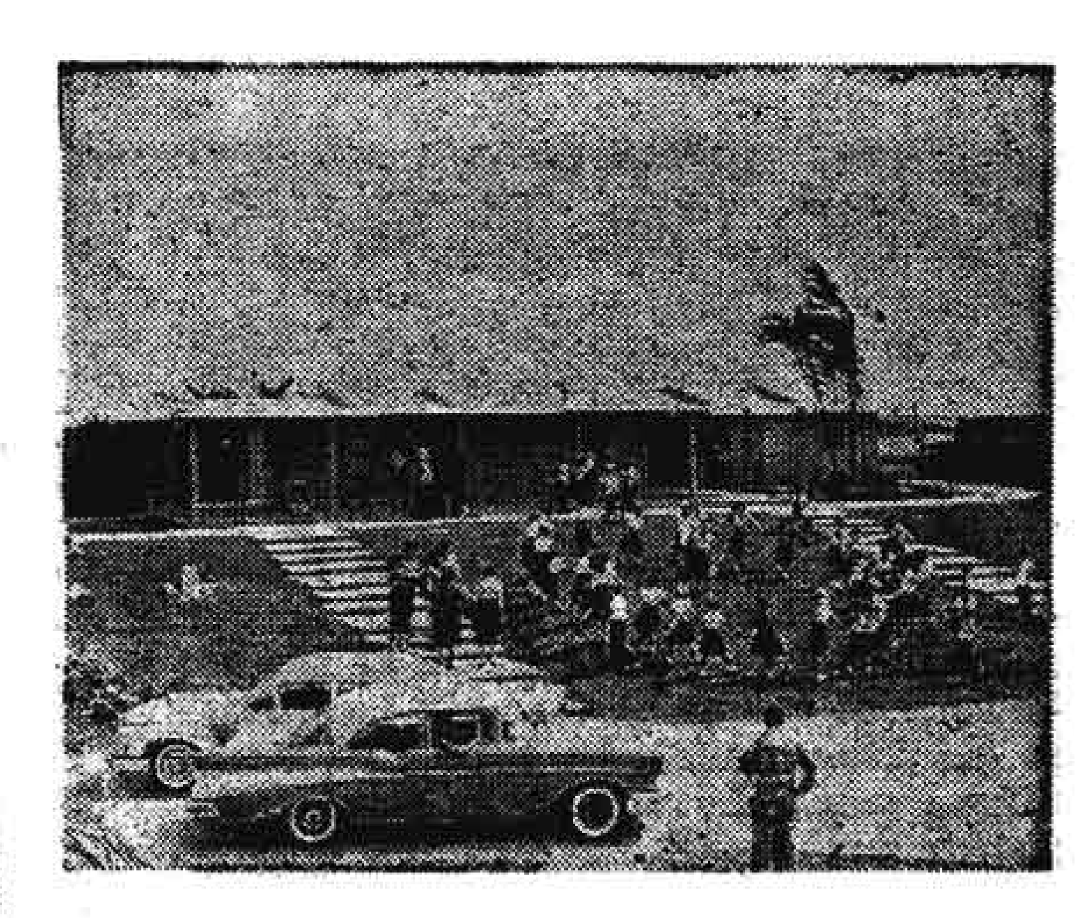
Esa posición tiene su contraposición, y es el apoyo decidido de los pueblos americanos a la Revolución Cubana, que inmoviliza y neutraliza la acción de los gobiernos antipopulares. Los esfuerzos norteamericanos por establecer un cordón sanitario en torno a Cuba han sido sistemáticamente destruídos por las fuerzas progresistas de América Latina y de los propios Estados Unidos, recuérdese simplemente la carta de los estudiantes chilenos al pobre Ike y la declaración del "Comité de Justo Trato para Cuba" en los Estados Unidos.

Pero de la misma manera que Cuba se ha visto obligada a fortalecer sus defensas económicas ante la agresión en ese campo, las fuerzas armadas del país han debido permanecer en constante alerta para defenderse de cualquier agresión militar. Aparte de la moral incomparable del Ejército Rebelde, Cuba ha organizado un ejército popular de proporción considerable, y con un entrenamiento eficaz para repeler la agresión.

El pueblo cubano está doblemente armado, primero, porque el Ejército Rebelde, surgido de las entrañas populares, responde al campesinado y al proletariado contra los intereses y agresiones imperialistas; segundo, porque las milicias de todas las clases populares, completando esa fuerza armada, están dispuestas a imponer con todo tipo de armas los ideales y conquistas de la Revolución.

La importancia de las milicias obreras y campesinas es esencial, porque no puede haber Revolución que no se base sobre un eficiente poder militar. La Revolución crea mecánicamente sus enemigos en las derechas; las derechas son agresivas por naturaleza, y no conocen más lenguaje que el de la fuerza. La única manera de consolidar una Revolución es hacer del pueblo una fortaleza, de cada obrero o campesino un soldado dispuesto a no entregar a nadie sus medios de producción; dispuesto a morir por la obra emancipadora de la Revolución.

El concepto reaccionario, pequeño burgués y leguleyista de una "legalidad" a priori, ha sido el más grande enemigo de las revoluciones nacionales latinoamericanas, protegido por las castas militares y el imperialismo, que veían y ven en esa ideología un medio de debilitar al pueblo para deslizar sus ataques a la democracia revolucionaria. Los imperialistas ponen el grito en el cielo cuando se fusila a sus agentes en el país, los esbirros batistianos; pero admiten tranquilamente los asesinatos de obreros y estudiantes. Se quejan de que la pseudo libertad formal de prensa sea atacada en Cuba cuando se dirige a realizar tareas contra el pueblo, pero legaliza la ausencia total de libertades reales existentes en los Estados Unidos. Porque, en



La cultura un medio y un destino revolucionario.

principio, los esbirros batistianos eran los esbirros de su jefe de Washington, y los Carbó y Pepín Rivero son los agentes de los intereses monopolistas norteamericanos.

Ante esa combinación de intereses la única garantía de supervivencia para el pueblo son las armas. El pueblo armado es la más absoluta garantía de la democracia; el oficio de las armas deja de ser el privilegio de una casta, la actividad del samurai, para convertirse en un bien de todos los hombres, dispuestos a defender e imponer su derecho a la vida, su lugar en el mundo. El obrero y el campesino deben ser, en estos momentos, guerreristas, es decir, revolucionarios. Estar decididos a hacer la guerra con todas las armas al capital imperialista y a la reacción interna. Porque otra actitud arrastraría a entregar las fuerzas de la economía nacional a los explotadores del interior y del exterior.

En ese vasto panorama de peligro y heroísmo, de ofensiva reaccionaria y de conciencia popular, se sitúa este segundo Primero de Mayo de la Revolución. La atmósfera de gravedad que lo rodea señala claramente que la fecha del trabajo es también la fecha de la Revolución Cubana,

Los soldados que trabajan como campesinos.

que el Primero de Mayo, en un mismo punto, se congregará la voluntad nacional para consolidar y llevar adelante la Revolución. Allí estarán el Ejército Rebelde, las Milicias Nacionales, los campesinos y los proletarios, señalando que son la columna vertebral y el sentido de la Revolución.

La Revolución ha alcanzado su madurez ideológica superando los obstáculos ofrecidos por la práctica; la acción de las fuerzas revolucionarias contra la reacción ha desarrollado la conciencia popular, radicalizándola. El ejército guerrillero que comprendió el sentido de la lucha, el contingente nacional han realizado definitivamente que una revolución popular no puede ser sostenida nada más que por el pueblo. Y esta es la época del triunfo de las revoluciones populares.

La Revolución Cubana ideológicamente es una de las más eficaces en proporción al proceso de realización de sus fines y métodos. Cuenta con una organización, con una ideología y, sobre todo, con una fuerza armada para defenderla. No se trata de una de esas revoluciones que se han nutrido de sus errores; las peculiares condiciones sociales, económicas y geográficas del país le han obligado a crear un sistema de reflejos muy sutil, muy eficaz. De ahí los resultados sorprendentes del corto período de su estancia en el poder.

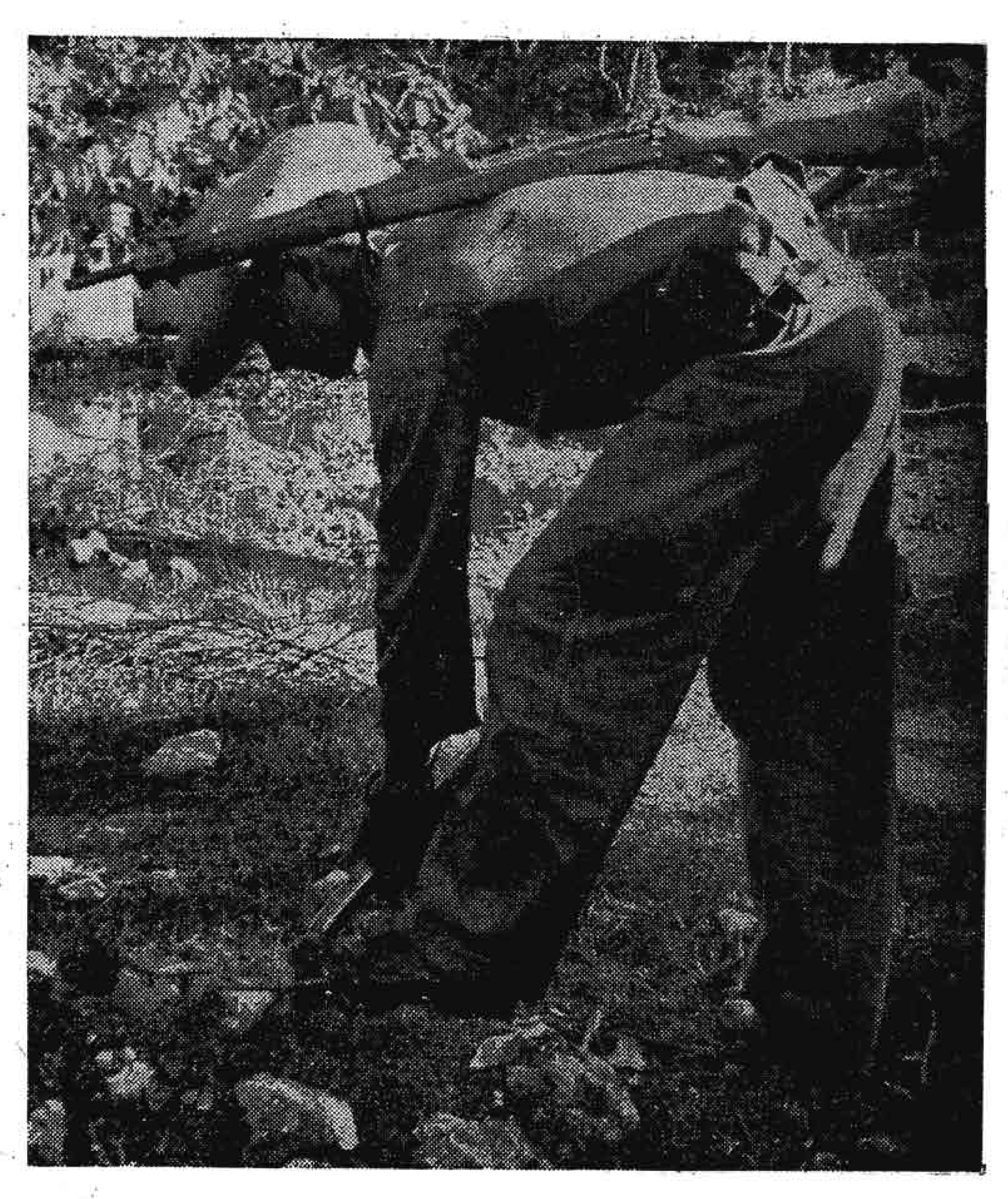
El pueblo cubano es el profeta activo de la liberación latinoamericana, y los profetas armados triunfan, y los profetas desarmados fracasan, como muy bien vio Maquiavelo. Eso justifica la importancia del ejército popular, que unido al espíritu de sacrificio heroico existente en el pueblo resulta conmovedor. Porque llega a las raíces del ser el esfuerzo del proletariado ofreciendo una parte de su salario para la industrialización del país, y congelando esos salarios para evitar la inflación, robusteciendo la economía nacional. Es conmovedor el apoyo del proletariado a la emancipación del campesinado como paso previo a su propia y total emancipación. El ejercicio del gobierno del pueblo queda asegurado de esa manera contra las violencias extranjeras, contra los chantajes y amenazas.

El precio de una acción modificadora como la que se produce en Cuba deberá ser alto en esfuerzos y sacrificios. Es impensable, y diría irrepresentable, un movimiento revolucionario que no encuentre problemas mayores que resolver. La revolución no es un experimento abstracto que se realiza en un vacío imaginario, por el contrario, es una fuerza transformadora que trabaja con materias densas. De ese enfrentamiento en la plenitud de plenitudes de la realidad surgen las soluciones y los errores, los que se incorporan y los que desertan. Porque sería absurdo pensar o imaginar un desenvolvimiento de magia operatoria para resolver los problemas concretos de los pueblos. Todas las utopías se basan en una realidad que rechazan, para ser víctimas de esa realidad misma. Por eso es posible realizar una utopía ideológicamente, pero hasta ahora nadie ha llevado a cabo una revolución utopista.

La Revolución ha tenido problemas, porque precisamente esa frase que tomaban como expresión muy popular: "no hay problemas", era la quintaesencia del espíritu colonialista, que quería ocultar los problemas o darlos por irresolubles, cuando lo que pasaba era que había tantos problemas, que se hacía necesaria una fuerza revolucionaria para destruir aquella estructura en crisis, plena de problemas, que ahogaba al pueblo cubano.

Había problemas y hay problemas, por eso precisamente la conciencia popular debe estar más clara He aquí otra frase que es signo de los tiempos: "hay que estar claros". Y ese estar claros significa agarrar al toro por los cuernos, que no estamos en un lecho de rosas, sino en un combate revolucionario por destruir y reducir a sombras todos los problemas. La nación cubana no puede elevarse a la altura, y aún más alto, que las más avanzadas del mundo si no es reduciendo a un plano racional, a una situación de solución los más pequeños y menos enojosos problemas.

¿Y qué es la inmensa sacudida nacional que representa la Revolución Cubana si no es una toma de conciencia general y plena de los problemas del país? El latifundio era un problema,



Los campesinos soldados o los soldados campesinos.



La mujer integrada a la vida de la nación.



Si no trabajasen los mundos perecerían.

la agresión imperialista fue y es un problema. Pero para resolver un problema lo fundamental es tener conciencia de su origen y naturaleza. No es difícil educar a un pueblo de seis millones de habitantes, y poco a poco el pueblo en sus capas menos tocadas por la educación y la cultura, va comprendiendo racionalmente los problemas más complejos que la Revolución "con la manga al codo" se ha dispuesto a resolver hasta la raíz de su ser.

Por eso este Primero de Mayo, este día del trabajador, es un momento fundamental de la historia de Cuba, porque el pueblo participará de la conciencia de los problemas nacionales, porque no se le oculta nada; porque es, en suma, el modificador revolucionario de su circunstancia histórica, disponiendo a través de la labor divulgadora de la Revolución de los instrumentos de pensamiento que le permiten comprender cuál es su situación y su libertad como pueblo, utilizando, por otra parte, los medios militares para la defensa de esa conciencia de sus derechos y problemas, y su libertad como pueblo para realizar la Revolución emancipadora que resuelve esas contradicciones.

Esa interacción entre pueblo y gobierno, es lo que se ha llamado una democracia directa. Sobra el adjetivo; yo diría, que, en eso es simplemente democracia, porque el pueblo es el gobierno y el gobierno es el pueblo. Y el hecho de que el Primero de Mayo sea el gran día de la Revolución explica lo que entiende por pueblo la Revolución Cubana. El pueblo son las clases productoras de la sociedad: obreros del campo y de los talleres, intelectuales y profesionales; el resto es pequeña contabilidad. Porque un movimiento de transformación y modificación; de superación radical de realidades sociales sólo puede contar con los intereses de la mayoría, y no con los ideales burgueses, que sólo disfrazan malamente los intereses del capitalismo imperialista.

El 26 de Julio es el movimiento de los humildes, por los humildes y para los humildes, ha dicho Fidel Castro. Esa es la democracia cubana, el Estado de los humildes, por los humildes y para los humildes. El resto lo regalamos al Ejército de Salvación. Quiero decir con esto, que el resto vive de caridad, soluciones a medias, actitud de avestruz ante los inmensos problemas sociales de nuestro tiempo.

Quien devele el rostro de la Diosa de Saís verá al hombre. Quien mire al rostro de la Revolución libertaria de Cuba verá al hombre como su única verdad y su único objetivo. Por eso el hombre cubano ha llegado a su plena consideración después de 56 años de degradación republicana y siglos de coloniaje. Los hombres que se reunirán en la Plaza Cívica vivirán plenamente a la Revolución convertida en destino nacional. No estarán fuera de la realidad, sino en la realidad; no serán fantasmas en su país, sino carne y hueso de su país; no vivirán para realizar decretos de una providencia instalada en Washington, elaborarán los decretos que en su condición de creadores de la nación sólo a ellos corresponde dictar.

Es decir que a pesar de los problemas y dificultades la Revolución Cubana ha superado todos los obstáculos iniciales, y, posesionada definitivamente de la realidad nacional, se prepara para culminar la obra transformadora de la ideología surgida del combate. El pueblo reivindicado en sus derechos como pueblo y la patria hecha patria verdadera componen la estructura de esa fortaleza del hombre que es la Revolución Cubana. Por otra parte, el pueblo armado desarrolla hasta el final el proceso, garantizando su permanencia.

Ahora todo es más claro, aunque la agresión se haga más inminente. Los últimos acontecimientos demuestran que el pueblo dueño de su destino lo defenderá con sus armas. El pueblo cubano va realizando su liberación plena que es la profesía de la liberación de todos los pueblos de América Latina. El Primero de Mayo que se ha de celebrar por un pueblo revolucionario en la Plaza Cívica será el mejor homenaje que recibirán los obreros muertos en una sangrienta primavera en Chicago, siempre en los Estados Unidos.



La Revolución Campesina



La propiedad no es un privilegio sino una función.



La herramienta que será suplantada por otras adecuadas a los tiempos.




**DIFICULTOSA DISTRIBUCION DE ALIMENTOS**

**BAJA LA EXISTENCIA DE NUMERARIO EN ESTE PAIS**

**De acuerdo con las informaciones de la Tesorería General de la República, el total de numerario existente en Cuba, en monedas de cuño nacional y americano, suma $767,120.794 lo que supone una disminución, en relación con la del mes anterior, pues el último parte fijaba en $773,172.529 el total general.**

**El "per capita" también ha descendido a $90.51 de $91.50 en que se encontraba antes, cuando llegó al más alto nivel.**

**no, no es que esté nervioso sino que es difísil, no crea es difisil, es difísil venir y desirle a este hombre queda usté detenido así sin más ni más y de todas maneras el tipo es representante; claro que yo cumplo órdenes, pero ahí está la cosa que yo cumplo órdenes y soy el que tengo que ejecutar las órdenes; porque vamos a ver, por qué no viene el gordo este de mierda, él mismo y detiene al otro o lo mata como él quiere; porque es muy fásil decir, usté lo detiene y como el comunista ese es muy jorocón no se va dejar prender, porque es representante y toda esa bobería de la innumidá, pues entonses aprovecha y le da dos tiros**

**NUEVA APORTACION DE VEINTE MIL PESETAS AL MONUMENTO A "PEPIN"**

MADRID, enero 22 (United) La Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores **ha** contribuido con 20,000 pesetas a la suscripción **abierta** por el diario "Informaciones" para la **erección de un** monumento en memoria del gran periodista **cubano**, Pepín Rivero, quien hasta su fallecimiento **dirigió el** periódico El Diario de la Marina de La Habana.

La cifra total recaudada hasta hoy **alcanza la suma** de 122,245 pesetas.

"Informaciones" subraya la importancia de la **aportación** de la Junta de Relaciones Culturales, "sin perjuicio de que todos los donativos pequeños o grandes tengan el mismo matiz de gratitud y recuerdo".

"HAN ASESINADO AL ALCALDE DE NUEVITAS", DICE PIÑANGO
FUE ASESINADO EL ALCALDE BRICE DE NUEVITAS Y SU CADAVER FUE ECHADO AL MAR, ASEGURA EL DR. NESTOR PIÑANGO
AFIRMA QUE BRICE MURIO A CONSECUENCIA DE LOS NUMEROSOS GOLPES QUE LE DIERON

Entró con dos bolsas de lino. Se sentó. Acomodó una de las bolsas en el asiento vacío a su lado. La otra la retuvo en el regazo. La bolsa que estaba junto al asiento se estuvo quieta unos minutos. pero cuando el tren arrancó pegó un salto. Luego se movía a cada rato. El hombre pasó su mano una o dos veces por sobre la bolsa y silbó una o dos palabras. Ahora miraba por la ventanilla al rápido pasisaje. Cuando vino el conductor se saludaron como amigos: —¿Y qué, Atanasio? —di-

jo el conductor. —Aquí —dijo el pasajero. —¿A la valla? —dijo el conductor. —Sí de criandera de estos dos —dijo el pasajero y señaló para los gallos que a rato se agitaban en sus envases.

EMPIEZA A BAJAR EL DINERO EN CUBA: MENOS PER CAPITA

HOY FALTARA LA CARNE Y LA LECHE: NO HAY GASOLINA PARA TRANSPORTARLA

MILLO OCHOA ELEGIDO PRESIDENTE DE LOS ORTODOXOS

**PROTESTA LA F.E.U. POR LA CONSTITUCION DE COMITES POLITICOS**

Los señores Mirassou, Justo Fuentes, Angel Galindo, Orlando Boch, Gustavo Mejías, Mar Juárez, Presidentes. de las distintas escuelas de la Universidad, formulan una enérgica protesta por el anuncio de que se ha constituído un comité político en la Universidad, para defender la candidatura de José R. San Martín.

Un letrero puede estar hecho de diversos materiales. Este está hecho de hierro. El soporte es una barra de hierro plana por el anverso y redondeada por delante. Está clavada en la tierra más o menos un pie. La parte enterrada no se ve. La parte que sobresale de la barra de hierro está oxidada. El letrero el aviso en sí, es cuadrado; o más bien, es un cuadrilátero. El cuadrilátero está pintado de blanco. Uno de sus bordes, el izquierdo, ha empezado a oxidarse y se ven las manchas ocres, amarillo-biliosas por entre la pintura blanca.

A dos centímetros del extremo del cuadrilátero corre una cinta negra que bordea las letras, también negras. Hay una M, luego una A, después una N, le sigue una Z, vuelve otra A, y otra N, a ésta continúa una I, inmediatamente una LL y finalmente una O.

**y claro este baina se cre que es coser y cantar y dise así con una fasilidá, no que armas un lío y aprovechas el corre-corre y le das dos tiros, como si na, como si dar dos tiros fuera una cosa fásil; luego que el tipo este es echao palante y troncúo y no viene solo; claro que aquí tengo gente conmigo, pero en definitiva el que tiene que chivarse y haser las cosas soy yo; no, qué coño, si tengo que haser hasta de verdugo; luego vamos a ver si no viene el asenso que me dijeron que me iban a dar; aunque, bueno. ellos saben lo que es bueno y si se hasen los guillaos**

AUGURA EL DR. CUE QUE SE ALCANZARA UNA FORMULA QUE IMPIDA LAS GUERRAS

## GENOVEVO HABLO DE LA FUERZA PARA DIRIMIR LA CRISIS EN FAVOR DE GRAU

ENJAMBRE DE G-MEN EN CUBA

**CAUSA PREOCUPACION EN ESTADOS UNIDOS EL PROYECTO DE VENDEDOR UNICO**

**NUEVA YORK**, enero 21 (United) Los círculos azucareros expresaron en general su preocupación en relación con los informes procedentes de La Habana de que el Gobierno Cubano está considerando el establecimiento de un Vendedor Unico o coordinador de Ventas para la zafra de 1948, cosa que según se declara aquí, amenaza a millón y medio de toneladas de azúcar de Cuba que ha sido ya vendida en los Estados Unidos sobre una base de competencia.

•

El niño se desprendió de entre las faldas de su madre, que permanecía con la mano sobre los ojos, mirando a la vía férrea, y corrió loma abajo y cruzó la cañada por la que corría ahora el polvo en que la sequía había convertido el precario arroyo. Pasó de largo junto al cañaveral y siguió corriendo con su paso inseguro, torciendo un pie una vez, otra dando un tumbo o dos, o alterando la carrera para saltar cualquier obstáculo por menor que fuera. Ya sin aliento corrió pegado a la línea y cuando el tren dobló la curva, él estaba allí esperando, detenido, parado en seco, los ojos brillantes, fijos en el tren que venía, el pelo pajizo sobre la frente, los dedos de los pies desnudos enterrados en la yerba húmeda, los raídos pantalones atados por una soga desflecada y la camisa abierta hasta el pecho débil, flacucho y levantó su breve brazo y fue lo único que movió al paso del tren.

**ENERO**

**Sol 7.13 a 6.10** **Cto. Mgte.—L. N. el 28**

**22**

***(Abstinencia).— Santos Vicente y Anastasio y Gaudencio mártires. Nuestra Señora de Belén***

**JUEVES**

**1896.**—*La columna invasora llega a Mantua, Término Occidental de la Isla, y Maceo levanta acta de ello en el Ayuntamiento.*



PRIMERO
SEGUNDO
TERCERO
CUARTO
QUINTO
SEXTO
BLANQUIZAR
GALICITO
CANABACOA
CAÑO
CEIBA CARIDAD
CONGO
JIMACOA
PALMAS ALTAS
PURIAL
REMATE
TRANQUILIDAD
YABA
ZARZAL
¿Y MABAY, MABAY?

**APROBO LA ONU LA LIBRE EXPRESION DEL PENSAMIENTO**

LAKE SUCCESS, enero 22. (UP).— Una subcomisión de las Naciones Unidas aprobó hoy un artículo garantizando la libertad de información y el derecho de pensamiento y expresión. El artículo fué aprobado por la subcomisión sobre la libertad de información —compuesta por doce peritos en Derecho Internacional e Información Pública— que se halla actualmente entregada a la labor de redactar una declaración mundial de los Derechos del Hombre.

"Todo individuo tendrá derecho de pensamiento y expresión", dice el artículo aprobado.

"Esto incluirá la libertad de mantener sus opiniones sin entorpecimiento; y de buscar, recibir e impartir información e ideas por todos los medios y sin que las fronteras sean un obstáculo para ello".

*. . . hora de Cuba . . . El Abuelo Reloj dice: "Lo maravilloso que tiene el amor es que los malos recuerdos se olvidan rápidamente y sólo quedan las encantadoras experiencias: eso es lo que hace que reincidamos tantas veces". . . . . .*

FIJA EL GOBIERNO EL PRECIO PROMEDIO OFICIAL DE 4.12 CENTAVOS PARA EL AZUCAR

UN MILLON DE OBREROS A LA HUELGA EN ALEMANIA

DETENIDOS OCHO OBREROS Y ENVIADOS AL VIVAC

EL TIROTEO EN UNA FABRICA DEL PUERTO DE REGLA

—Quiay.
—Regular.
—Vea y eso.
—No sé. No me siento bien hoy.
—Será la ruma.
—Vea.
—Ya desayunaste.
—Vea, los ratos que hase.
—Por fín lo de la hija de Pupo no es grave.
—Sí, cómo no.
—¿Qué cosa es?
—Cánser. En la sangre.
—Eso es tremendo. Yo ha leío en "Boemia" que eso no tiene salvasión.
—Ni pensarlo. Es lusemia.
—Vea, lusemia.

—En mis tiempos no se oía hablar deso.
—Disen que son los gajes de los motores de las máquinas.
—Por fin el tren viene bien.
—Sí, igual que siempre . . .
—Con media de retraso.
— . . . con media.
—Por fín hablaste con el aministrador mi asunto.
—Estoy esperando la oportunidá.
—Bueno, no te se vaya olvidar.
—Vea, con la memoria que yo tengo.

REVELASE QUE INGLATERRA CONOCIA LA FECHA EN QUE HITLER ATACARIA A RUSIA

Carta abierta al Dr. Grau.

". . . la clase obrera de este Central Narcisa, apretada en un solo haz, a través de la querida y gloriosa Federación Nacional de Trabajadores Azucareros, con el gran compañero Jesús Menéndez al frente, ha ganado en histórica batalla frente a la patronal del "Narcisa" y con las únicas armas de la razón y la justicia, a las que no pudieron resistirse, las demandas que hoy en día son deseo y anhelo de toda la clase obrera de nuestro país.

Esas demandas, como usted habrá de reconocer por su repercusión a todo lo largo del país, son:

1.—Extensión de los salarios de la zafra de 1947 para todo el año de 1948. Esto es, extensión del alcance del decreto presidencial sobre salarios en la industria azucarera.

2.—Si el precio del azúcar sube de 4.925, se incrementan los salarios a razón de 0.50 por ciento de aumento por cada punto que aumente el azúcar.

3.—.........

*MABAY. Río que nace en las estribaciones occidentales de la Sierra de Guisa. Central del mismo nombre, enclavado en el término municipal de Bayamo.*

El humo. Todavía no el ruido. Noel ruidosi quiera. Se ve elhumo. Pero nadie ha oído nada. Talvez pitaráquien sabe. Claro que avanza, claro que avanza, claroque avanza, claroqueavanza, avanza, avanza que avanza. El humo, sí: el humo al doblar de la curva: aparece: el humosí.

AMENAZAN LOS FERROVIARIOS CON IR A LA HUELGA MAÑANA

APROBO EL GOBIERNO EL SUBSIDIO A COLONOS Y HACENDADOS

***RESPONDE MENENDEZ A LOS RIDICULOS ATAQUES DEL MAGNATE CASANOVA***

*aunque no es solamente por el asenso, en definitivia un militar es un militar y tiene que cumplir órdenes; lo que pasa es que uno está solo aquí y luego puen venir esta gente y formar la de Pancho Alday; pero ya yo se lo dije al General, que aquí to estábamos en lo mismo y que la polisía me tenía que ayudar y que no porque el ejérsito hisiera esto solo ellos se iban a echar patrás;*

*bueno, ya la gente sabe lo tiene que haser y si estos dos jutías que van conmigo no se aflojan, no creo que haya poblemas de ninguna clase;*

*ah, ahí viene el tren; bueno, ahora, capitán, usté es el hombre; palante y palante.*

El capitán echará a caminar. Esperará a que el tren se detenga. Subirá al tren. Verá a Jesús Menéndez. Se dirigirá a él con algo que será mezcla de miedo y bravuconería y dirá solamente tres palabras. Esas palabras serán:
—Queda usté detenido.

# MILICIA Y REVOLUCION

por anton arrufat

Uno de los fenómenos más importantes de la Revolución es sin duda el sentimiento de responsabilidad que ha despertado en el alma de los cubanos. Fuimos durante años un pueblo inerte, espectador atónito de todas las corrupciones políticas, un pueblo que se refugió en el relajo como única salida dolorosa a una situación insoportable y atroz, un pueblo que hacía lo que podía, oscuramente, para sobrevivir con alguna dignidad. Si no se cree en nada, y no podemos afirmar valor alguno, todo es posible y nada tiene importancia. El chiste entre nosotros fue mucho tiempo la implacable facultad de destruir la importancia. Nada de pro ni de contra, el asesino no tiene ni deja de tener razón. No sería difícil recordar la indiferencia con que se justificaba la corrupción política y el robo. "No importa que se lleven el dinero con tal que lo hagan correr". Era tan indiferente dedicarse a matar como un gangster cualquiera que ayudar a los huérfanos de la Casa de Beneficencia.

Algunos decidieron cruzarse de brazos, lo que equivale, por lo menos, aceptar el crimen y el mal, sin perjuicio de deplorar bellamente la imperfección humana. Otros prefirieron actuar, enriquecerse, convertirse en amos. No siendo nada verdadero ni falso, bueno ni malo, la regla consistirá en hacerse el más fuerte. En fin, a cualquier lado que uno se volviera encontraba la negación y el nihilismo, el asesinato y la corrupción. No obstante, todo no estaba podrido. No sé quién ha afirmado que el relajo es en definitiva una actitud saludable. Y debe ser así, pues las fuerzas ocultas del pueblo estaban intactas y llegaron a adquirir cohesión eficaz provocando el triunfo de la Revolución. Volvió a convertirse la vida en un bien necesario. El hombre es la única criatura que se niega a ser lo que es, que se rebela. Y esa rebelión descubrió entre nosotros un nuevo sentido para nuestras vidas. Y esa creación está ahora ante los ojos. La Revolución es algo que se diría palpable. La Revolución es un proceso lúcido. Albert Camus hace una acertada distinción entre rebelión y revolución. Recordemos la frase pronunciada en Versalles delante del rey Luis XVI: "No, sire, no es una rebelión, es una revolución". Camus afirma: "La rebelión es un testimonio sin coherencia". Mientras que la rebelión es siempre un compromiso sin salida, una protesta oscura que no compromete sistemas ni razones, la revolución es una tentativa para dotar al mundo de un significado lúcido y coherente. Si Sartre ha afirmado que la Revolución Cubana es una revolución sin ideología previa y sistemática, eso no significa que no se trate de una revolución que va en busca de su ideología. Es decir, que la está haciendo de acuerdo con la realidad y las circunstancias. Se podría afirmar que es una revolución experimental. No creo que los cubanos seamos dogmáticos, y esto es algo que va en nuestro favor. Es admirable la movilidad de las ideas en nuestro proceso revolucionario. No caeríamos en el error de juzgar lo que es, por una idea abstracta. La constante de la revolución es como un instinto para hacer el bien, como decía Saint-Just. Esa falta de ideología y dogmatismo

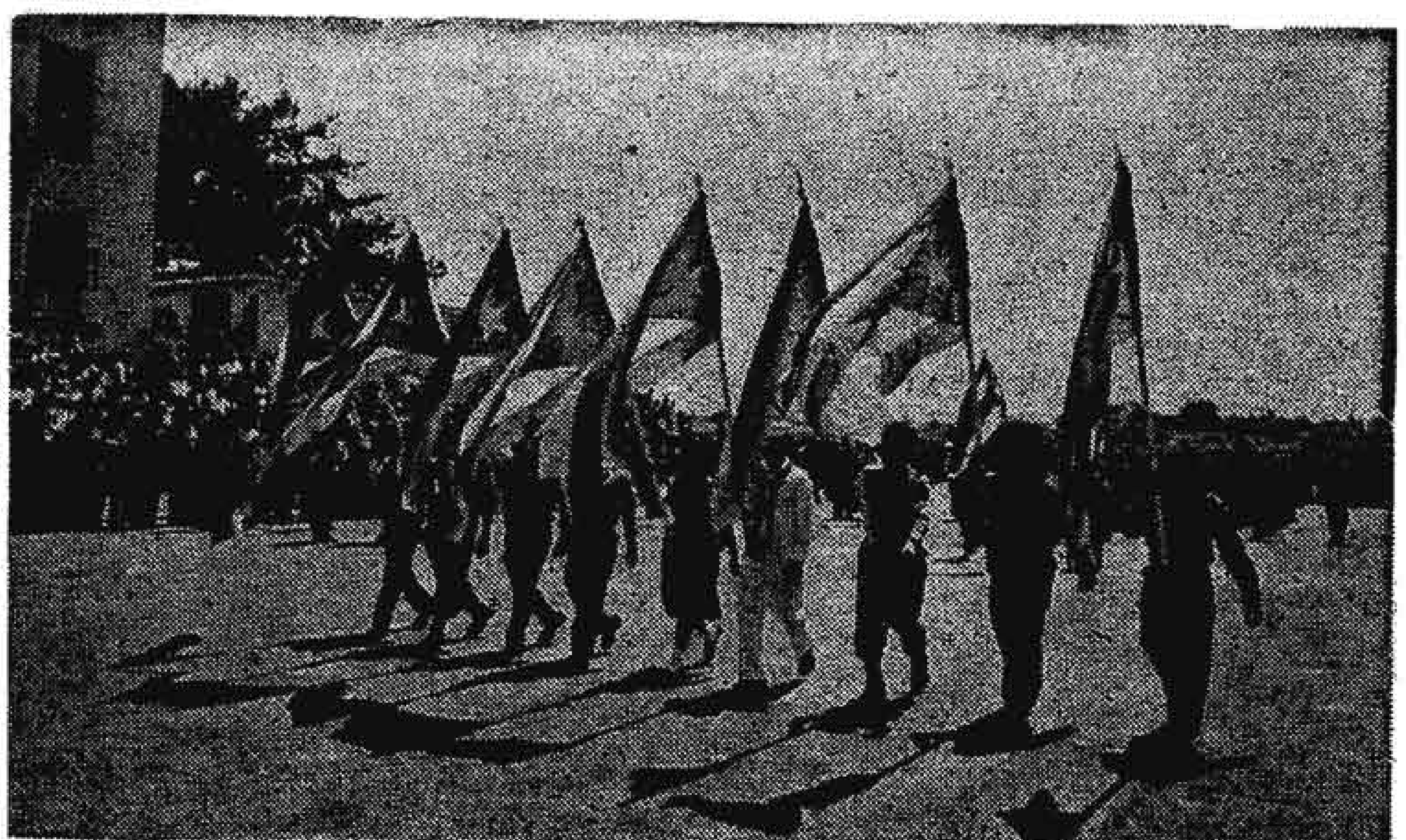


previo hace de la Revolución Cubana algo único y original. Es nuestra aportación a las ideologías políticas. Además, si la Revolución experimenta con lo que nos rodea, tiene que ser original pues trabaja con un material diferente, lo cubano. Ha dicho Fidel Castro: "No repartimos nubes, repartimos tierras". Es decir, la Revolución es algo concreto. Sin embargo, esto tiene también sus implicaciones filosóficas. Si Cuba no fuera un país tan desprovisto de filósofos ya se habrían explicado y justificado dentro de un sistema los hallazgos instintivos de la Revolución. Entonces veríamos claramente que se trata de una revolución singular.

Pero si durante los años de lucha contra la tiranía se mantuvo la rebelión, desde el primero de enero del pasado año el cubano mantiene la afirmación. Depone las armas de la rebeldía para tomar las armas de la defensa. Sería ingenuo pensar que la Revolución no tuviera enemigos. Si revolución implica un cambio, implica por tanto destrucción. Y eso que se llama los intereses afectados no podrían cruzarse de brazos, indiferentes. Recordemos que contra la Revolución Francesa se coaligó toda la Europa monárquica en un imponente ejército. Y lo hizo no tan sólo porque los revolucionarios franceses guillotinaron al rey y la reina, sino, lo que fue más grave, porque destruyeron los supuestos políticos que los justificaban. No fue simplemente guillotinar la persona del rey, fue guillotinar el sistema real. Si contra la Revolución Francesa se armaron los reyes, contra los reyes se armaron los revolucionarios. Ahora también la Revolución Cubana significa algo peligroso para los gobiernos constituídos, para los grandes intereses explotadores del Continente. No hay nada más peligroso que hacerse peligroso. Los enemigos de la Revolución Cubana están dispues-

tos a todo, porque la Revolución es un hecho. ¿Cómo atacar algo que no existe? No hay demostración más poderosa de la eficacia de la Revolución que sus propios enemigos. Cuando Dante bajó al infierno hacía sombra y los condenados descubrieron por eso que estaba vivo. Si Cuba estuviera sola en el mundo, si fuéramos una de esas hermosas islas perdidas que soñaron los antiguos, no tendríamos que preocuparnos de nada, no existirían enemigos; podríamos disfrutar tranquilamente nuestra Revolución. Pero como esto ya no es posible, ni lo fue nunca, la Revolución tiene que luchar contra los que se opongan a su curso, obstaculicen y amenacen. Es entonces cuando los cubanos toman la decisión de integrar las Milicias Nacionales Revolucionarias. Esta decisión tiene sus consecuencias políticas, económicas, sociales. Y tiene también consecuencias sicológicas, y de ellas quisiera hablar. El hecho de que un cubano cualquiera se decida a formar parte de las Milicias significa un acto de conciencia, una elección. Creo que es lo más importante, lo definitivo. Primeramente, es como un examen en el cual la lucidez ha sopesado la nueva vida, los nuevos valores que implica una revolución, las leyes revolucionarias, los actos del gobierno, y ha decidido voluntariamente defenderlos con su vida si es preciso. Cada miliciano es una vida que se ofrece, es casi un holocausto conmovedor. En segundo lugar, es el individuo solitario que alcanza la conciencia de su ser junto a los demás. Ya no se trata de deificarse a sí mismo, o de salvarse solo mediante la actitud. Se trata de salvarnos juntos, de hacerse cargo de un ideal colectivo. Esta evidencia saca al individuo de su soledad. Es un lazo que nos une a todos en el reconocimiento. Muerta la antigua vida, sus modos y valores, es preciso crearnos otros mediante nuestras propias fuerzas, y luego de creados, como ha sucedido se necesitan las armas para su defensa y protección. Cada cubano en sí mismo tiene que resolver el dilema que su conciencia le plantea entre las fuerzas del bien o del mal, si se me permite emplear este lenguaje antiguo. Es decir, el cubano está frente a una situación diferente y conflictiva. Está ante eso que se ha llamado responsabilidad inteligente. Y tiene que elegir. Si es falso afirmar que nos pasamos la vida eligiendo, es cierto que no se puede imaginar una vida privada de elección en una situación límite. Y este es el caso. Estamos frente a esa situación límite: con la Revolución o contra ella. Los milicianos lo han resuelto. Cada noche cuando el instructor da la orden de incorporarse al batallón el problema se soluciona. Escogemos defender nuestra razón de vivir. O nos salvamos o perecemos. La verdadera generosidad con el porvenir consiste en dar todo al presente.







POR VIRGILIO PIÑERA

# ESPIRITU DE LAS MILICIAS



Cuando una revolución ha triunfado, es decir, cuando se ha hecho poder, empieza para la misma una etapa de agresiones internas y externas. En dicha etapa la Revolución vive sus días más difíciles, pero al mismo tiempo, los más seguros. Esta seguridad no es otra cosa que el apoyo popular. Como no hay Revolución sin pueblo, se comprenderá que éste defienda su propia causa hasta el sacrificio de la vida.

¿Qué hace, pues el pueblo, en este momento crítico de su Revolución? Se organiza, es decir, saca de sí mismo eso que recibe el nombre de Milicia. A estos efectos, ¿se dicta un bando? ¿Es acaso una orden perentoria de las autoridades militares? ¿Se pensaría en una leva gigantesca, con sus reclutadores, sus agentes, sus ofrecimientos de buena paga, en un palabra, todo eso que tenía lugar en los ejércitos del pasado?

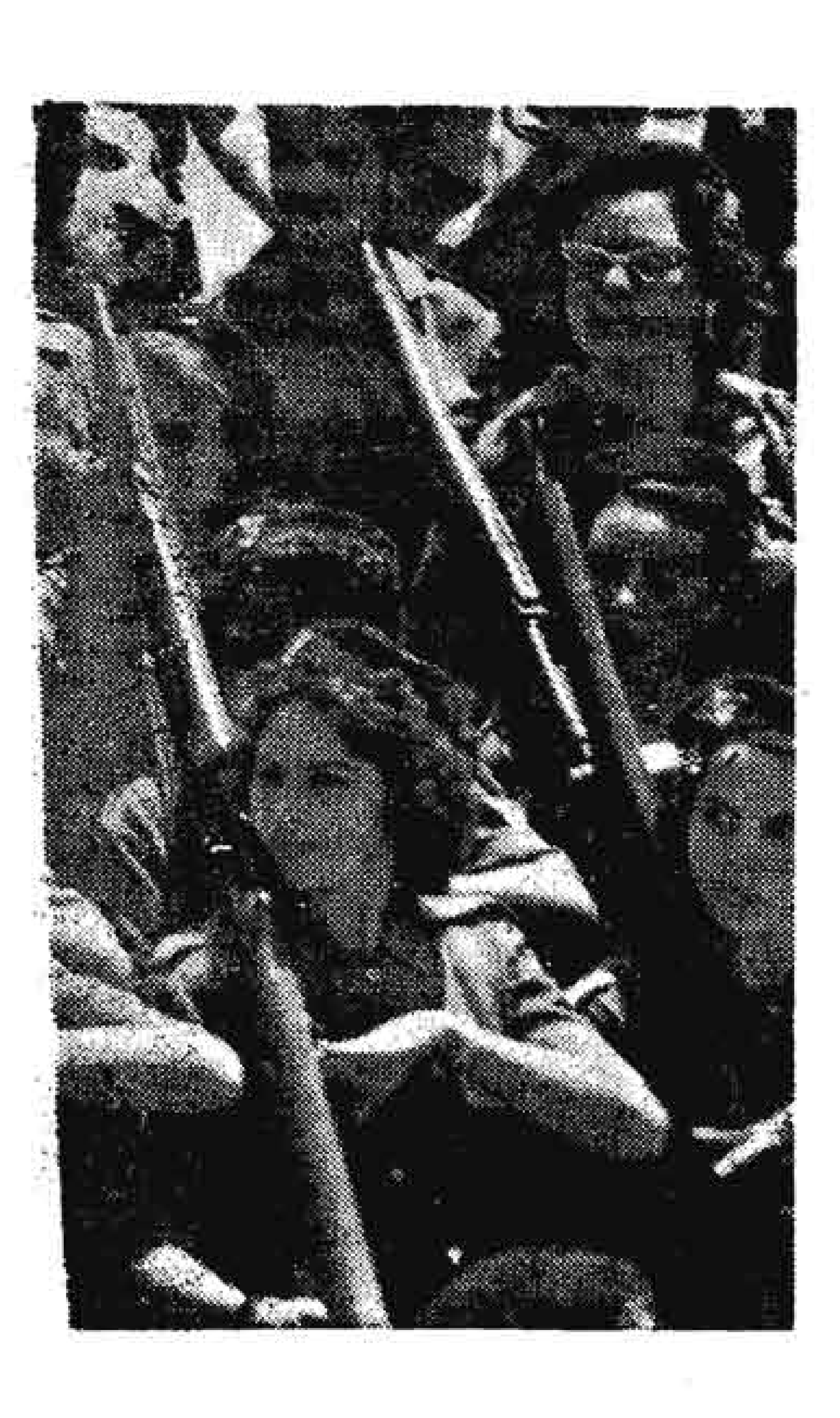
Por el contrario, se trata de un impulso espontáneo. De pronto vemos a unos cuantos ciudadanos, que sin previa intimación, sin haber hablado con el general tal o el brigadier más cual, se arman con lo primero que encuentran, se uniforman o no, tienen un aire más o menos militar, pero todos ellos con íntima convicción de dar jaque al enemigo de la Patria. Esto ha quedado plenamente confirmado en la reciente agresión de los contrarrevolucionarios en Venezuela: el pueblo de la localidad de San Cristóbal se armó con lo que pudo —desde fusiles hasta machetes— y puso en fuga al enemigo. No fue necesario recibir primero una orden del comando general, antes no se celebró una asamblea. Sencillamente, y como soltando un resorte interior, aparecieron en las calles. Ahora se llamaban Milicianos.

Esencialmente el término Milicia está vinculado a eso que podría llamarse seguridad nacional: hay casos en que sin pasar por una Revolución, el territorio nacional está en peligro. Entonces surgen las Milicias. Cuando la proyectada invasión de Bonaparte a Inglaterra, los campesinos del Reino Unido se constituyeron en milicias costeras para la defensa del territorio. Napoleón, que tenía sus naves y soldados en Boulogne-sur-mer consideró prudente no llevar a vías de hecho la invasión. El sabía, por sus agentes, que cada cien metros de costa había grupos de milicianos que vigilaban de día y de noche. Igualmente ocurrió en España: las guerrillas terminaron por diezmar la flor y nata de los ejércitos mandados por Napoleón a la Península. Por ejemplo, el famoso guerrillero La Romana tuvo en jaque y a veces infligió derrotas de consideración a los mariscales Soult y Léfevre.

La moral del miliciano puede resumirse en esos carteles, que en estos días vemos colgados en todas las esquinas, en los edificios públicos, en las fachadas de los sindicatos. Sólo se componen de dos palabras: Patria o Muerte. Ellas bastan para denotar la disyuntiva que se vive: con la patria y por la patria, todo; sin la patria, nada. Es decir, no hay otra alternativa, no hay mediaciones, componendas mucho menos. El miliciano se guía por dichas palabras, y en ello radica su incorruptibilidad. En el momento que se dé la alarma sólo le bastará, "botarse" a la calle y defender el terreno palmo a palmo.

Por otra parte, este miliciano no pertenece a la casta militar. Entendámonos; en un país que ha hecho una revolución, dicha casta no tiene razón de ser. Por ejemplo, Fidel terminó con nuestra casta militar. Cuando hablo de casta militar en relación con el miliciano quiero expresar que a él no le bullen ideas militaristas en su cabeza. Una vez que haya cumplido su misión, esto es, arrojar al invasor, vuelve automáticamente a su condición de civil.

En tanto no surgen las milicias, el enemigo —llámese éste contrarrevolucionario o potencia extranjera— ve los "mangos bajitos". Se puede hacer rendir a un ejército; el oro extranjero puede ganar a gente prominente de un gobierno. En cambio, ¿cómo comprar a todo un pueblo? ¿Como ametrallarlo? Nosotros no tenemos poderío militar alguno; Estados Unidos, con Rusia, es la nación más armada del globo. Sin embargo, a Estados Unidos le resulta imposible efectuar un desembarco armado en nuestro suelo. Ello equivaldría al exterminio de la casi totalidad del pueblo cubano, que, a la hora actual forma una ingente milicia, equipada, con instrucción militar, con armas a su disposición, y, más que nada, con el firme propósito de defender el territorio nacional.



LA REVOLUCION FRANCESA Y LAS MILICIAS.— Trasladémonos ahora a la Francia del Noventa y Tres. En el momento que las potencias extranjeras forman la famosa coalición, los cuadros del ejército francés están prácticamente liquidados. Consecuencia de ello, el pase de la casi totalidad de la oficialidad al enemigo. Consecuencia lógica, por cuanto dicha oficialidad pertenecía a la nobleza y formaba en un ejército, por así decir, propiedad de la monarquía. En momento tan crítico para Francia, con sus fronteras naturales abiertas al invasor, con los contrarrevolucionarios dentro del propio territorio, sólo el pueblo podía

conjurar el peligro. ¿Qué ocurrió entonces? Pues las masas populares se organizaron rápidamente en milicias, recibiendo el nombre de guardias nacionales.

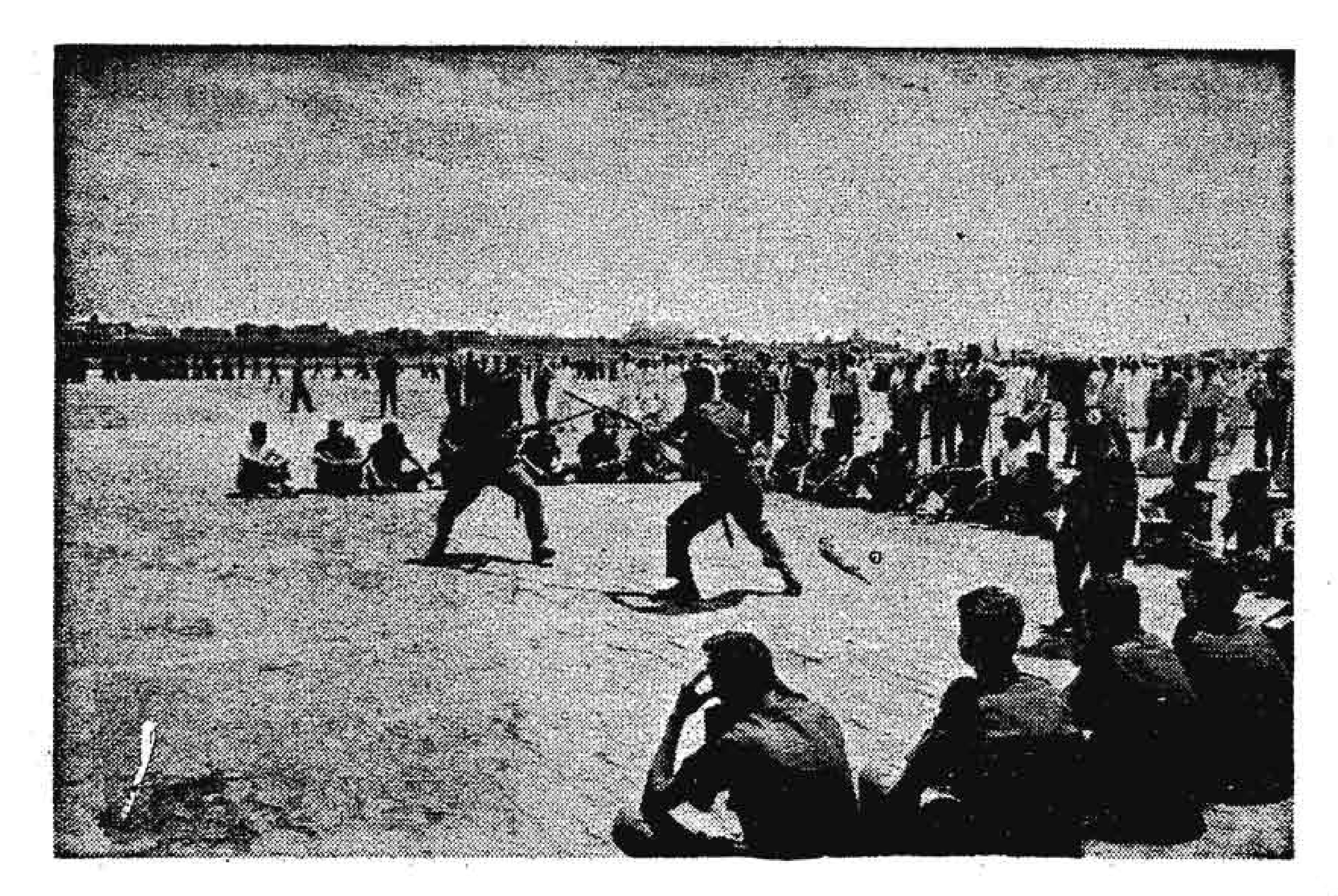
A este respecto veamos lo que nos dice Ernest d'Hauterive en su libro "El Ejército bajo la Revolución": "Se organizaron, bajo el nombre de guardias nacionales, tropas cuya misión era proteger las ciudades y campos contra los ataques de los fascinerosos y hacer respetar los derechos consagrados por la Asamblea Nacional. Ya París había dado el ejemplo el trece de julio. Ante el peligro de los regimientos extranjeros que rodeaban la capital, los ciudadanos de buena voluntad habían cogido todo cuanto pudiera servirles de armas y habían elegido por general en jefe a Lafayette. Al mismo tiempo, en provincias, los guardias nacionales se reclutaron casi exclusivamente entre los burgueses: niños y viejos se codeaban con los jóvenes de veinticinco años. Cada uno se armó con lo que pudo: fusiles viejos, sables, picas, pistolas y hasta viejas armas sacadas de los museos y de los castillos. Por supuesto, se uniformaron, pero como faltaba dinero, debieron contentarse con sus propias ropas, a las que procuraban dar un aspecto de traje militar. En pocos días Francia entera se encontró armada para rechazar las acometidas de aquéllos que ya el pueblo llamaba contrarrevolucionarios".

Ya sabemos el resultado: estos milicianos, en apariencia tan inofensivos, con sus vestimentas inapropiadas para una campaña militar en regla, con su inexperiencia en el manejo de las armas, no sólo preservaron el territorio francés sino que infligieron serias derrotas al enemigo y hasta llegaron a acosarlo en sus propias fronteras. El general en jefe de los ejércitos coaligados —duque de Brunswick— se vio obligado en Valmy a la retirada, y esta batalla acabó por consolidar a la Revolución.

Y es que, volviendo a la consigna de Patria o Muerte, la alternativa no era otra para esos milicianos. Como ocurre ahora en Cuba, una Revolución los había cambiado de parias en seres humanos, con todas las ventajas que dicha condición implica. He ahí, pues, el resorte de que hablaba









hace un momento: si por siglos todo un pueblo se había visto obligado a servir a un señor, y si de pronto una Revolución cambia ese estado de cosas, no habrá poder humano que consiga hacerlo volver a su anterior desamparo. Mucha gente se pregunta: ¿quién organizó, aquí en Cuba, las milicias? A despecho de que alguno se le hubiera ocurrido, está ese resorte que, de por sí, convierte automáticamente a un hombre del pueblo, surgido de la revolución y para la revolución, en un miliciano. No otra cosa hizo el pueblo francés del Noventa y Tres frente a un peligro que les afectaba a todos por igual y con un enemigo que no les daría cuartel en caso de que éstos se adueñaran nuevamente del poder.

Al mismo tiempo la milicia, por ella misma, va fortificando la conciencia revolucionaria. Ya sabemos el papel que desempeñaron los clubs en la Revolución Francesa. Ellos ayudaron a esa toma de conciencia. Dice D'Hauterive: "Fue durante los primeros meses del año 1791 que los clubs ejercieron una considerable influencia en los asuntos militares. Hasta ese momento se organizaban reuniones, se hablaba mucho y se gritaba, pero la línea de conducta, trazada de una manera clara, imperiosa, la palabra de orden como consigna idéntica para toda Francia y ejecutada en su conjunto, la concentración de estas fuerzas, la unidad de acción no existían antes de la fecha citada. Sólo en ese momento se efectuó la juntura de las partes y las mallas de la gran red abarcaron al país por entero."

Con el decursar de los días, nuestros milicianos van adquiriendo una conciencia social y revolucionaria que marcha de acuerdo con el poder



constituído: esto es posible debido a que dicho poder no desarrolla una política ni de apaciguamiento ni de cortinas de humo. El pueblo es el primero en enterarse de los peligros a que estamos expuestos, es decir, que ese pueblo puede medir, pesar, hacerse un cuadro de la situación, y consecuentemente, su ardor revolucionario se inflamará, haciéndose la masa más vigilante, más cohesiva, y, por descontado, más combativa.

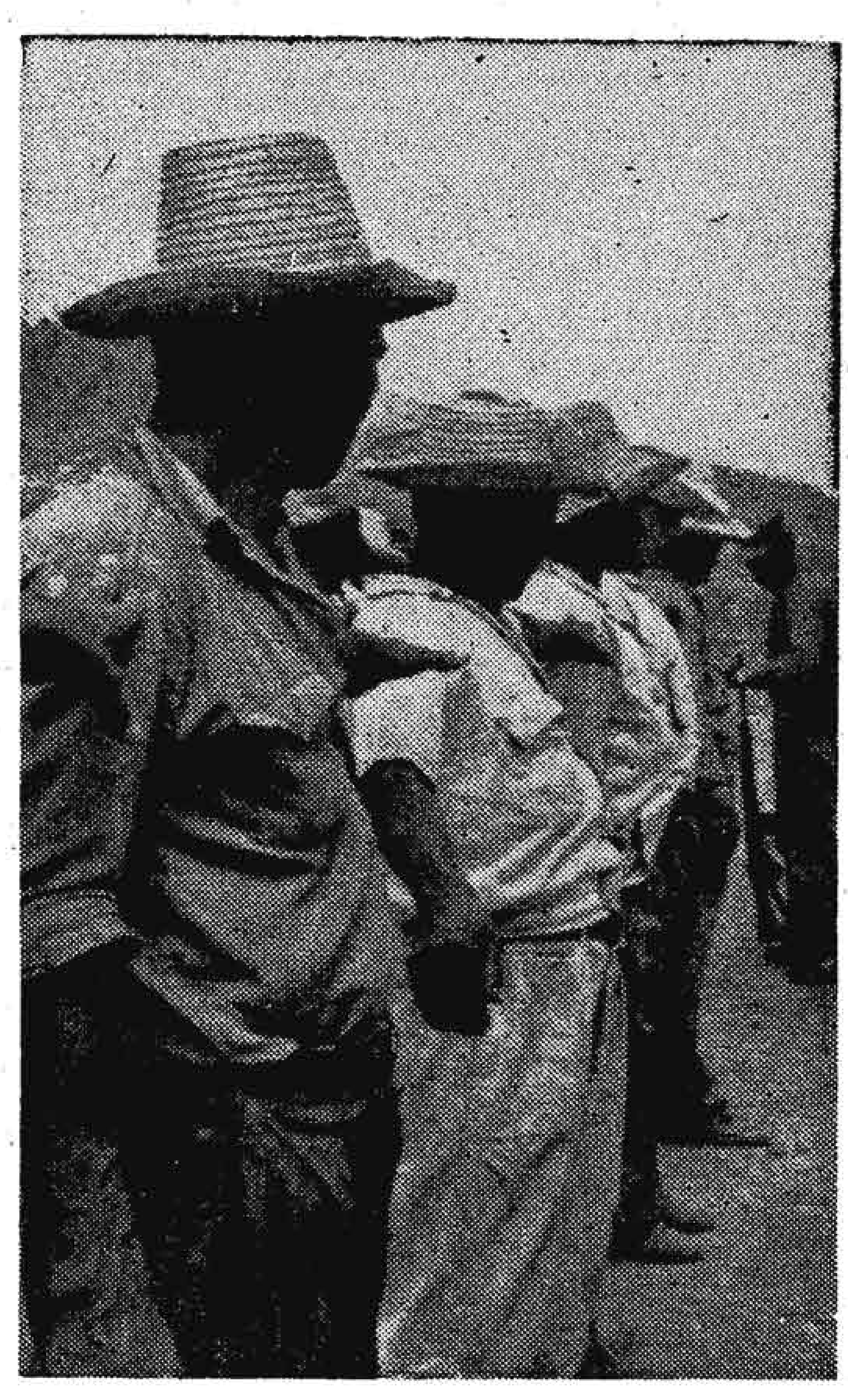
El otro día alguien me dijo que considerada como un fenómeno sociológico, la milicia no era otra cosa que el espíritu de imitación del cubano; que "se habían puesto de moda" y que, como la moda, pasarían a su debido tiempo. Falso —le contesté—. Un pueblo, como el nuestro, abocado a un peligro inminente no puede ser tan frívolo; es más, no tiene tiempo para poner de moda milicias o lo que sea Hay que mirar todo esto con mayor atención, y si no quiere darle nombres sacrosantos, y si usted parte de la sociología yo partiré de lo biológico para decirle que es un asunto de instinto de conservación. Dejemos a un lado,, Patria, Honor. Revolución, para que no se diga que recurrimos a las grandes palabras, y pongamos solamente ese instinto. El pueblo piensa con harta razón: si los dejamos entrar nos hacen picadillo. Entonces, como para defender los ideales, hay que preservar la vida, estamos en las antípodas de esa falsa interpretación sociológica. En una palabra, el miliciano sabe muy bien sus objetivos, desoye cantos de sirenas, y como bien decía Fidel la otra noche, está demostrando con sus actos que aquí, llegado el caso, se peleará sin tregua y sin cuartel.





LOS MILICIANOS Y LA COMUNA DE PARIS.— Las milicias responden al mismo principio de la conservación de la materia: no se destruyen, se transforman. Así vemos que las del Noventa y Tres de Francia se transforman en las de la Comuna de París del Setenta y Uno; igualmente vemos que las guerrillas españolas de las invasiones napoleónicas en la Península se transforman pasado un siglo en las milicias de la República en el Treinta y Seis. Es decir, el principio siempre es el mismo, pues mientras haya soberanía que defender la masa popular pasará, automáticamente, al estado de milicia.

Como complemento a este modesto trabajo sobre las milicias, deslizaré aquí algunas de las órdenes del día, emitidas por los jefes de la Guardia Nacional Francesa en los días aciagos de la Comuna de París.



ULTIMAS INSTRUCCIONES
Y COMUNICACIONES DE LA COMUNA

El ciudadano Jacquet está autorizado para requerir el concurso de todos los ciudadanos para la construcción de barricadas en la calle Chateau-d'Eau y en la de Albouy.

Asimismo se le autoriza a requisar cuanto objeto le sea útil para levantar las dichas barricadas. Sólo está exceptuado el requisamiento de aguardiente y de vino.

Los ciudadanos y ciudadanas que se nieguen a cooperar serán pasados inmediatamente por las armas.

Los ciudadanos están en el deber de registrar las casas sospechosas. Todas las persianas deben estar abiertas y todas las ventanas cerradas. Deben apagarse las luces en los barrios sitiados. Serán incendiadas las casas sospechosas.

(Comuna de París
Alcaldía del X barrio)

¡A LAS ARMAS!

Que París se erice de barricadas, y, que tras esas trincheras improvisadas lance a sus enemigos el grito de guerra, grito de orgullo, grito de desafío, pero también grito de victoria, pues París, con sus barricadas es inexpugnable.

Desempedrad las calles: primero, porque los proyectiles del enemigo, al caer por tierra son menos peligrosos; después porque esas piedras, nuevos medios de defensa, deben ser acumuladas, de distancia en distancia, sobre los balcones de los pisos superiores de las casas.

Que el París revolucionario, el París de los días memorables, cumpla con su deber; la Comuna y el Comité de Salvación Pública cumplirán con el suyo.

Que los buenos ciudadanos se rebelen. ¡A las barricadas! El enemigo está al pie de nuestras murallas. ¡Adelante en nombre de la República, de la Comuna y de la libertad!

MINISTERIO DE GUERRA
(Comunicado No. 15)

Ciudadanos:

Compruebo con pena que olvidando nuestra modesta condición ha empezado entre los guardias nacionales la ridícula manía de los galones, de los entorchados, de las pasamanerías, de las charreteras.

Trabajadores: por primera vez habéis cumplido la revolución del trabajo y para el trabajo.

No reneguéis de vuestro origen. Trabajadores éramos, trabajadores somos, trabajadores permaneceremos.

No olvidéis que hemos triunfado en nombre de la virtud contra el vicio, del deber contra el abuso, de la austeridad contra la corrupción. No lo olvidéis.

Permanezcamos virtuosos y así fundaremos la República austera, la única que tiene y puede tener el derecho de existir.

En el futuro, todo oficial que no justifique debidamente las insignias de su grado, o que añada al uniforme reglamentario de la Guardia Nacional charreteras u otros distintivos vanidosos, será pasible de penas reglamentarias.

Aprovecho la ocasión para recordar a cada uno el sentimiento de la obediencia jerárquica en el servicio; obedeciendo a vuestros elegidos os obedecéis a vosotros mismos.

El delegado en la guerra
E. Clauseret

COMUNA DE PARIS
(Comunicado No. 9)

La Comuna de París,

Considerando que los hombres del gobierno de Versailles desencadenaron la guerra civil, atacaron la ciudad de París, matando e hiriendo a los guardias nacionales, a soldados de línea, y a niños y mujeres,

Considerando que ese crimen ha sido cometido con premeditación y alevosía contra todo derecho y sin provocación de nuestra parte,

Decreta:

Artículo Primero. Los señores Thiers, Favre, Picard, Dufaure, Simon y Pothuan son emplazados y acusados.

Artículo Segundo. Se confiscarán sus bienes hasta tanto no comparezcan ante la justicia del pueblo.

La Comuna de París.

